

///.

+

NOVÍSIMO MANUAL
DE
URBANIDAD I BUENAS MANERAS
PARA USO
DE LA JUVENTUD DE AMBOS SEXOS.



Tipografía del 28 de Diciembre.

1865.

REVISTA DE LA

UNIVERSIDAD DE LA PLATA

UNIVERSIDAD Y RENOVACION

DE LA UNIVERSIDAD DE LA PLATA

REVISTA

DOÑA ANGELES GINASSI

UNIVERSIDAD DE LA PLATA

REVISTA

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE LA PLATA

Tipografía del 28 de Diciembre

La urbanidad es al talento lo que la gracia al rostro; es la dulce imágen de la bondad del corazón.

VOLTAIRE.

La finura que no está basada en la virtud y en la bondad, es un falso oropel que solo puede ofuscar al necio y al ignorante.

A. G.

Todos los hombres se odian naturalmente: para que sea posible vivir en sociedad, ha sido preciso hacer para el uso de ésta una santa imágen de la caridad. Se le dá el nombre de urbanidad.

PASCAL.

Si los hombres no se adulasen unos à otros, no habria sociedad.

VAUVENARGUES.

Decreto del Consejo Universitario, adoptando el presente «Manual» por texto de enseñanza en los Colejios de Educandas y Escuelas del Distrito.

Sucre, diciembre 20 de 1864.

Visto y examinado el «Novísimo Manual de Urbanidad y buenas maneras para uso de la juventud de ambos sexos», escrito por la Señora Doña Angela Grassi: el Consejo Universitario, considerándolo por sus provechosos preceptos y sabias advertencias, no menos que por su sencillez y claridad, mui à propósito para la educación pública; lo aprueba y adopta por texto de enseñanza en los Colejios de Educandas y escuelas de todo el Distrito. En su mérito, para facilitar su adquisición, pronuevase una reimpression en cantidad competente de ejemplares, del único que tiene y ha cedido en obsequio de la juventud S. S. el Cancelario de esta Universidad.—Círculose esta determinacion á quienes corresponden. Salvatierra—Zeferino Mendez—Secretario General del Consejo.

Es copia—Mendez.



INTRODUCCION.

—O—

La urbanidad es uno de los mayores vínculos sociales; es una preparación para la caridad y una imitación de la humanidad.

LA MARQUESA DE LAMBERT.

La urbanidad no siempre inspira la bondad, la equidad, la gratitud; pero al menos tiene la apariencia de todo esto, y hace que el hombre tenga el aspecto exterior de lo que también debería ser interiormente.

LA BRUYÈRE.

La urbanidad es el lazo de flores que une entre sí á todos los hombres y hace agradables sus relaciones.

Algunos creen que esta palabra solo encierra aquellas reglas precisas para conducirnos bien en sociedad y dar á nuestros modales ese perfume de buen tono que nos hace distinguir del vulgo en los salones: sin embargo, esa palabra tiene una estension mucho mas lata y de mas profunda trascendencia, pues también se refiere al dominio

que debemos ejercer sobre nuestras pasiones, y á los sentimientos morales conque estamos obligados á hacernos dignos de las personas que nos conceden su aprecio.

No debe, pues, calificarse de culto á un hombre que salude con finura y desembarazo á las damas, ó haga bien los honores de la mesa, sino es tolerante y complaciente con sus amigos, afable con su esposa, y respetuoso con Dios y con sus padres.

Así lo han reconocido los hombres eminentes de todos los siglos, que han elevado á deberes estas máximas: *respetar siempre los derechos ajenos; reconocer el mérito aunque proceda de un enemigo; buscar para nosotros la mayor ventaja pública, con el menor perjuicio posible de los miembros de la sociedad.*

Las dotes del alma constituyen por lo tanto la verdadera urbanidad, y es preciso que se dediquen á adquirirlas todos los que aspiren al título de bien educados.

Las cualidades morales serán, pues, la base del presente tratado, y á inculcar el cumplimiento de los deberes sociales se dirigirán todos mis esfuerzos, porque es la mas profunda convicción la que dicta mis preceptos.

Ved la diferencia que existe entre el hombre en su estado primitivo y el hombre civilizado. El primero abandona á sus padres apenas deja de necesitar sus auxilios, mata á sus propios hijos si los considera como estorbos á su bienestar, y se recrea como las fieras en ver los miembros ensangrentados y palpitantes de sus degollados compañeros: los grandiosos espectáculos

de la naturaleza no tienen ningun atractivo para su ciega inteligencia: los cuadros de una sublime ternura no conmueven su embotada sensibilidad. El salvaje egoista solo piensa en los goces materiales de la vida, y convierte el Yo en su ídolo esclusivo.

El hombre civilizado no solo hace gala de todas las virtudes opuestas á estos vicios, sino que, como el árbol que estiende su ramaje para librar de los ardores del sol á las tiernas florecillas esparcidas por la pradera, procura amparar y proteger hasta á los séres indiferentes con los cuales ningun interés directo le liga. A este efecto funda hospitales, plantea establecimientos de beneficencia y establece en el mundo una gran banca, cuya directora es la caridad y cuyo secretario es el consuelo.

¿Y sabeis cuál es la maga que agitando su varita obra todos estos portentos y anuda los lazos que unen á los infelices con los opulentos de la tierra? ¡La urbanidad! La urbanidad es el perfume, es la brillante aureola, el crisol purísimo que dá valor y realce á las tres virtudes hermanas, fé, esperanza, y caridad.

¿Creis por ventura que el culto que tributamos al Ser Supremo sería tan tierno y tan sublime si le tratásemos con grosera familiaridad, si nos acercásemos al ara sacrosanta sin el profundo respeto que debemos al Criador universal de todos los séres? ¿Creis que la esperanza con que procuramos endulzar las penas de los afligidos, tendria tan dulces atractivos si se la impusiéramos con frases desabridas? ¿Creis, por último, que el infeliz mendigo recibiria con lágrimas

de gratitud la moneda que arrojásemos á sus piés con indiferente despego?

¡Ah! no: ¡cuántas veces una sola palabra atenta y afectuosa cicatriza mejor las heridas de un corazón ulcerado, que un rico presente ofrecido con desdenosa soberbia! El que no ejerza con finura las tres virtudes teologales, no puede jactarse de ejercerlas según las máximas de Jesucristo y en provecho de la humanidad.

Entonces estas virtudes son como hermosos diamantes en bruto, á los cuales falta el delicado cincel del artista para que brillen con todo su esplendor y deslumbren las miradas.

El artista es la urbanidad. Ella es la que dá valor y realce á las nobles acciones y nos hace disimulables las mezquinas: ella debe guiar todos nuestros pasos; y ¡ay de aquellos á quienes acompaña en los salones y abandona en el escondido retiro de su casa! Es una bondadosa amiga á quien debemos consultar incesantemente, y cuyas prescripciones debemos seguir con exactitud, porque sus máximas no solo nos enseñarán á ser agradables á los demás, sino que, reprimiendo los arranques de nuestras pasiones, prestarán á nuestro carácter aquella inalterable calma, aquella paz y aquella dulzura que son la base fundamental de nuestra propia dicha.

¡Oh! sí, lo repetiremos una y mil veces: la urbanidad, á pesar de su apariencia frívola, es la que realiza los milagros de una moral benigna y consoladora.

Tal vez se me objetará que los realiza en su acepción mundana, que practica las virtudes, mas bien que por respeto á Dios y á su propia con-

ciencia, por respeto al mundo y á la opinion de los hombres; pero opôndré á esta objecion, muy justa por otra parte, que la virtud convertida en dulce hábito, no deja por esto de producir ópimos frutos, mas puros y sabrosos, segun sea mas ó menos fértil la tierra que recoja la semilla.

Muchas veces la verdad ha dejado su severo aspecto, ciñéndose coronas de flores y mezclándose en los alegres círculos do reina la mentira, para cautivar los corazones por medio de su festiva apariencia.

Tambien la virtud, ocultando su rigidez bajo un aspecto frívolo, suele conquistar mas fácilmente los corazones desprevenidos, y no es deshonroso un disfraz si nos lleva á conseguir altos y nobles fines.

En mi concepto, pues, la urbanidad se eleva al grado de virtud, y de la virtud mas útil y provechosa, porque sabe ponerse al nivel de las flaquezas de los hombres.

El sabio que tomando á su cargo ilustrar y moralizar á un niño, le hablase en su lengua balbuciente, parodiase sus comparaciones pueriles y procurase participar de sus nimias sensaciones, si conseguía su noble objeto, apareceria á nuestros ojos mas grande y generoso, que en medio de su altiva severidad.

Los hombres, mientras atraviesan este triste mundo, son siempre niños en sus afecciones y caprichos, y preciso es que la suma sabiduria se revista con las formas humanas para hacerse tangible á los ojos del vulgo, pues solo de este modo podrá seguirla, sin tropezar entre las sinuosidades del camino.

La bondadosa madre que presenta á su niño enfermo la pócima amarga que debe devolverle la salud perdida, cubre de almibar los bordes de la copa. La virtud evangélica toma las formas de la urbanidad, y rara vez deja de conseguir sus piadosos fines.

Ved si no esa jovencilla que se prepara para ir á un baile; vedla con su trage blanco, colocando con entusiasta afan una corona de rosas entre su blonda caballera, y sonriendo de placer al pensar en los placeres que la aguardan dentro de algunos instantes.

Sin embargo, por breve que sea el espacio que nos separe de la realizacion de nuestros deseos, rara vez logramos conseguirla, sobre todo con las mismas condiciones que la habiamos deseado.

La jovencilla recibe inopinadamente la noticia de que una de sus amigas se halla gravemente enferma, y dócil á las conveniencias sociales, renuncia al baile, para ir á velar á la cabecera de su lecho.

Pero la delicadeza la imponè que no vaya á los sitios en donde reinan el llanto y el desconsuelo con su elegante trage, y se quita suspirando su guirnalda de flores, sus pulseras, su aderezo y todos los atributos de alegría, para reemplazarlos con un modesto y oscuro atavio.

Pasado un momento se halla ya á la cabecera de la cama de su amiga, y cuenta una tras otra todas las horas de aquella noche, que creía haber contado entre placeres.

Tal vez los echa de menos; pero la urbanidad la manda sustituir sus palabras de despecho con palabras de inalterable dulzura, y los

consuelos y cuidados que prodiga á la pobre enferma no dejan por esto de producir el mas beneficioso resultado.

Ved mas allá ese rico, ataviado con todo el esplendor de la opulencia. Baja de un elegante carruaje para dirigirse á una casa, y tropieza con un infeliz mendigo, anciano y cubierto de andrajos.

El anciano, quizás hambriento y enfermizo, se tambalea y cae: multitud de curiosos se agrupan á su alrededor.

El rico, aunque tal vez con interior repugnancia, sabe lo que exige de él la urbanidad, y no faltará á sus leyes. Levanta con respetuoso interés al anciano, se deshace en excusas y protestas, sostiene su vacilante paso hasta el carruaje, pone en sus manos un bolsillo, y dá orden al cochero para que conduzca al triste mendigo hasta su casa.

El mundo edificado aplaude, la miseria queda aliviada y la virtud triunfante.

Ved, por último, a ese sabio encanecido en el estudio. Ha abandonado por un instante su gabinete, atestado de libros, para acompañar á su esposa á una reunion de familia.

A su lado está un jóven que cuenta ya veinte y cinco años y no ha saludado ningun estudio. Ha sido enfermizo, y ha crecido entre los besos y caricias de su familia: tiene veinte y cinco años y no sabe nada.

Entra en conversacion con el sabio, y aunque éste se fastidia con su ignorancia y se aburre con sus preguntas, tiene mucho cuidado de no abrumarle con su desprecio, y le contesta con amabilidad y dulzura, refutando con moderacion

nidad ficticia que adquiere el hijo de padres groseros, puesto á los ocho años en el mejor y mas aristocrático colegio, no, sino esa urbanidad que solo enseñan las madres, que se bebe por decirlo así con su leche, y que empezamos á practicar desde que abrimos nuestros ojos á la luz del día. Cuando el niño no puede articular ninguna palabra, cuando no acierta á darse razon de lo que mira, ve, sin embargo, y aquellas primeras imágenes se graban en su tierna mente con caractéres que no se borran nunca.

Hé aquí, para mi modo de ver, la gravísima falta que comete una madre al entregar sus niños á personas groseras y mercenarias. ¡Ah! ¿qué importa que despues os afaneis por darles una educacion escogida? Podrán hacer brillantes adelantos en la ciencia ò en las artes; pero nunca serán urbanos, porque la urbanidad y la finura solo la podeis enseñar vosotras: solo vosotras hareis que sean una verdad, y no una vana apariencia, hija del estudio.

Hay sin embargo naturalezas privi'egiadas que nacen con esa esquisita delicadeza, pero son como las flores exóticas que descuellan á veces en el desierto, y no puede basarse sobre ellas una tésis general.

La urbanidad, aunque tan poco importante en apariencia, es la mas difícil de todas las ciencias, supuesto que se necesita aprenderla desde la mas tierna infancia, para adquirir ese no sé qué elegante que marca con un sello de distincion todas nuestras palabras y acciones.

Madres, pues ya debeis comprender toda la trascendencia que encierran mis consejos, no os

descuideis en hacer que vuestros niños sean cortesés, pues con esto os atraeréis las bendiciones de la patria, á quien podreis presentar hijos amantes de sus deberes, de sus leyes, de su esplendor; de Dios, á quien ofreceréis corazones benignos, piadosos, amantes; y á la humanidad, que verá en ellos los dignos propagadores de caridad, benevolencia y tolerancia. Y si, por vuestra desdicha, vuestros hijos educados en la virtud, cediesen á sus malévolos instintos y se estraviasen en la senda del vicio, nunca ofenderán el pudor de la sociedad con su cinismo, ni hollarán á la religion con su impudencia, ni añadirán á sus desaciertos el escandaloso alarde de una conducta depravada.

Si no son hombres honrados, procurarán aparentarlo, y no cubrirán de baldon vuestro nombre sin mancha.

Y, aun mas, si vuestros hijos tuviesen un corazón desnaturalizado, si no os amasen, al menos cubrirán su desvío con el velo aparente del respeto, y no tendreis que avergonzáros por su público desprecio.

Por deber, por amor, y por propio interés, madres, haced á vuestros hijos cortesés, y ojalá que, si escuchais mis débiles ruegos, bendigais mi nombre cuando yo haya dejado de existir, al recoger abundantes frutos producidos por mis consejos.

Convencida, pues, de la suma importancia de la urbanidad en el mundo moral, empezaré por considerarla como agente, móvil y distintivo de una conducta piadosa y morigerada.

después de haber que los niños sean ser-
 tados para con tales os miradas las bendiciones
 me de la patria a quien podéis presentar hijos
 amables y obedientes de sus leyes de sus espaldas
 de Dios y de los otros a las coronas benignas pi-
 sadas, amadas y a la humanidad, que ven en
 ellas las leyes, imperadores de cordad, benevo-
 lencia y humanidad. Si por vuestra desdicha,
 no os acordáis de obedecer en la virtud, cediesen a
 sus mandatos justos y se resignasen en la sen-
 da del bien, no os acordáis el poder de la se-
 ñal que en vuestro mandado a la religión
 con su imperio, mandado y sus desdichas
 el mundo y a la de sus conductas depravadas.
 Si no os acordáis también procurará agra-
 ventado y no os acordáis de haber vuestro nombre
 sin mancha.

Y aún más si vuestros hijos tuviesen un
 corazón de su voluntad, si no os amasen, si me-
 nos respetan su vida con el velo aparente del
 respeto y no hubiese que avergonzarse por su
 público desprecio.

Por haber por amor y por propio interés,
 madres, hacia a vuestros hijos corteses y ojalá
 que, si enseñáis mis débiles rasgos, bendicáis mi
 nombre cuando yo me dejado de existir, al reca-
 xer abundantes los producidos por mis con-
 sejos.

Conveniente pues de la suma importancia
 de la moralidad en el mundo moral, empezare por
 consideraros como un móvil y distintivo de una
 conducta piadosa y respetada.

CAPÍTULO PRIMERO.

DEBERES DEL HOMBRE PARA CON DIOS.



El culto que se tributa al que es infinitamente grande, infinitamente poderoso, infinitamente benigno, necesita ser suave y respetuoso para que su profunda humildad esté en perfecta armonía con la sublime grandeza del Ser incomprendible.

LAMENAIS.

Cuando el primer rayo del sol ilumina el horizonte, las aves le saludan con sus cantos, con su susurro los insectos, i los árboles cimbrean su ramaje, i las plantas enderezan hácia él sus mustias hojas, i toda la creacion estalla en himnos de entusiasmo al divisar sus fecundantes rayos, porque ve reflejada en la faz del astro luminoso, como en un mágico espejo, la imágen de su Creador omnipotente.

Si este es el primer deber que cumple instintivamente la naturaleza, ¿no será tambien el primero que deba cumplir el sér dotado de raciocinio, que pesa i comprende todos los beneficios de que le ha colmado la Providencia?

Ama á Dios sobre todas las cosas, dicen los mandamientos de Jesucristo, y este sublime precepto es el que debemos grabar en nuestro corazon con caractéres indelebles. En efecto, ¿hay nada mas justo que adorar al que nos dá por patrimonio esa tierra tan fértil, esos mares tan inmensos, ese cielo tan hermoso, dotándonos además con la luz de la inteligencia para que podamos comprender sus dones y convertirlos en provecho nuestro? ¿hay nada mas dulce, que amar al que nos busca siempre en las horas del desaliento i la amargura para ofrecernos sus tesoros de consuelo; al que calma los horrores de nuestra agonía, mostrándonos sus amorosos brazos siempre abiertos para recibirnos, y la perspectiva de dividir con él los jardines eternos? Pero para demostrar á Dios su profunda adoracion, los árboles inclinan su alta copa, los pájaros sueltan notas mas suaves y misteriosas que cuando cantan sus amores á su avecilla compañera. El hombre, como hemos dicho en otra parte, debe rodear tambien su amor con las muestras del mas profundo respeto. ¿Qué diriamos del que entrase en el palacio de sus reyes, ó simplemente en casa de una persona respetable, hablando alto, tosiendo ó gesticulando? A buen seguro que nos apresuraríamos á darle el dictado de descortés; ¿y qué mayor descortesía que tratar con poca veneracion al que es el Monarca del universo?

¿Hay nada mas repugnante, ni que dé peor idea de la educacion de un hombre, que el verle en estos tiempos de poca fé religiosa, haciendo alarde de desprecio hácia las cosas sagradas

y dignas de respeto? Ya que desgraciadamente la fé se haya estinguido en su alma, ¿no debe por consideracion á los demás moderar y aun ocultar ese desprecio, que es un insulto dirigido á aquellos que conservan todavía la pureza de sus creencias?

No hay palabras bastante duras para calificar esta grosería, que basta por si sola á desconceptuar al hombre mas fino y de maneras mas distinguidas, porque, lo repetimos, la finura no está en la forma, sino en el fondo de las cosas. En vano el hombre escudado con la palabra despreocupacion, que está en todas las bocas, cree mostrarse de inteligencia superior desdeñando las sencillas prácticas religiosas que cumplian exactamente nuestros mayores, pues esto, sin añadir quilates á su talento, rebajará en sumo grado su cortesía.

Los hombres ilustrados contraen la obligacion de ser tolerantes, y no lo es el que no se adhiere á las costumbres recibidas generalmente, y generalmante sancionadas. Todas las naciones, todas las épocas desde la mas remota antigüedad han tenido un Dios y un culto. Reconocer al que nos colma de mercedes y adorarle es la necesidad primera de todos los pueblos de la tierra: hacer gala de nuestra irreligiosidad es producir dos males de suma trascendencia: estinguir la fé en los corazones sencillos, ó irritar la susceptibilidad de los espíritus severos, firmemente adheridos á sus convicciones.

Ambos males se pueden evitar sencillamente respetando lo que de cualquier modo que fuere, por los bienes que causa, es digno de respeto.

No queremos sin embargo que el hombre caiga en el extremo opuesto y muestre una afección ridícula i tal vez mas perniciosa. Las tintas demasiado oscuras siempre afean los cuadros mejor pintados. Procuremos conservar en todas las ocasiones de la vida ese preconizado justo medio, en el cual están encerradas todas las virtudes.

Para resolver este problema no hay mejor guia que el corazon, y si no queremos traspasar en ningun sentido los límites de nuestro deber, procuremos saturarle con ese sencillo amor, con ese santo respeto, debido al que es perpétua fuente de alegría y de consuelo.

Procuremos amarle con toda el alma, por que el amor divino es un árbol fecundo, que produce ópimos frutos de ventura al mismo que le cultiva. El hombre verdaderamente religioso es siempre el modelo de todas las virtudes, el padre mas amoroso, el hijo mas obediente, el esposo mas fiel, el ciudadano mas útil á su patria, y sobre todo el sér mas dichoso de la creación; porque es superior á la desgracia y á la muerte; porque cree, ama y espera, y el que espera, cree y ama, se burla del infortunio.

Si debemos respeto á todas las cosas pertenecientes al culto divino, ¿con cuánta mas razon se lo tributarémos á los sacerdotes, que representan á Dios en la tierra, y están investidos del carácter sagrado de obrar en su nombre, y presidir á todos los acontecimientos grandes de nuestra vida!

Prescindamos de la conducta que observen algunos: ni se pueden deducir tésis generales de

actos parciales, ni sería justo en épocas de desmoralización total, exigir que hombres como nosotros, frágiles como nosotros, practicasen estrictamente todas las virtudes. Complacerse en llenar de baldón á clase tan respetable, y confundirlos á todos en un mismo desprecio, es mostrarse á mas de intolerante, injusto, y un hombre fino, jamás se espondrá á ser tildado con ninguna de estas notas.

Miremos en el sacerdote al delegado de Dios: pensemos que es responsable al Arbitro Supremo de todas sus faltas, y que á él solo toca pesarlás en su inmortal balanza y darle el castigo merecido. Nuestro deber es respetarle, y no perder nunca de vista la santidad de su mision sobre la tierra. Demos á cada uno el lugar que le corresponde, y la sociedad se encargará de asegurarnos el nuestro.

Dios está en todas partes, y su mirada bondadosa y protectora vela siempre por nosotros para mostrarnos los escollos del camino.

A tan incesante cuidado, y tan paternal desvelo, justo es corresponder con muestras de tierno reconocimiento. Él, como una solícita madre, protege nuestro sueño, él ha criado todos los frutos de la tierra para nuestro alimento, él solo puede apartar de nosotros los peligros y la desgracia. Dirijámosle pues una fervorosa plegaria al acostarnos, al levantarnos y al sentarnos á la mesa, para darle gracias de tan copiosos bienes. Esta práctica sencilla comunicará la paz á nuestra alma, y nos dará energía para cumplir dignamente todos nuestros deberes.

¡Oh, sí! ¡Ateorémos en nuestro corazon la sincera fê religiosa, porque ella es el sublime

talismán que nos escuda contra las desgracias de la vida; ella es el perfume del alma que nos atrae las generalés simpatías; ella es por último la esplendorosa antorcha que nos alumbrá en el áspero camino!

No olvidemos sobre todo que la religion, á mas de ser un deber de gratitud hácia el Sér Supremo, además de poner nuestra alma al abrigo de las pasiones, es una fuerte garantía social, pues rara vez se desconfía del hombre que posee unas creencias puras y respeta las sagradas instituciones de sus mayores.

CAPÍTULO II.

DEBERES PARA CON NUESTROS PADRES.

La urbanidad es la flor de la humanidad. El que no es fino y atento, no es bastante humano.

La urbanidad es una especie de túnica que envuelve las asperezas de nuestro carácter, embotándolas y que impiden lleguen á herir á los demás.

La urbanidad es á la bondad lo que las palabras al pensamiento.

J. JOUBERT.

Sin las sagradas afecciones del corazón, la vida sería un árido desierto, en donde no hallaría-

mos, fatigados viajeros, ni una sola gota de agua para refrescar nuestros labios, ni una sola flor para embriagarnos con su perfume.

La vida que se ve precisada á reconcentrarse en sí misma no es vida: la inútil yerba que roba su savia al trigo debe ser arrancada por el agricultor prudente; el que no se esfuerce en ser útil á los demás, es un sér indigno de la consideracion social y de las mercedes de la Providencia, y no merece que se le atienda si deja de sonreírle la fortuna.

La sociedad es un gran comercio, en que todos los séres cambian entre sí reciprocamente sus tesoros. La tierra, entrega á las neblinas las emanaciones de sus fuentes, y las nieblas, impelidas por el viento, van á regar con una benéfica lluvia las áridas praderas; el aura refresca el cáliz abrazado de las flores, las cuales á su vez la entregan sus perfumes; el arroyuelo fecunda con su blanca franja de espuma las raíces de los árboles corpulentos, y estos en cambio entrelazan sus ramas para formar una bóveda de verdor sobre la cristalina corriente, é impedir que los rayos del sol la sequen con sus ardores.

En la naturaleza todo es reciproco: todo debe serlo en sociedad.

Pero si tenemos un sagrado deber de pagar con beneficios, los beneficios de los séres indiferentes, ¿cuánto mas obligados estaremos á corresponder mientras vivamos, á los que nos han prodigado con sublime desinterés nuestros padres? ¡Ah! si la naturaleza, si la sociedad no nos mandasen amarlos y respetarlos, solo por gratitud deberíamos colmarlos de cuidados y atenciones.

Nace el niño desnudo, débil, indefenso, y la madre le calienta en su regazo, le alimenta con su leche, y le rodea de tan previsores cuidados, que solo el amor maternal puede concebirlos y llevarlos á cabo. Es un objeto para ella de tanta adoracion, que teme que la brisa le marchite, que los rayos del sol le descoloren, y teniendo en nada su propia salud y su existencia, sufre animosamente toda clase de privaciones, pasa las noches en vela, para ahorrar una sola lágrima al objeto de su cariño. ¡Cuántas horas cuenta inmóvil, con su hijo entre los brazos, temerosa de despertarle! ¡cuántas inclina la frente sobre la rubia cabeza del niño, y ruega à Dios que le colme de bendiciones! En medio de su sublime abnegacion, nada pide para sí, ni aun se acuerda de que exista indivisiblemente de su hijo: desde el momento en que le ha sentido agitarse en sus entrañas, el *yo* de la mujer se ha desvanecido completamente para trasmitirse à aquel sér querido, y ya sus pensamientos, sus sensaciones, sus esperanzas, han dejado de pertenecerla para siempre. Un padre dará la vida por su hijo; la madre hará mucho mas, que es consagràrsela por entero, sacrificarle todos los instantes, dedicarle todas las palpitations de su corazon. Si es pobre, rasgará sus vestidos para cubrir sus desnudos miembrecitos, pondrá en sus manos el pedazo de pan que la naturaleza la mandaba llevar á los lábios, trabajará sin descanso para verle sonreir de alegría al regalarle un toseco juguete: si es rica, le sacrificará sus placeres, las adoraciones que la prodiga el mundo, el gozo de brillar en los salones, y preferi-

rá á todas las lisonjas de la vanidad una mirada de su niño. Se ríe cuando él sonríe, derrama lágrimas si llora, y siente todas las alternativas de la enfermedad, si una enfermedad le aqueja. ¡Una madre! ¡Cuán dulce es este nombre! ¡Cuán santo es el afecto que despierta en nuestras almas! Una madre es el único bien inmenso y positivo que Dios ha puesto á nuestro lado en las penalidades de la vida, el único tesoro que el codicioso mundo jamás puede arrebatarnos. ¡Dichosos los que han crecido bajo su amparo! ¡dichosos los que han recibido sus besos y sus amantes bendiciones! ¡Ay de aquellos que la han perdido! ¡ay de aquellos que vagan solos por los desiertos de la vida!

Ved esos jóvenes esposos sentados junto á una cuna, donde dormita la prenda de su cariño. ¡Con qué amor fijan en él sus miradas! ¡con qué orgullo enumeran sus gracias! ¡con que ternura imploran á Dios que le colme de mercedes! Es un pobre niño, cuyos lábios no aciertan todavía á formular un pensamiento, cuyas manos no pueden sostener el mas leve peso, cuyas rodillas flaquearian si intentase dar un paso; sin embargo, si posible fuera cegar el Océano y ofrecer todas las riquezas que encierra á sus amantes padres á trueque de aquel sér tan débil, estos las rechazarían con generosa indignacion! Y cuando sus lábios balbucientes pronuncien por primera vez los nombres de *padre y madre*, será mas dulce el eco de su voz á los oídos paternos que todas las armanías de la naturaleza, y les parecerán mas elocuentes esas palabras, que los elegantes discursos de los mas sábios ora-

dores. Sin embargo, ¿qué ventajas les trae ese niño? ¿qué beneficios esperan de él? ¡ninguno! Hasta los veinte años luchar tal vez con la miseria para darle educación, y entonces decirle: esa instrucción que te hemos dado, esas riquezas que hemos adquirido á costa de afanes y privaciones, todo es tuyo: ¡tómalo, y goza, y sé feliz, que nosotros lo seremos con tu dicha! ¡Ah cuán grande, cuán generosa, cuán noble es esta conducta! ¡Solo puede compararse con la que Dios emplea respecto á sus criaturas!

Pero no anticipemos las épocas. El niño que dormitaba en la cuna ha cumplido seis años: el padre hasta esa edad solo le rodeaba con una atmósfera deliciosa formada por su amor; ahora su deber le impone otro sacrificio. Todo está equilibrado en la grandiosa obra de la creación. Si la madre hasta ahora ha tenido que prodigarle toda clase de desvelos y sacrificios, si se ha convertido en mártir de amor para cuidarle, de allí en adelante será mas dichosa, porque le verá ya fuerte y robusto crecer en gracias, y podrá seguir entregándose á los impulsos de su corazón, sin tener que hacerse violencia ninguna para ocultar sus sensaciones.

El padre por el contrario, casi pasivo hasta entonces, cuando vea desarrollarse las facultades de su hijo, cuando su amor y su orgullo lleguen á su mayor apogeo, tendrá que cubrir su rostro con una máscara severa, tendrá que reprimir sus expansivas sonrisas, y ocultar su paternal entusiasmo en lo mas hondo de su corazón. El padre debe convertirse en preceptor, y es preciso que infunda respeto á aquel niño travieso y

gracioso, con el cual jugaba algunos meses antes. ¡Ah! no sabeis cuán sublime esfuerzo cuesta este cambio á su amor; pero la ventura de su hijo lo exige; ¿y qué no hará un buen padre para conseguirla? Si el niño ha hecho alguna inocente travesura es preciso que le riña; si no estudia es necesario que le castigue. La madre tal vez llora é intercede y se concilia la gratitud de su hijo; pero el padre debe mostrarse severo é inflexible, aunque haria cualquier sacrificio para sufrir él mismo el castigo que le ha impuesto. Ingrata tarea es esta para quien ama; pero el amor dá fuerzas para todo.

La madre sigue siendo la tierna confidente de su hijo, la que enjuga sus lágrimas, la que le proporciona algún solaz, y la sonrisa de gratitud de la prenda de su corazón, la recompensa con usura de todos sus afanes. El padre, ¡ay! el padre tiene que guiarle por la árida senda de la probidad y del honor, franquearle la herrada puerta del trabajo y las vigiliás, preparar su ánimo para luchar contra el mundo y sus horrendas tempestades. La madre sin ningún esfuerzo ha procurado trocar el niño en ángel; el padre debe convertirlo en hombre, debe asegurarle un porvenir, y protegerle contra todos para favorecer su entrada en un mundo que siempre se encoge desdeñosamente de hombros y sonríe con desprecio á la llegada de cada nuevo convidado que viene á reclamar su parte en el universal banquete. ¡Cuántas tormentosas luchas, cuántos afanes, cuántos sacrificios de amor propio y de dinero tendrá que hacer antes que vea á su hijo ocupar un asiento entre los hombres honrados y laboriosos de la tierra!

Vemos, pues, por esta ligera reseña, que iguales son los sacrificios del padre y de la madre; igual, pues, debe ser nuestra gratitud para ambos, iguales los deberes que esta gratitud nos impone. Por mucho que nos desvelemos por su bien, por mucho que procuremos corresponder á su desinteresado cariño, nunca haremos tanto como ellos se merecen.

La piedad filial era entre los antiguos una de las primeras virtudes, y no hay ningun alma, por endurecida que esté, que no se conmueva al oír los sublimes ejemplos que ha producido.

Esta sola palabra: *es buen hijo*, equivale á los mayores elogios, y es una garantía tan grande para la sociedad, que el que merece este dictado se concilia todas las simpatías. No hay ninguna falta que no esté en cierto modo borrada, si aquel que la ha cometido puede ostentar su piedad filial por glorioso timbre. *No es un hombre de grandes conocimientos; pero es buen hijo*, dicen sus gefes al otorgarle una gracia ó un empleo; *no posee bienes de fortuna; pero es buen hijo*, dice un padre al entregarle á su hija. Este dictado equivale en el mundo al talento, á la riqueza, y aun al encumbrado nacimiento. Es la única moneda cuyo valor no se ha hecho nominal en la gran banca de los hombres, y el que se presenta con ella puede estar seguro de recibir en cambio la proteccion universal.

Tal vez las monedas de la virtud y la honradez han perdido su valor; pero esta lo conserva, y lo conservará siempre íntegro.

Y el mundo tiene razon: porque aunque á veces se deje estraviar por el turbion de las pa-

siones, en general es justo en sus raciocinios. El que ama á sus ancianos padres, el que los socorre y los venera, muestra un juicio recto y un corazón sensible, y podrá cometer alguna falta pasagera, pero nunca será un malvado.

Si tan grande es la benevolencia con que mira el mundo á un buen hijo, cuánta no será la que despierte en el ánimo del Eterno, que es el bondadoso padre de todas las criaturas: del que ha dicho: *honra á tu padre y á tu madre sobre la tierra, y alcanzarás la misericordia en el cielo.*

¡Ah! ¡cada lágrima que enjugemos á los autores de nuestros días borrará una falta del eterno libro y formará la espléndida aureola que debemos ceñir en las alturas! ¡Dichosos los hijos que han sido los báculos de consuelo de sus ancianos padres! ¡Dichosos los que han velado noche y día á la cabecera de su lecho! ¡Dichosos los que han cerrado sus ojos y no los han abandonado hasta la yerta sepultura! ¡Ah! ¡felices los que en el amargo trayecto de la vida puedan recordar su bendición postrera, y buscar al través de las nubes su imagen risueña y adorada!

Pero no basta amarlos y socorrerlos, es preciso respetarlos, y aun tolerarlos.

Los ancianos, como los guerreros, gustan de referir las batallas de su vida; escuchémoslos con placer, porque además de enseñarnos, experimentan una inocente satisfacción, que mañana también experimentaremos nosotros al referirlas á nuestros hijos. Los ancianos, como los árboles secos y desnudos del invierno, lloran como es natural

sus perdidas galas y la perfumada brisa de la primavera; dejémosles que hablen sin cesar del pasado, perdonémosles que lo encuentren siempre más hermoso que el presente. ¡Ah! ¡cuando ha huido la juventud, la naturaleza no tiene ya para el alma caduca variadas armonías, ni para los ojos debilitados espléndidos paisajes! No nos irrite mos de que condenen tal vez con demasiada rigidez nuestros placeres. El náufrago que después de haber atravesado el furioso Océano en una tabla, llega exámine á la orilla, tiene algún derecho para zaherir á los que se embarcan en una frágil barquilla y se entregan con imprudente candidez al embate de las olas.

El anciano conoce el verdadero sentido de esas palabras falaces que os embriagan y seducen, porque lo ha descifrado al través de amargas lágrimas; conoce la solución de esos enigmas que cautivan vuestra infantil curiosidad, y sabe cuál es el término preciso adonde conducen todas las exaltadas pasiones que os halagan.

Para él, tal vez desgraciadamente, no existe el misterioso hechizo de la ilusión, y lee en el porvenir con la luz que le suministra su pasado. Jóvenes, escuchad con religioso respeto sus consejos. Puede ser que la amargura de sus recuerdos le haga exagerar los peligros, puede ser que su desencanto le conduzca á ser injusto y á reprobar vuestros más inocentes placeres; pero siempre sus consejos serán hijos de su amor y su esperiencia, y por lo tanto si no los seguís en un todo, procurad á lo menos respetarlos.

La vejez, rica, cuando menos en esperiencia, hace gala de ella y quiere imponer su opi-

nion à cuantos la rodean: la juventud presuntuosa con su misma ignorancia, tiende siempre á sacudir el yugo y proclamarse independiente. Si hay falta en ambas, à la juventud toca ceder y tolerar, y ser deferente y sumisa.

El respeto que concedamos à los ancianos nos será concedido algun dia, y ¡ay de aquellos que se burlan de las canas, que muy en breve, antes de lo que imaginan, cubrirán su frente!

Si experimentamos un sentimiento de indefinible respeto delante de un monumento antiguo, al pensar en los sucesos de que ha sido testigo, ¡con cuánta mas razon lo experimentaremos delante de un anciano que ha sido víctima de todas las vicisitudes de la vida!

Cuando vuelve un viajero de apartados climas, ¿no nos agrupamos en torno de él para saber las mil particularidades de su viaje? El anciano es un viajero que toca ya à los linderos de su patria: ¡recojamos con avidez y veneracion sus últimas relaciones!

Hablémosle siempre como si aquel fuese el postrer momento de su vida; ¡qué remordimientos experimentaríamos si tratásemos con dureza al que pasado un instante reposase ya en la tumba!

Una nevada cabellera es una diadema mas digna de veneracion que las que ostentan los monarcas de la tierra. Inclinémonos siempre delante de ella, y no olvidemos jamás que debemos ceñirla algun dia. Veneremos à nuestros padres despues de Dios, y despues de nuestros padres à todos los ancianos. En las repúblicas de Grecia, donde la ancianidad era mas respetada, los jóvenes solian ser modelos de todas las virtudes.

El anciano, como el niño, necesita vuestro apoyo: es un sér que declina y va perdiendo gradualmente sus brillantes facultades, como el árbol marchito que pierde á cada instante alguna de sus hojas.

No os burleis de sus tal vez pueriles caprichos: la sonrisa del desprecio en los labios juveniles, euando el objeto de ella es un anciano, los deshonra para siempre. Lejos de eso, prestadle el apoyo de vuestro brazo, porque él en otro tiempo os sostuvo amorosamente entre los suyos; guiad su trémulo paso, como él guió con tan tierna solicitud los vuestros; sed, en fin, para él, el ángel del consuelo, y el mundo os dará en premio sus aplausos, y Dios os recompensará con la profusion de sus mercedes.

CAPÍTULO III.

DEBERES HACIA LA PATRIA.

La urbanidad no es una cosa frívola; en todo tiempo ha contribuido á la celebridad de los pueblos que la han perfeccionado. La urbanidad de los atenienses, despues de tantos siglos como han transcurrido, nos parece todavia un título de gloria, y el *catecismo* será siempre un epíteto lisonjero en elogio.

MME. DE GENTÉ.

Si observásemos atentamente la naturaleza, veríamos que es un libro provechoso en el cual

están grabadas las máximas de todas las virtudes. Las fuentes y las aves, que nos han enseñado antes à tributar un respetuoso culto al Arbitro divino, nos pueden enseñar tambien à amar y reverenciar à nuestra patria. Las fuentes siempre fecundan la misma alfombra de flores, las aves siempre escogen el mismo tronco de un árbol para depositar en él sus nidos, las fieras hacen resonar las mismas selvas con sus salvages rugidos. El amor de la patria es tambien instintivo en el hombre, y todos nos sentimos irresistiblemente adheridos al lugar de nuestro nacimiento, à nuestra casa, à nuestro pueblo, à los árboles que cobijaron con su sombra nuestros juegos infantiles, à la brisa que recogió nuestros primeros suspiros, à los paisajes que cautivaron nuestras primeras miradas. Allí cuanto nos rodea está íntimamente unido con nosotros, porque nos recuerda la historia de nuestros antepasados, de nuestros padres, de nuestros amigos, y la sencilla historia de nuestra infancia, tan llena de suaves emociones, de cándida inocencia. En vano el infatigable viajero recorrerá todos los confines de la tierra; en vano visitará deliciosos climas, soberbios monumentos, populosas ciudades; nada encontrará mas bello que el escondido valle en donde saludó la luz del dia, en ninguna parte hallará flores mas olorosas, brisas mas perfumadas, cielo mas azul; y los mas hermosos edificios no cautivarán tan dulcemente sus miradas como la severa iglesia de su pueblo y el alto campanario que se pierde entre las nubes.

Cuando esté mas fascinado con los brillantes espectáculos del mundo, hacedle oír una palabra en su lengua nativa, entonad una sencilla melodia de sus montañas, y vereis cuál se estremece de placer y cuál se llenan sus ojos de melancólicas lágrimas.

Este amor sublime é infinito que nos liga al suelo que recogió nuestros primeros vagidos, se estiende á toda la comarca en donde rigen las mismas leyes, y que son gobernadas con las mismas instituciones, formando con nuestros conciudadanos una gran sociedad de intereses y sentimientos nacionales. Las ciudades, los pueblos, los edificios, los campos cultivados y todos los demás signos de la vida social, están llenos para nosotros de patéticos recuerdos y de estímulos á la virtud y al heroismo. Los talentos de nuestras celebridades en las ciencias y en las artes, los magnánimos sacrificios y las proezas de nuestros grandes hombres, de nuestros príncipes, de nuestros generales, nos representan los sufrimientos de las pasadas generaciones que nos legaron en herencia sus hogares, sus riquezas y el ejemplo de sus virtudes.

La patria simboliza nuestra familia, nuestros parientes, nuestros amigos, todas las personas á quienes amamos y forman con nosotros una comunidad de afectos, goces, penas y esperanzas.

Si el instinto, pues, no nos mandase amar á la patria, deberíamos considerar como uno de nuestros principales deberes concurrir á su engrandecimiento, y procurar por todos los medios imaginables que pase á las generaciones futuras con el mismo lustre y esplendor con que nos la le-

garon nuestros padres.

Para esto, en el estado normal, basta con respetar fielmente sus leyes, obedecer à los magistrados, y guardar un profundo respeto al gobierno constituido, sea este el que quiera, pues aunque no esté conforme con nuestras opiniones, debemos esperar à mostrar nuestro desagrado que el voto de toda la nacion lo sancione. Debemos prestarnos à servir los destinos públicos, siempre que creamos que nuestras luces puedan coadyuvar al buen éxito de los negocios, y si ansiamos su prosperidad, preciso es que contribuyamos con una parte de nuestros bienes, haciendo los sacrificios que el gobierno crea necesarios, para el sosten de los cargos públicos, indispensables en una recta y sabia administracion.

Pero en los momentos de conflicto, cuando la seguridad pública está amenazada, la patria reclama el auxilio de todos sus hijos, y deber de todos es armarse y defenderla, porque el nombre del cobarde que abandona à su patria en el momento del peligro queda eternamente mancillado, y sus hijos se avergonzarán de pronunciarlo.

No olvidemos, pues, los sublimes hechos de patriotismo y abnegacion que guarda la historia de los pueblos en sus sagradas páginas, y en los instantes de angustia y de conflicto procuremos imitarlos y cumplir dignamente nuestro deber de ciudadanos.

CAPÍTULO IV.

DEBERES PARA CON NUESTROS SEMEJANTES.

La urbanidad es la espresion de la imitacion de las virtudes sociales: estas son las que nos hacen ser útiles y agradables á aquellos con quienes tenemos que vivir. Un hombre que las poseyese todas, tendria necesariamente la urbanidad llevada á su agrado supremo.

DUELOS.

Ama á tu prójimo como á ti mismo, ha dicho Jesucristo, y este santo precepto es el primero que debéis grabar en vuestro pecho, porque será cual un faro portentoso que os conduzca, entre las sinuosidades del camino, al asilo de paz y de ventura.

Dios al querer que todos los hombres fuesen hermanos, ha hecho que una imperiosa necesidad forjase el lazo que debia unirlos, y así solo uniendose son fuertes, poderosos y felices, mientras en el aislamiento vacilan y perecen.

Aun los salvajes forman tribus para rechazar á las fieras de sus bosques, aun entre ellos se conocen los vínculos de amistad para ayudarse y protegerse.

Un hombre, por sí solo, es un ser débil, impotente, casi pudiéramos decir incompleto, porque

apenas se basta á sí mismo; mientras uniendo los esfuerzos de su talento y de su industria á los esfuerzos de los demás, consigue llevar á cabo todos esos milagros del pensamiento que le convierten casi en semidios.

El ver cuán necesarios nos son nuestros semejantes en todos los actos mas leves de existencia, basta para hacernos comprender cuáles serán nuestros deberes respecto á ellos, y que todos estamos obligados á contribuir en cuanto podamos á la gran obra de la union social. Por ella, y solo por ella, existen esas populosas ciudades que tanto nos admiran, esos soberbios monumentos, esos campos cultivados con tanto arte, que nos suministran tan variados y ópimos frutos, esos buques que flotan sobre las olas y traen á nuestros puertos torrentes de riquezas. En la época en que vivimos, el espíritu social ha dado pasos gigantescos, tocando casi al apogeo de su desarrollo, y preciso es confesar que á esas multiplicadas asociaciones se deben los grandes adelantos del siglo y el asombroso progreso de las ciencias, las artes y la industria.

Pero no solo se contentan con producir el bienestar material, sino que producen bienes morales de incalculable trascendencia.

Ved esos millares de huerfanitos en asilos piadosos, los cuales reciben una instruccion sólida para ser en el porvenir ciudadanos honrados, orgullo de su patria; esos débiles ancianos á quienes se prodigan tan solícitos cuidados; esos tristes enfermos, que desde el lecho del dolor bendicen á cuantos les proporcionan medios de subsistir á sus exigentes necesidades.

Las asociaciones previenen las horribles catástrofes que hace un siglo sumían en la amargura à toda una familia, y son el àncora de salvacion de todos los desgraciados.

El celo con que benéficas asociaciones procuran penetrar en los misterios de la indigencia para darla un generoso amparo, y los sublimes resultados que produce, debe servirnos de estímulo para imitarlas, y en el pequeño círculo de nuestras relaciones y nuestra fortuna no dejar à ningun desgraciado sin pan mientras sobre en nuestra mesa, ni permitir que corran las lágrimas de los aflijidos sin procurar enjugarlas. Estos son los dos principales deberes que estamos llamados à cumplir para con nuestros semejantes, y en los cuales se encierran todos los demas.

En efecto, el que es generoso, el que jamás se hace sordo à los infortunios ajenos, el que se complace en tender una mano protectora à los que suspiran esclavos de una suerte adversa, sabrá indudablemente cumplir con acierto los deberes sociales, y desempeñará en el mundo un papel hermoso, digno de la compasiva ternura de que está penetrada su alma.

¡Dichosos los que sepan abrir su corazón à los tiernos sentimientos de humanidad! ¡dichos los que cifren su contento en esparcir contento y alegría! ¡Es tan dulce evocar la sonrisa en unos labios plegados por el infortunio! ¡es tan noble detener una lágrima pronta à desprenderse de los párpados, y devolver el color à unas mejillas ajadas y descoloridas! ¡Cuán tranquilo es el sueño para aquellos que saben practicar el bien! ¡cuán risueñas se presentan siempre à sus ojos las imá-

genes del pasado y del porvenir, exento aquel de remordimientos y este de temores y zozobras! ¡cuán suaves los placeres que saboreamos en el mundo, cuando rebosa en nuestro pecho la alegría de haber llevado à cabo una buena accion!

Por conviccion, por deber, por egoismo, seamos siempre benéficos y compasivos; y no olvidemos que la flor no encierra dentro de si misma su perfume, sino que lo entrega al aura que la acaricia.

Y vosotras, dulces y tiernas jovencillas, vosotras, destinadas por el Criador à ser los ángeles de consuelo de todos los infortunios, à comprender el lenguaje de todos los suspiros exhalados por los corazones que sufren; vosotras, que habeis recibido la celeste mision de aplicar el suave bálsamo à todas las heridas, oid mis consejos, y procurad saturar vuestro sensible corazon con esa esencia de compasiva ternura que os presta un hechizo irresistible.

La mas tierna, la mas amante, será siempre la mas hermosa, la que posea mas dulces atractivos.

Imitad à los ángeles, jovencillas, porque de la suya está formada vuestra esencia, y llegareis à ser sus semejantes si atesorais en vuestro corazon la hoguera de santo y puro amor en que ellos se abrasan por Dios, y cuyo fuego derraman sobre todas las criaturas. Amad con pura fé à vuestros hermanos: amad sobre todo à los infelices, à los huerfanitos, à los ancianos, à cuantos sufran, y no os avergonceis jamás de proclamar mui alto este amor sublime que os ennoblecerà à los ojos del mundo, que os hará dignas

de que se fijen en vosotras las miradas del Eterno.

Sin duda os habrán dicho, y os repetirán sin cesar, que el mundo desconoce los quilates del valor de una mujer tierna, sensible y generosa. ¡Ah! ¡No, no creais á esos espíritus sombríos y descontentadizos! ¡El mundo es mas justo de lo que se cree generalmente! Al mundo se le suele calumniar con frecuencia, y muchas veces le hacemos responsable de nuestros propios arranques de mal humor, ó de lo que no son mas que desaires de la ciega suerte.

Lo bueno siempre es bueno, y el mundo lo conoce, lo aprecia y lo venera. Podrá dejarse deslumbrar momentáneamente por lo que le fascina, podrá tal vez correr desatentado en pos de lo que le divierte; pero, creedme, solo un verdadero mérito le fija y le conmueve.

He pasado ya los primeros albores de la vida, y os hablo por conviccion y por esperiencia. La virtud y la bondad encuentran su recompensa acá abajo, así como estoy cierta que la hallarán en el cielo; y aunque tal vez sea reducido el círculo de sus admiradores, ¿qué importa, si lo forman los espíritus rectos y las almas escogidas?

No escuchéis jamás á esos declamadores furibundos y resentidos. Si fuérais á examinar su conducta, tal vez hallaríais que no son acreedores á la recompensa que el mundo les niega con justicia. Huid de ellos, tiernas amigas, y creed que la mejor brújula para dirigir al puerto nuestra zozobrante nave, es la tierna bondad y una conciencia sin mancha.

Creed que el mayor atractivo de una mujer consiste en su benevolencia, y que aun cuando el

mundo nos negase sus plácemes y sus aplausos, deberíamos adornarnos con ella para satisfacer las aspiraciones de nuestro corazón, que Dios solo ha formado para el bien y la ternura.

Tened fé en mis palabras, sensibles jovencillas, y estoy segura de que algun día, rebo- sando placer y felicidad, bendeciréis mi nombre.

Después del amor y la benevolencia, las mas bellas cualidades con que podemos adornarnos son la modestia y la tolerancia.

Seamos modestas en nuestras palabras y en nuestras acciones. El hombre jactancioso jamás se captará el aprecio de nadie, y por el contrario tendrá que sufrir mucho su amor propio siempre que vea que el éxito que alcanza no corresponde á las pretensiones que habia demostrado. El que es modesto, nunca tiene que sufrir la humillacion de verse arrojado de un lugar superior á sus merecimientos. El saber que se oculta tras el velo de la modestia, acrecienta el interés y la admiracion de cuantos lo adivinan, y adquiere un valor inmenso.

La modestia es indispensable sobre todo á las jóvenes, porque es el perfume de la belleza y la égida de su virtud.

No confundamos sin embargo la modestia con esa ruin pequeñez de espíritu que nos hace torpes y encogidos, ó con la falsa humildad al través de la cual se descubren las huellas de un petulante orgullo. La modestia si es fingida pierde todo su secreto hechizo, y nos convierte en objetos de burla y menosprecio.

Procuremos, pues, que nuestros pensamientos sean modestos, no bajos ni mezquinos, y

modestas las manifestaciones que hagamos de ellos en sociedad.

Seamos tambien tolerantes. La naturaleza no ha hecho à todos los hombres iguales física ni moralmente; lejos de eso ofrece los mas raros contrastes, y es necesario que aquellos à quienes ha dotado de mas talento ó mas bondad sean tolerantes con los que no han recibido iguales beneficios.

Burlarse del necio es dar pruebas de poco juicio: complacernos en zaherir al ignorante malicioso es igualarnos con él. El que posee un talento superior, el que, en una palabra, es mas bueno, debe mostrarlo tolerando los defectos de los demás y perdonàndeselos. La venganza que se toma de los agravios sociales, si se dirige contra personas inferiores à nosotras en talentos, es ruindad de corazon; si se dirige à superiores, alarde de vanidad; y mas prudente es en ambos casos pagarlos con beneficios, que no faltará quien observe y encomie la nobleza de nuestro proceder.

Hay personas tan desgraciadas que no saben dominar sus pasiones y se dejan arrastrar por su ímpetu, entregándose à todas las debilidades que se llaman rarezas de genio, pero que en el fondo tienen buenas y escelentes cualidades morales: procuremos transigir con sus caprichos, y no perdamos una amistad, tal vez sincera y provechosa, por una susceptibilidad de amor propio mal entendido.

Guardémonos tambien de menospreciar à aquellos à quienes la suerte ha arrebatado sus bienes de fortuna, dejàndoles solo las buenas fa-

cultades de su alma. No atendamos al trage, sino al verdadero mérito, para darles la preferencia merecida en todas las ocasiones, y no nos avergoncemos de tratar con bondadosa deferencia á la probidad desvalida.

Tal vez con esta conducta os atraigais las murmuraciones de los fátuos; pero las personas de juicio os concederán siempre su aprecio.

Guardémonos tambien de burlarnos de aquellos que tengan una imperfeccion física: esto demuestra un espíritu superficial y un alma poco generosa. Lejos de eso, procurad consolarlos de esta desgracia con las mas delicadas atenciones y con aquellos discretos elogios dirigidos á las equalidades de su alma, que jamás puedan herir su susceptibilidad.

En suma, además de amar á nuestros hermanos, debemos respetarlos y ocultar sus miserias; ayudarlos á ilustrar su entendimiento, á formar su corazon por la virtud; perdonar sus ofensas y proceder con ellos como deseáramos que ellos procediesen con nosotros. En el corazon del hombre benévolo, elemente y generoso, siempre reinan la paz y el contento, y nacen y fructifican todos los grandes y nobles sentimientos. Dejemos al vulgo que obre como quiera: nosotros no hemos de regular nuestras acciones por las de los hombres estraviados, y á veces corrompidos, sino por las del sublime Maestro de todas las virtudes. Obremos bien, y Dios y nuestra conciencia nos darán el galardón merecido.

La primera palestra de la virtud es el hogar paterno, ha dicho un célebre moralista, y esto nos indica cuán solícitos debemos ser por el bien

y la honra de nuestra familia.

El que en el seno de la vida doméstica ama y protege á sus hermanos y demás parientes, y ve en ellos las personas que despues de sus padres son mas dignas de sus respetos y atenciones, no puede menos de encontrar allanado y fácil el camino de las virtudes sociales, y hacerse apto para dar buenos ejemplos á sus hijos y para regir dignamente la familia á cuya cabeza le coloquen sus futuros destinos.

El que sabe guardar las consideraciones domésticas, guardará mejor las consideraciones sociales; pues la sociedad no es otra cosa que una ampliacion de la propia familia.

¡Dichoso el que sepa grabar en su alma con caracteres de fuego estos deberes! ¡Desdichado aquel que los desprecie, porque haciéndose indigno de la general estimacion, llevará una vida errante y solitaria en medio de los mismos hombres!

CAPÍTULO V.

DEBERES PARA CON NOSOTROS MISMOS.

Lo que puedo decir con seguridad, es que en mis luchas algun tanto árduas debi una gran parte de mis triunfos á ciertas virtudes de segundo orden, tales como la urbanidad,

JULIO CÉSAR.

Conoci á un hombre que todo lo sabia, excepto una cosa; dar los buenos dias y saludar. Vivió pobre y desdichado.

DIDEROT.

EN último resultado es ciencia muy útil la de saber vivir en sociedad. Es como la gracia y la hermosura, conciliadora inmediata de la sociedad y la familiaridad.

MONTAIGNE.

Si nuestra mision es superior á la de todos los demás séres de la naturaleza, si Dios nos ha dotado con un destello de suprema inteligencia, justo será que considerémos como el primer deber mostrarnos reconocidos á Dios por tan sublime presente, procurando cultivarla con constante esmero, para saber cumplir sus divinos preceptos.

La instruccion es al hombre, considerado física y moralmente, lo que el riego á una planta.

La planta que crece sin cultivo, no solo carecerá de perfume, sino que ostentará siempre sus ramas torcidas y amarillentas. La naturaleza moral y la física son dos gemelas, y están tan íntimamente unidas, que es preciso que armonicen completamente en su desarrollo, para que lleguen ambas al grado de perfectibilidad á que están llamadas.

Todo lo que quiera avanzar la una resultará en detrimento de la otra.

Es necesario, pues, que procuremos ilustrar nuestra inteligencia, tanto como nuestras fuerzas físicas nos lo permitan. El que sacrifica su salud á

su ambicion de estudio, cometería tan grave falta con respecto al Criador, que le ha confiado la conservacion de su propia existencia, como el que desatendiese completamente su instruccion, para entregarse á los placeres sensuales.

Por lo demás nada hay tan absurdo y despreciable como la ignorancia, y no es digno de poseer un alma racional, el que teniendo á la vista el grandioso libro de la naturaleza y los magnificos panoramas de la creacion, no procura descifrar los sublimes caractéres del primero, ni se estasia al contemplar la belleza de los segundos. El ignorante no sabe los suaves placeres á que renuncia con su indolencia, y como cierra su alma á las mas indefinibles y sublimes emociones.

El saber es una cristalina fuente, que refresca los abrasados labios del que hiende la tierra para descubrir su subterráneo cauce.

Dichoso el que busca en el estudio la calma y el solaz, que huyen del torbellino del mundo. No hay amigos tan dulces y complacientes como los libros, ni consuelos tan eficaces como los que prestan á un ánimo affligido las bellas artes. El hombre instruido nunca está solo, nunca se aburre, y sobre todo nunca tendrá que mendigar el pan de la compasion ajena, porque las riquezas son como la nieve, que un rayo de sol derrite, y el saber como el diamante, que resiste á la accion del fuego.

La instruccion hace á los hombres benévolos y virtuosos: si hojeásemos todas las causas célebres desde el principio del mundo hasta ahora, veriamos que todos los grandes crímenes han

sido producidos por la ignorancia.

El sabio regula sus acciones por las severas máximas de los profundos moralistas; porque no ignora que estos al trazarle la senda, á la cual han dado el nombre de deber, han trazado igualmente la de su felicidad, porque deber y felicidad son sinonimos; y siempre es feliz el que obra legalmente, segun su convicción y su conciencia.

Además de estas positivas ventajas, el estudio nos proporciona la de ser hombres útiles en sociedad, y la de poder cumplir dignamente los deberes que hemos indicado antes, respecto á Dios, á nuestros padres y á nuestros semejantes. Un espíritu inteligente comprende mejor las infinitas bondades del Eterno, y sabe mejor mostrarse reconocido á sus mercedes; un jóven brillante es honra y gloria de sus ancianos padres, y puede labrarse un porvenir que los ponga para siempre á cubierto de las contrariedades de la suerte; un hombre distinguido por sus luces y conocimientos, puede servir dignamente á su patria y concurrir al bien de sus conciudadanos, y asimismo servir de amparo y de consuelo á cuantos necesiten de su auxllio.

El estudio es pues la clave de todas las virtudes, y el laborioso jamás contará con tédio los minutos de su vida.

Hemos dicho que Dios nos ha impuesto el mismo deber de cultivar nuestra inteligencia y conservar nuestra vida.

No hablaremos de los desgraciados, á quienes el extravío de sus pasiones conduce al suicidio. Este es un crimen demasiado repugnante y horrible para que nos ocupemos de él. La so-

ciudad entera reserva sus anatemas para estos infelices, y es tanto el horror que la inspiran, que no concede ni una losa para su ignorada sepultura. Dios tal vez los perdonará en su infinita misericordia; ¿pero son acaso acreedores á ella los que pisotean con desprecio su dádiva mas preciosa?

Creemos piadosamente que cuantos atentan á su existencia están privados de razon, porque este es el único medio de escusar un crimen tan terrible.

Pero no basta no atentar á nuestros dias, es preciso atender á conservarlos.

El que se entrega á peligrosos excesos, el que pasa las noches en las orgias, el que se espone imprudentemente á apurar hasta las amargas heces de la copa de los placeres, conspira contra su salud, y falta gravemente á este deber; tan gravemente acaso como el suicida, que al menos al cometer su atentado, lo espia con el anatema de la indignada sociedad y el justiciero fallo del Eterno.

Procuremos conservar nuestra salud, como una joya preciosa, que una vez perdida jamás puede recobrase. ¡Qué remordimientos, qué vergüenza para esos jóvenes decrépitos que ostentan la nieve del invierno en la verde primavera! ¡Enfermos y achacosos se sirven de estorbo á si mismos, de ludibrio á los demás! ¡Cuánto darian al sufrir esa lenta agonía que mina su existencia y les abre las puertas del sepulcro, por recobrar aquellas horas de un placer, siempre mezclado de amarguras, que han consumado su ruina. ¡Cuánto envidiarían, cadáveres vivientes, á

los que conservan toda su robustez y lozania, y pueden entregarse á una vida alegre y laboriosa! ¿Y á quién elevarán sus quejas? ¿A Dios, cuya infinita bondad han desconocido? ¿A quién pedirán consuelos? ¿Al mundo, que merced á sus locuras no puede ya contarlos entre sus útiles hijos? ¡Ah! apartemos, apartemos nuestros pasos de esa senda de cieno que engaña nuestra vista con las flores de que está cubierta; apartémonos cuidadosamente, porque al que se hunde una vez en ella, solo le queda por eterno patrimonio lágrimas y desventura.

Otro deber que estamos obligados á cumplir con respecto á nosotros mismos, es el de refrenar nuestras pasiones, porque son los mas encarnizados enemigos de nuestra tranquilidad y bienestar. Es un enemigo que siempre está en acecho para atacarnos, y que toma todas las formas, aun las mas inocentes y seductoras, para sorprendernos y uncirnos á su carro de triunfo. Como los buenos caballeros de la edad media, estemos siempre armados de punta en blanco; estemos siempre en vela, dispuestos á disputarle palmo á palmo la victoria. No importa que nuestro corazon vierta algunas veces sangre; no importa que nuestros ojos derramen lagrimas; siempre serán menos amargas y copiosas, que las que derramaríamos si fuéramos vencidos.

Acostumbrémonos desde nuestra primera edad á hacerlas sentir el yúgo de la razon, y como los puebls esclavos, no se atreverán á levantar el grito. No olvidemos que el dominar las pasiones es efecto de la costumbre, que el que lo consigue vive siempre feliz y tranquilo, dueño

siempre de sí mismo; y el que se entrega inconsideradamente á su ímpetu, es como una nave sin velas ni brújula que vaga por el Océano azotada por las olas, y concluye por estrellarse entre los arrecifes de la playa. Procuremos educarlas desde la infancia, y no ceder jamás á ninguno de sus irreflexivos arrebatos. Si descuidamos por algunos años, por algunos días, por algunos instantes tan solo, el sujetar con mano fuerte las riendas de nuestras pasiones, se parecerán á un caballo furioso y desbocado, el cual, antes que consigamos hacerle tascar de nuevo el freno, habrá sembrado de muerte y ruinas cuanto encuentre al paso.

El que se abandona á sus pasiones no puede ser buen hijo, buen esposo, buen padre, ni buen ciudadano; no puede ser útil, ni agradable, ni apreciado en sociedad; no puede, por último, poner en planta las hermosas máximas de la caridad cristiana, porque esta nos manda ante todo dulcificar nuestro carácter, y fundar en nuestro corazón el suave imperio de la continencia, de la mansedumbre, de la paciencia, de la tolerancia, de la resignación cristiana y de la generosa beneficencia. Nuestro mismo instinto egoísta nos lo manda: procuremos ser apacibles para ser dichosos.

La vida es una continua lucha de tormentos: todos reconocemos que está sembrada de engaños, de contrariedades, de peligros, y que el hombre es impotente para sobreponerse á todas estas calamidades. Si toda la furia de nuestras pasiones no tiene poder para obligar á la suerte á retroceder una sola línea en el camino que se ha trazado, prueba es de que es inútil y vana,

y que obráramos tan locamente, obstinándonos en contrarestarla, como un niño que se empeñase en embestir un fuerte muro con un tubo de vidrio, el cual por precisión ha de caer al instante hecho pedazos.

Mas sensato es por lo tanto, y hasta mas cómodo, procurar ser pacientes y sufridos, porque de la calma y la paz surge la fuente de la alegría. Al hombre, y sobre todo á la mujer, no le basta ser bueno, es preciso además que lo parezca, ha dicho un distinguido escritor contemporáneo. El cuidado de una buena reputacion ha de ser, pues, uno de nuestros principales cuidados. Debemos atender con esmero á guardar siempre ileso nuestro decoro, y no basta que la conducta sea recta, sino que es preciso que las apariencias estén siempre tan en armonia con ella, que no dejen lugar á las dudas ni á las sospechas. La consideracion no se adquiere con palabras. Un bien tan precioso quiere un precio real, y necesita el auxilio de la discrecion y el decoro, para cimentarse hondamente en el ánimo de cuantos nos rodean. Existen independientemente de la buena conducta una multitud de atenciones, de precauciones, de delicadezas, que aunque limias y embarazosas á veces, jamás deben despreciarse. Las jóvenes, sobre todo, saben cuánto las atormenta y deslustra la sola sombra de una sospecha. Esta sombra es menester evitarla á toda costa, y someterse para ello á todas las rígidas prácticas del decoro.

El decoro, dice M. Amadeo Martin, es el complemento de las costumbres, y hace parte indivisible con la moral. Un farsante no sabria ja-

más enseñarlo, porque es un sentimiento que nace de la educacion del alma.

En los dias sangrientos del terror, se vió en Francia desaparecer completamente el decoro, y lo que dá á esta época un carácter único en la historia, no es que haya habido verdugos, sino que estos verdugos se hayan complacido en mostrarse bajo las formas mas despreciables. Todas las clases de la sociedad hacian público alarde de una descarada impudencia, de un vergonzoso cinismo, que degradaba y envilecia hasta á las personas mas sensatas.

No confundamos el decoro con la hipocresia. El primero es la antitesis de la segunda, porque aquel nace de la nobleza de los sentimientos, y ésta de su depravacion. Sin embargo, entre el repugnante cinismo y la hipocresia, todos los espíritus delicados darán la preferencia á esta última, porque la hipocresia tiene al menos el instinto del pudor, y el vicio avergonzado se cubre con un velo; mientras el cíuico se complace en hollar bajo sus pies la castidad y la inocencia, y arrastrar tras si á los incautos incautos con la perversidad de su ejemplo.

A mas de decorosa, nuestra conducta debe ser siempre digna, y no descender jamás de la esfera en que nos ha colocado nuestra educacion y nacimiento.

El sentimiento de dignidad, es el que no nos permite rebajarnos en ninguna circunstancia de la vida, y el que mejor nos granjea la pública estimacion. La dignidad impedirá á la mujer practicar todo aquello que sea ofensivo á su sexo, á su rango, á su estado y á sus deberes.

Será la invencible egida de su virtud, y escudada por ella, sabrá siempre imitar á la mujer fuerte que nos ofrece como sublime ejemplo el Evangelio. La dignidad hará que el pobre se honre con su trabajo, que el rico no haga un vano alarde de sus caudales, que el ciudadano no rehuse el ser útil á su patria, que el hombre, en fin, de todas las condiciones, sea fiel á sus compromisos y tenga la severa probidad por lema, porque la dignidad es el amor propio bien entendido que Dios ha estampado en nuestras almas para darnos estímulo en los trabajos de la vida; es el justo aprecio que formamos de nuestras cualidades, cuando no nos estravía el orgullo ni nos rebaja el apocamiento de los espíritus mezquinos, juntamente con el justo aprecio que hacemos de los demás, pretendiendo en su estimacion el lugar que por nuestras virtudes merecemos.

Sin la dignidad el hombre seria un ser bajo y rastrero, incapaz de grandes acciones; mientras que un alma digna y noble siempre sabrá infundir admiracion y respeto, y sobreponerse á todos los infortunios de la vida.

Y ahora que he demostrado á mis tiernos alumnos sus deberes hácia Dios y hácia sus hermanos, hácia sus padres y para consigo mismos; ahora que he procurado educar su alma y saturarla con aquella benévola cortesía moral que es la verdadera base de la urbanidad, pasaré á demostrar los usos y costumbres convencionales con que los hombres de las naciones cultas han procurado dar realce á todos sus actos, para comunicarles ese indefinible encanto de una educacion

escogida, que hace tan grata la sociedad.

Sin embargo, no olvideis que, como he dicho en otra parte, estas exterioridades son solo el ligero barniz que el tiempo y las pasiones pueden destruir, y que el gran secreto para ser verdaderamente corteses, es tener siempre la intencion de obrar bien, porque el mundo la adivina y la aplaude, aun al través de la tímida modesty y la inesperienza juvenil.

San Agustin decia: *amad á Dios y haced despues lo que os agrade*; y yo diré á los jóvenes que se presenten por primera vez en el mundo: sed modestos y afectuosos, y no os inquieteis por los errores de vuestra inesperienza y juventud.

MANUAL

DE

URBANIDAD Y BUENAS MANERAS.

CAPÍTULO PRIMERO.

Principios generales.

Aunque las reglas de urbanidad no se encuentren en ningun código de las naciones civilizadas, son sin embargo las que fomentan y conservan las sociedades; pues nos enseñan á ser metódicos en nuestros actos; á evitar á los demás toda clase de disgustos; á tolerar los caprichos y debilidades de los hombres; á ser amables, sacrificando nuestras comodidades y gustos á las co-

modidades y gustos ajenos, y á proceder, en fin, con 'aquel tacto fino y delicado que nos hace capaces de plegarnos á todas las circunstancias, y dar una alta idea de la elevacion y dulzura de nuestro carácter.

Lo que en sociedad se llama cortesía, dice el célebre Alibert, no es mas que el modo atento de espresar todos los sentimientos de la benevolencia.

Y en efecto, en una sociedad en que cada cual solo pensase en sí mismo, obrase á su antojo, y siguiese el impulso de sus instintos, pronto se disolveria para ser reemplazada por la desunion y el odio.

«Si los hombres no se adulasen unos á otros, dice Vanvenargues, no habria sociedad.»

Hé aquí como desenvuelve esta idea el festivo y razonador Alfonso Karr.

«Estamos tres sentados á la mesa, dos hombres y una mujer. Se sirve una gallina: naturalmente los tres tenemos gana de comer un alon.

«A no ser por la urbanidad, el hombre que está trinchanto comenzaria por tomar uno de los dos alones; el otro hombre se apoderaria del segundo alon. Si el tercer convidado fuese un hombre habria combate. Pero merced á la urbanidad, comenzamos por servir un alon á la señora: cada uno de nosotros ha disminuido su probabilidad de comer un alon: pero halla la recompensa de este sacrificio dudoso en la vanidad de pasar por hombre fino. Os ofrezco el segundo alon, é insistís para que yo me lo guarde. Si cedo, es para obedeceros: os privais de un placer; pero no quedais humillado y conservais

sobre mi una ventaja que hace me perdoneis la insignificante privacion que os causo.

«Además, no he tomado el alon, sino que me lo habeis dado, y yo os le habia ofrecido.

«Lo que digo de los alones de gallina se aplica à todas las relaciones sociales.»

Podríase dividir la urbanidad en tres secciones: la familia ó el círculo doméstico, las personas estrañas de confianza, y las personas con quienes el poco trato ó lo elevado de su posicion nos precisan á adoptar los ceremoniales de la severa etiqueta.

En las dos primeras secciones la urbanidad ha de ser gradualmente franca, natural y sencilla, huyendo al mismo tiempo de la demasiada y grosera confianza, que es causa, segun proverbio, del menosprecio, y de la ridicula exageracion de la etiqueta, que acabaria por entibiar los puros afectos del alma. La etiqueta es preciso reservarla esclusivamente para la tercera seccion, en que están comprendidas las sociedades de alto tono, y para aquellos actos, cuya solemnidad escluye absolutamente todos los grados de la familiaridad y confianza.

No obstante, siempre es mas tolerable en el trato el hombre escesivamente ceremonioso que el groseramente familiar, porque éste se espone á ser molesto con su estemporánea familiaridad.

Es, pues, mas prudente que todas nuestras relaciones comiencen bajo los auspicios de la etiqueta, y para que esta pueda llegar à convertirse en familiaridad, es mejor que antes pase por el crisol del tiempo y la conformidad de caracteres, cualidades y situaciones.

«La verdadera amistad, dice lord Chesterfield, es una planta que crece lentamente, y nunca llega á robustecerse sino ingeritada en el tronco de un reconocido y reciproco mérito». Guardémonos de regarla escesivamente para que florezca mas pronto, añadimos nosotros, pues solo conseguiremos anegarla y marchitar su temprano y débil tallo.

El que no pasa los límites de una cortés etiqueta, no se espone á los desaires de la reserva agena, y es preferible que los demás se adelanten hacia nosotros, antes que nos precipitémos ligeramente á su encuentro, no sabiendo cómo seremos recibidos. Una prudente reserva al principiar todas nuestras relaciones, nos hará acreedores al dictado de juiciosos y formales.

Nada hai mas ridiculo que esas amistades de un dia, que están basadas en el aire, y para las cuales no preceden ni méritos, ni sacrificios, ni afinidad de sentimientos, porque estos no pueden reconocerse al primer golpe de vista. Esas amistades son como las flores que solo viven un instante, y cuyas hojas secas son dispersadas por el viento. A esas afecciones repentinas sigue generalmente el olvido, y á veces el pesar y la vergüenza; porque el hombre que prodiga sin reflexión el sagrado título de amigo y se ve precisado sin cesar á recogerlo, dá muestras de un carácter ligero é inconsiderado, indigno de obtener el verdadero aprecio de los hombres sensatos y reflexivos. Procedamos, pues, con suma cautela, y antes de dar el nombre de amigo, estudiemos bien los quilates de su mérito; antes de querer internarnos en el santuario de su con-

fianza, asegurémonos de que contamos con la dulce simpatía de su alma y que está deseoso de concedérnosla.

Esta prudente reserva no excluye la afectuosidad que debemos usar con todas aquellas personas que se dignan tratarnos con benevolencia.

Es una regla importante de urbanidad, el someternos estrictamente á los usos de etiqueta que encontremos establecidos en los diferentes pueblos que visitemos, y aun en los diferentes círculos de un mismo pueblo, en donde se observen prácticas que les sean peculiares. Debemos también someternos al imperio de la moda, siempre que no se aparte de la moral y las buenas costumbres, y seguir las alteraciones que introduzca, adaptando nuestra conducta á los usos que sucesivamente fuere admitiendo la sociedad en que vivimos.

Cuando en sociedad ignoremos la conducta que debemos observar, sigamos el ejemplo de las personas mas autorizadas y distinguidas, ó procuremos obrar con circunspeccion, porque esto siempre acreditará nuestro buen juicio.

El hábito de respetar las conveniencias sociales, contribuye á fomentar nuestro tacto, y á acomodar nuestros trages, modales y palabras, al sitio, personas y circunstancias que nos rodean.

El tacto social no puede sujetarse á reglas, por cuanto nace del buen sentido de cada uno: sin embargo, nos puede servir de norma para conducirnos bien y con sensatez, el verdadero anhelo de no agraviar á nadie, y por el contrario complacer á cuantos nos concedan su aprecio.

Es preciso para esto distinguir la edad, la categoría y el carácter de que están investidas las personas con quienes alternemos, y no confundirlas á todas, prodigándolas iguales atenciones.

Tratemos con reverencia á los sacerdotes, con respecto á los altos dignatarios, con humildad á los ancianos y personas respetables, con franca deferencia á los de nuestra edad y nuestro rango, y con benevolencia á los inferiores.

Seamos sobre todo atentos en general, y no dejemos de usar una afectuosa cortesía, aun con aquellas personas cuya posición social está muy desnivelada con la nuestra.

La urbanidad es útil á todos, sea cualquiera su edad, su estado y posición social. La virtud agreste y despojada de sus atractivos, no podría brillar en todo su esplendor ni aun en los monasterios, en donde las siervas de Dios están obligadas á guardarse infinitos miramientos entre sí para no alterar la paz y el orden. El hombre lleno de sabiduría, pero tosco y uraño, que ignora los medios de agrandar en sociedad, es como esos cuerpos celestes que no brillan á nuestra vista ni embellecen las serenas noches del estío, por girar en lo más encumbrado del espacio. Ninguna cualidad, por eminente que sea, nos dispensa de ser afables y corteses en el trato de nuestros semejantes.

La virtud que más necesitamos ejercitar para conseguirlo es la paciencia; pero ocultando siempre cuidadosamente, cuando condescendemos á las exigencias de los demás, el disgusto que nos causa renunciar á nuestras comodidades. El que nos echa en cara una molestia ó un sacrificio,

nos dispensa de estarle agradecidos.

La mujer encierra en su corazón cuanto hai de mas bello, dulce é interesante en la naturaleza. Tierna, inocente y compasiva, inclinada siempre al bien, sintiéndose siempre arrastrada por su sensibilidad á hacer traición á sus afectos, es la que mas necesita de una fina urbanidad para realzar sus encantos, y es la que precisamente encuentra en su práctica uno de sus mayores escollos.

¡Ah cuán difícil es con un corazón que rebosa de ternura, con una imaginación que se deja arrastrar por todo lo que es noble y grande, revestirse siempre de esa prudente reserva, que no nos deja traspasar los límites de la modestia ni descender á la baja gatzmoñería!

En ella, como la mas leve mancha en el cristal, resaltan hasta aquellos leves defectos que en el hombre pasarían desapercibidos.

La urbanidad en la mujer ha de estar tan hermanada con el decoro, que se identifique con él y formen una sola virtud, que así puede llamarse, porque ¡cuántas privaciones, sacrificios y gravísimos compromisos le cuesta á la mujer el unir esas dos cualidades, que por la naturaleza de sus sentimientos casi son incompatibles entre sí! ¡Cuán delicado debe ser en ella ese tacto social que traza su conducta, cuánta prudencia y dignidad debe presidir á todos sus actos!

¡Pobres mujeres! ¡pobres mártires! ¡pues aun donde los hombres hallan una senda de flores, ellas huellan punzantes espinas! Pero no hai lauro sin combate, y es mas esplendente el que adorna las sienes del vencedor despues de una en-

carnizada lucha. ¡La mujer que reuna una suave urbanidad al mas severo decoro, redobla sus atractivos y se adorna de ese hechizo irresistible que sobrevive á la accion del tiempo y la hace ser amada y respetada aun despues que ha desaparecido el brillo de la juventud y la hermosura! Para conseguirlo, la mujer debe tener presente que la virtud ha de ser siempre su norte, y la honestidad y el recato sus mas poderosos escudos. Penosa y delicada mision para la que ha sido formada de amor, para aquella á quien Dios ha confiado sus tesoros de consuelo; pero un fino tacto social la salvará de estos escollos, y será tierna y bondadosa sin dejar de ser modesta y recatada.

A veces los malos se presentan en la sociedad con cierta apariencia de bondad y buenas maneras; pero solo pueden fascinar por un momento, porque los vieios son como el pedazo de corcho, que siempre sobrenada sobre el agua cristalina. Procuremos distinguir lo ficticio de lo verdadero, para no tomar por modelos á personas indignas de la consideracion general. Abstengámonos no obstante de desairar á aquellos que no gocen de un buen concepto público, ó que no merezcan nuestras simpatías, pues siempre debemos dar pruebas de indulgencia y tolerancia. Basta con que nos apartemos de su trato.

Hai algunas personas que se envanecen de las prendas que no poseen, y cuando nuestra posicion no nos llama á reprender ò aconsejar, dejemos que cada uno se complazca con la idea que de sí mismo tenga formada.

No olvidemos que la figura de censor es

una figura mui grave, mui austera y mui poco grata para la sociedad. Procuremos practicar las buenas costumbres; pero no nos erijamos en eternos fiscales de las costumbres ajenas, pues sobre dar una idea de un carácter poco tolerante y generoso, nos conciliarémos la animadversión general.

A nadie le gusta recibir consejos, porque cada uno en su amor propio cree raciocinar con bastante exactitud para no necesitarlos.

Guardémonos pues de darlos sin que nos los pidan, y no imitemos jamás á aquellas personas fastidiosas que se meten á gobernar las casas ajenas, y pretenden dirigir los asuntos de los demás á su capricho. Apenas se les habla de cualquier asunto, cuando se meten á consejeras, trazando una línea de conducta al que les cuenta sus cuitas, sin tener presente que nadie puede dirigir mejor un asunto que el propio interesado, porque nadie mejor que él conoce todos los escollos que se ofrecen para tomar una determinacion cualquiera.

Demos nuestro parecer si nos lo piden; pero aun esto con la mayor parsimonia posible, para no herir la susceptibilidad del que nos lo pregunta.

Jamás nos detengamos á encarecer las ventajas ó los goces que la naturaleza ó la fortuna nos hayan proporcionado, delante de aquellas personas que se hallen en la imposibilidad de disfrutarlas tambien, porque esto sería mortificarlas, y al mismo tiempo tengamos consideraciones al amor propio de los demás, tomando parte en el placer que cada cual experimen-

ta por sus riquezas, su talento ó por su posición social.

No destruyamos nunca la fé y las ilusiones de los corazones crédulos y sencillos: si el desengaño ó la desgracia nos las han arrebatado, no levantemos el velo que cubre sus ojos inespertos, á menos de que no estemos íntimamente convencidos de que sus ilusiones puedan perjudicarlos.

Al que esté agitado por un temor cualquiera, no se le debe alarmar con nuestras propias apreciaciones, por mas que nuestra razon las justifique, y lejos de esto procuraremos tranquilizarle y mantenerle en la esperanza.

Hai algunas personas tan malévolas que andan á caza de noticias desagradables, para ser las primeras en comunicartas á los interesados, como si se recreasen en las escenas de luto y desconsuelo.

Por tarde que venga el mal siempre viene demasiado pronto, y es una crueldad el anticiparlo.

Como no nos veamos precisados á ello, procuremos no dar nunca una mala noticia, y si lo hacemos, que sea con todas las precauciones que nos dicten nuestra sensibilidad y delicadeza.

Hai tambien algunos que tienen la fea costumbre de personalizar todas las cuestiones y sacar siempre su propio ejemplo para acriminar la conducta de los otros.

Esto es mui impropio de una persona bien educada, en cuyos discursos ha de estar casi siempre abolido el *yo* personal y egoista.

Todas las comparaciones son odiosas, y

mucho mas las que hacemos con nosotros mismos, porque el paralelo nunca puede ser justo ni exacto, y aunque lo fuese, no podria menos de revelar nuestro orgullo y resentir á los que nos escuchan.

Es falta de tacto, hacer detenidos elogios de un profesor delante de sus comprofesores; lo mismo que de una persona cualquiera, delante de otra que sabemos le es desafecta.

Evitemos cuidadosamente el decir algo de nosotros mismos que pueda ceder en nuestro elogio: si nos vemos precisados á hacerlo hagámoslo con tal modestia y naturalidad, y sobre todo tan de paso, que parezca que deseamos evitar que se fije en ello la atencion de los que nos escuchan.

Para discurrir en sociedad sobre vicios morales ó defectos fisicos, veamos antes si se halla presente alguna persona á quien pueda ofender nuestro juicio.

Si alguien nos hiciere con intencion alguna ofensa, respondámosle con moderacion y serenidad, y si es posible no mostremos siquiera en el semblante que nos hemos apercebido de su alusion, porque en estos casos la mejor venganza que se puede tomar de una groseria es el desprecio. Si el insulto fuese dirigido á nuestros parientes ó amigos, entonces tomaremos seriamente su defensa, aunque procurando no traspasar nunca los límites de la prudencia.

Si se hablase mal de nuestros amigos, criticando solo faltas ligeras que no atañen al honor, haremos conocer nuestro desagrado procurando variar de conversacion.

Por aquello de que todas las comparaciones son odiosas, no manifestémos nunca á una persona la semejanza física ó moral que hallemos entre ella y otra persona, pues por alta que sea la idea que tengamos de las cualidades de ésta, no sabemos si con la comparacion heriremos el amor propio de la otra.

Aunque nos creamos obligados á decir á una persona las calumnias que se esparcen contra ella, para que se precava, nunca diremos el nombre de aquella que nos las ha comunicado.

Es una accion mui indigna el revelar los secretos que se nos han confiado, aunque no se nos haya hecho especial recomendacion. Basta que nos los hayan dicho con reserva, para que no nos espongamos nunca á abusar de la confianza que han depositado en nosotros.

De igual reserva usaremos sobre nuestros asuntos particulares, pues no hai nada que revele menos juicio, que el ir imponiendo á personas indiferentes, de los negocios que solo á nosotros nos conciernen.

Cuando alguno nos manifieste los motivos de queja que tenga con sus parientes ó amigos, guardemonos de pronunciar palabras, que no sean enteramente de una naturaleza neutral y conciliadora.

No cedamos nunca á las escitaciones que se nos hagan para mezclarnos en las disensiones de una familia amiga, á menos que no sea para restablecer en ella la paz y la armonia.

Cuando una persona esté reñida con algun individuo de su familia, es de poco tacto pre-

guntarle por él y ponerle en el embarazo de no saber qué decir.

Tambien lo es hacer preguntas sobre asuntos desagradables: como por ejemplo à un autor silbado sobre su obra, à una jòven, cuyas relaciones amorosas han concluido, por su novio, etc.

Si una persona de poco tacto nos pusiese en el caso de dirigir la palabra à otra, con la cual estemos desavenidos, hagámoslo de una manera afable y cortés, disimulando nuestro resentimiento.

Cuando alguno que nos haya ofendido viniera à darnos escusas, recibámosle con amabilidad, y demos al instante por concluida la cuestion para sacarle prontamente del disgusto que debe causarle el dar aquel paso.

Si alguno incurriese en nuestra presencia en una falta cualquiera, aparentémos no habernos apercebido.

Seamos mui circunspectos para pedir que nos informen de algun hecho que deseemos conocer, para no esponernos al sonrojo de una negativa.

Si vemos que una persona intenta hacer algo que creamos contrario à su salud, procuraremos impedirselo; pero si se tratase de un hecho ya consumado, no le haremos ninguna recriminacion y no le infundirémos temores de ninguna especie.

Cuando hallemos à alguno de nuestros conocidos de mal semblante, no le preguntarémos jamás si está enfermo, ni le mostraremos la impresion que nos ha causado.

No hablemos nunca à nadie de su edad,

ni mucho menos si se trata de una señora, ni recordemos fechas que pudieran revelarla á los circunstantes. Aun cuando sepamos que miente, dejémosla en la ilusion de que crea que damos fé á sus palabras.

Delante de personas de edad avanzada, no digamos nunca hablando de otras que no podrán vivir mucho á causa de sus años; ni delante de los enfermos, de otras personas que hayan sucumbido á su misma enfermedad.

No entremos jamás en discusion sobre materias en las que las personas con quienes hablamos profesen opiniones sistemáticas, porque no estando nosotros convencidos y no pudiendo convencerlos, solo conseguiremos exasperarnos mutuamente.

La prudencia en estos casos nos manda eludir toda controversia sobre estas materias.

Como no nos veamos en una precisa necesidad, nunca pidamos prestados á los otros los muebles, libros y otros objetos que tengan destinados á su propio uso, pues evitaremos el esponernos á una negativa, que heriria nuestro amor propio.

Cuando tengamos que entregar dinero á una persona en remuneracion de su trabajo, no lo hagamos delante de un tercero, y aun estando solos se lo entregaremos envuelto en un papel.

Una de las cosas que para usarse necesitan el tacto mas delicado, son las chanzas, pues á veces una chanza inocente altera las amistades.

Para usarlas, es preciso atender á la confianza y á la edad ó el carácter. Por fina que se a una chanza, no debemos permitirnosla con un a

persona de etiqueta ó con otra respetable. Además, hai caractéres tan susceptibles que un nada los reciente, y por lo mismo es preciso usar con suma moderacion de las chanzas y desistir de ellas asi que veamos que causan mal efecto.

Si son dirigidas á nosotros, recibámoslas con finura aunque nos desagraden, y si nos son molestas procuremos variar la conversacion.

Si cuando se entra en una habitacion oímos que hablan con calor ó mui bajo, pisaremos fuerte para que adviertan nuestra presencia.

En el momento que veamos que una persona se halla ocupada nos retiraremos, y si nos detiene, procuraremos mirar los cuadros, acercarnos á la ventana ó hacer algo que indique que nos hallamos distraidos. Y lo mismo haremos si dos personas hablan delante de nosotros de sus negocios particulares. Pero para crearnos una ocupacion cualquiera, no debemos hojear los libros ó registrar los papeles escritos que hallemos sobre el bufete.

Si la persona con quien estamos abre algun cajon, no nos acercaremos á mirar lo que contiene; y si nos enseña algun objeto, no registraremos los demás.

Si nos dán á leer el párrafo de una carta, no leeremos mas que aquello que nos concierna y la devolveremos al instante.

Es una accion mui indigna violar el secreto de una carta, y cuando nos entreguen alguna para otra persona, debemos remitírsela al instante, y cuidar mucho de que vaya en tal estado que no puedan sospechar que se haya abierto.

No mostremos nunca un afan desmedido

por conocer nuestros propios negocios. Si viene à vernos alguno que nos traiga noticias de ellos, dejémosle que se explique y no le abrumemos con preguntas importunas.

En fin, conduzcàmonos con tal circunspeccion y tal tino que nunca causemos la mas leve molestia à los demás, y no olvidemos el precepto de Alfonso Karr: «No hagais à otro lo que no querais que os hagan; haced à otro lo que querais que os hagan. Preguntad à la razon lo que se debe evita», al corazon lo que es bueno hacer.»

CAPÍTULO II.

Del aseo.

El aseo, al paso que manifiesta la pureza del alma, contribuye eficazmente al buen estado de nuestra salud y à aumentar nuestra robustez, así como dá una idea mui ventajosa de nuestro talento, porque revela hábitos de orden, de exactitud y método en todos los actos de la vida.

Despues de alabar à Dios al despertarnos por la mañana, nuestro primer cuidado será lavarnos y peinarnos, repitiendo estas operaciones durante el dia, cuantas veces sean necesarias para presentarnos con la decencia conveniente. Tambien tendremos un especial cuidado con la dentadura, limpiàndola escrupulosamente todas las mañanas; pero no cometamos las faltas en que incurren las personas de descuidada educacion, tales como: introducir el cepillo en el vaso, ar-

rojar el agua que tenemos en la boca en la aljofaina, etc. Igualmente es preciso enjuagarnos siempre que hayamos comido algo, y aunque el uso sanciona el que lo hagamos en la mesa y delante de los otros comensales, sin embargo, procuremos hacerlo de modo que no les dé asco, y evitarlo en cuanto nos sea posible sin chocar con la costumbre recibida. También evitaremos el introducir los dedos en la boca, sea cualquiera la necesidad que tengamos de hacerlo.

Los caballeros que se afeitan, deben hacerlo, si es posible, diariamente, pues nada hai más repugnante que esa sombra que dá á la fisonomía una barba renaciente.

Los que fuman cigarrillos, procurarán que sus dedos no se manchen con el humo, pues comunica á sus manos un olor insoportable. Es preciso que nos las lavemos con esmero, tanto en este caso, como en cualquiera que hayamos ejecutado alguna operación que haya podido mancharlas, sobre todo, si vemos que nos observan. Las uñas deben recortarse así que su crecimiento llegue al punto de oponerse al aseo, y limpiarse siempre que pierdan su blancura. Algunos las llevan largas; pero se necesita tanto tiempo para asearlas, que no lo encontramos compensado por su ninguna utilidad. Otros por el contrario se las recortan demasiado, afeando la yema de los dedos; y por último, hai muchos que contraen el hábito de roerlas con los dientes, hasta el punto de hacerlo maquinalmente en sociedad, lo cual es una costumbre mui fea y repugnante. Tampoco deben humedecerse los dedos en la boca para facilitar la vuelta de las hojas de un libro

o la distribución de los naipes en el juego, ni limpiar con saliva una mancha en las manos ó en la cara. También es preciso evitar el llevar la mano á la cabeza, ni introducirla debajo de la ropa con ningun objeto, y menos con el de rascarnos.

Quando tosamos ó estornudemos, es preciso que nos tapemos la boca con un pañuelo, siempre que sea posible, y á falta absoluta de éste, con la mano. Tampoco es permitido el eructar, y el limpiarse los labios con las manos despues de haber escupido. El que se ve precisado á eructar, debe proceder de una manera tan cauta, que los que estén á su lado no lleguen á percibirlo. Las mujeres especialmente deben evitar todos estos actos, y en particular el escupir, que por mas que se diga, no es mas que un mal hábito adquirido.

No usemos mas que una sola cara del pañuelo destinado á sonarnos, y téngase presente que es sobremanera ridículo sacarlo doblado y volverlo á doblar para guardarlo. También debemos huir de la fea costumbre de mirar el pañuelo despues de haberse sonado.

Jamás empleemos los dedos para limpiarnos los ojos, los oídos, ni mucho menos las narices.

No permitamos nunca que el sudor de nuestro rostro se eche de ver por los demás, pues es mui fácil evitarlo, enjugándose constantemente con el pañuelo.

No es necesario llevar trages de seda ni adornos de mucho lujo para presentarnos decentemente en sociedad. El mejor adorno, el que dà una idea mas elevada de nuestro carácter, so-

bre todo en la mujer, es aquella limpieza y pulcritud, que ha de ser el constante anhelo de nuestros afanes. Mejor recibida será una mujer modestamente vestida, pero limpia, que la que deje ver en sus magníficos trages el desaseo y desórden de su persona. El aseo en el vestir constituye parte de la dignidad y del decoro, y el que sepa bien lo que se debe á sí mismo y á los demás, jamás se presentará á su vista con el traje sucio ó desordenado.

Si la limpieza es necesaria á todos en general, para nadie, pues, es mas indispensable que para las jóvenes; y en efecto, por deslumbradora que sea su hermosura, por ventajosa su posicion, por grandes sus riquezas, ¿qué hombre sensato querrá dar el nombre de esposa á la que manifieste por su desórden que no sabrá gobernar con acierto su casa ni cuidar con esmero de sus hijos? Lo repetimos, esta es una de las cualidades mas preciosas para la mujer, porque en ella, destinada por la naturaleza á guardar el hogar doméstico, es mas perceptible cualquier pequeña falta. Por muchos bienes de fortuna que se tengan, por muchos criados que se puedan sostener, nunca podrá dirigirlos con acierto, la que ni siquiera sabe hacer que presida la limpieza á sus propios adornos y vestidos.

Y si esto sucede á la que pueda sustituir con continuos gastos su desaseo mudando de trages todos los dias, ¿qué será á aquella cuya escasez de medios la ponga en el caso de no tener mas que lo preciso para presentarse con decencia?

Esta afrentará á sus padres, y si la suerte

la depara marido é hijos, completará con el tiempo su ruina, porque la mujer cuidadosa labra la prosperidad de su casa, y la que no lo es la destruye.

Séa, pues, el aseo objeto de todas las atenciones de una señorita, como una parte principal de la buena educacion, y la mejor cualidad para realzar sus gracias.

Hai algunas sin embargo cuya estremada escasez no las permite á veces mudar de vestido con la frecuencia que quisieran: cuiden estas al menos de su ropa interior, y que su blancura demuestre cuál fuera su limpieza, si los medios de fortuna correspondiesen á su deseo.

Algunas personas, en particular los caballeros, ponen grande esmero en el vestir, y descuidan el calzado, siendo así que estos detalles son los que dan mejor indicio del aseo.

Tengamos sumo cuidado de que nuestro trage guarde siempre una perfecta armonia. Una pieza del vestido mui elegante, puesta con otra que no valga nada, queda deslucida y hace ridiculo el conjunto.

Para esto, como para el tacto social, no se pueden dar reglas fijas, pues depende del buen gusto; pero téngase siempre presente que no hai nada mas desagradable que los contrastes.

Si tanto esmero necesitamos tener con nuestro trage, cuánto mayor deberemos emplearlo para que nuestra casa esté limpia y arreglada, y en particular nuestra propia habitacion, y para que todos los muebles y objetos que hai en ella estén en el mas perfecto orden. Para esto creo que será de grande utilidad un consejo, que de-

bieran siempre tener presente las jóvenes, y es de contraer la saludable costumbre de volver á dejar todos los objetos en el mismo sitio de donde se han tomado.

Adquiriendo esta costumbre, el órden se hace habitual, y todo está siempre arreglado sin tener que tomarse el trabajo de hacerlo.

En cuanto á los dormitorios y aposentos interiores, cuidemos de que corra en ellos el aire libre, porque esto, al mismo tiempo que sirve para ventilarlos, es una precaucion higiénica. Por lo tanto, es mui bueno al levantarnos abrir al instante las puertas y las ventanas.

La cama es el sitio donde mas ostentacion debe hacerse de la limpieza, como asimismo en la cocina.

Los animales domésticos suelen ser un gérmen de desaseo, y aun de molestia, para las personas que frecuentan la casa y se ven asaltadas por sus retozos, y á veces amenazadas con sus mordeduras. Si no podemos prescindir de ellos, debemos á lo menos tenerlos relegados á las habitaciones interiores, en donde no sirvan de incomodidad á las personas que nos favorezcan.

Si el aseo para consigo mismos es tan indispensable, cuánto mas imprescindible será con respecto á los demás. Seamos siempre delicados tanto en palabras como en acciones, y nunca escitemos el asco de los que nos ven y nos escuchan, ni aun bajo pretesto de escitar su risa.

No demos nunca la mano al saludar, si por casualidad la tenemos sucia ó sudada, sin lavarla ó enjuagarla antes con el pañuelo, ó bien

escusándonos cortesmente de hacerlo por la razon indicada.

Tampoco alargaremos la mano á las personas ocupadas en alguna cosa, que las obligue á escusarse de no corresponder á nuestra demostracion.

No brindemos nunca á nadie con la comida ó bebida que han tocado nuestros labios, ni platos ni objetos que hayamos usado.

Tampoco ofreceremos nuestros vestidos ni nuestra caina á nadie, como no medie mucha confianza ó suma precision, así como nos abstendremos de poner á los otros en el caso de que nos los ofrezcan, y tan solo obligados por una durá necesidad, usaremos de aquellos objetos ajenos, que naturalmente ha de ser desagradable á sus dueños el continuar usando.

Es impolitico escitar á una persona á que tome con los dedos lo que debe tomarse con tenedor ó cuchara. Lo es tener á la vista objetos asquerosos, y escitar á otro á que los vea y los toque.

Tambien es grave falta importunar á otra persona á que guste ó huela una cosa que le repugne, y téngase presente que desde el momento que lo rehusa no deben hacérsela mas instancias.

Si es feo escupir en su propia habitacion, lo es mucho mas en la agena, y cuando una enfermedad nos ponga en este caso, será mas prudente no hacer visitas por no esponernos á manchar las alfombras, ó restregar la saliva con el pie, que es un acto muy asqueroso.

Al entrar en una casa procuremos que el

calzado esté limpio, y mucho mas si es tiempo de invierno.

Los caballeros no deben entrar fumando en una casa, y mucho menos si la visita es para señoras.

No nos sentemos nunca sin la seguridad de que el asiento está desocupado, y si entra alguna otra persona, apresurémonos á ponerla silla para sentarse, y no la brindemos con nuestro asiento, á menos que no sea el mas preferente, ò que no haya otro en la sala.

Cuidemos de recostar la cabeza en la pared ò en el respaldo de los asientos por no mancharlos, y de no tocar los muebles y objetos de adorno sino con suma delicadeza.

Es de gentes vulgares el borrajear los papeles que encuentran sobre los bufetes de las personas á quienes visitan, y tomar libros ò grabados sin que los inviten á hacerlo.

Asimismo es feo hacer relaciones de enfermedades asquerosas y hablar de purgantes y vomitivos, sobre todo si es una mujer la que lo hace.

No olvidemos empero que las mayores virtudes se convierten en vicios intolerables cuando tocan los extremos. Las personas muy remilgadas que hacen de la limpieza una cuestion capital y sacrifican á ella todas las horas del dia, siendo victimas de su mania y haciendo que lo sean igualmente las personas que tienen la desgracia de vivir á su lado, se convierten en entes ridiculos, fastidiosos é insoportables.

La limpieza y el órden pasados los límites regulares, se convierten en una nimia escru-

pulosidad, y este es un defecto que es preciso evitar á toda costa.

Lo mismo sucede con la comida y los objetos de uso inmediato, pues hay personas á quienes todo dá asco. No quieren comer en casa ajena porque no han podido presidir por sí mismas á la limpieza de los manjares, y se privan de todo, por no tocar las cosas de uso ajeno, ó se enfadan si otros se ven en la precision de usar los suyos.

Este proceder es muy feo, porque agravia hondamente al que ha tenido la desgracia de no proceder con toda la escrupulosidad que exige la estremada pulcritud de su carácter, y las hace sumamente desgraciadas, cuando un viaje ó una presion cualquiera, las pone en el caso de prescindir de sus comodidades.

En la vida hay muchas vicisitudes, de las cuales no nos pone al abrigo ni la riqueza, ni la posición, porque nada puede asegurarnos contra un imprevisto cambio de fortuna; cuidemos, pues, de no acostumbrarnos á una excesiva delicadeza, que no nos permita resignarnos con las forzosas privaciones de la escasez ó la modesta medianía. Cuidemos asimismo de no molestar á nadie con nuestra pueril pulcritud, y de no echar sobre todo en cara á las personas que no puedan ó no quieran usarla su descuido.

Tengamos aseo y orden; pero no olvidemos que el excesivo esmero convierte á nuestros muebles y á nuestros trages en amos, á quienes nos vemos obligados á servir como esclavos, y

que esto indica la pequeñez y mezquindad de un espíritu que no acierta à fijarse en cosas de mas peso.

CAPÍTULO III.

DEL MODO DE CONDUCIRSE DENTRO DE LA CASA.

La vida es muy corta y debemos aprovecharla. El tiempo es una moneda que una vez cambiada ya no volvemos à recobrarla.

La persona exacta y metódica, siempre hallará tiempo suficiente para dar cima à todas sus tareas. El órden tambien contribuye à que pueda aprovecharse el tiempo. El que tiene todos sus objetos revueltos y amontonados, pierde unos instantes preciosos buscando lo que le hace falta, y à veces el cansancio y el fastidio le hacen perder los deseos de ocuparse.

La variedad en nuestras horas de comer, de vestirnos, de salir y recibir visitas, molesta à nuestra propia familia, y aun à las personas que tengan que tratar con nosotros de algun negocio.

El hombre inmetódico no puede ser formal, porque no es dueño de sus horas y promete lo que el desarreglo no le dejarà cumplir.

La mujer sin orden nunca estará vestida y peinada á tiempo, nunca tendrá su casa arreglada, porque los muebles amontonados no se arreglan ni limpian pasada la hora natural de hacerlo.

Acostumbrémonos á proceder con método en todas nuestras operaciones. El hábito es una segunda naturaleza, y lo que nos parezca imposible al principio, nos será sumamente fácil con el tiempo. El tener orden es el mejor medio de no fatigar inútilmente nuestro entendimiento y de que el trabajo luzca mucho mas.

La mujer debe, pues, cuidar de él con suma asiduidad. En la casa en donde no lo haya, ni habrá nada con concierto, ni los criados servirán mas que para fatigarse inútilmente.

El espíritu de desorden del ama de casa se comunicará á todos, y al desperdicio del tiempo se seguirá el del dinero; al mayor gasto los mayores empeños, y á los empeños la ruina de la hacienda. Además, una madre transmite sus costumbres á sus hijos, y los vicios que se adquieren en la infancia, rara vez se borran con el tiempo.

Pero por muy precioso que sea el método, observemos, como con la limpieza, que se hace muy insoportable el trato de personas que sometán á severas reglas las mas insignificantes operaciones, y que no se apartan una línea de la conducta que se han propuesto seguir, suceda lo que suceda. Si es muy loable tener todas las cosas arregladas, no hay nada tan fastidioso é incómodo como las personas exageradamente minuciosas.

Antes de acostarnos veamos si hemos cumplido todos nuestros deberes, y si lo hemos hecho, despedámonos afectuosamente de los individuos de nuestra familia,

Si habitamos con personas estrañas en una misma pieza, ó dormimos en su misma cama, tendremos cuidado de no hacer ruido y no conservar luz, si creemos que puede incomodarlas.

Desnudémonos con recato, aunque estemos solos, porque esto no nos dispensa de ser honestos, y conservemos alguna ropa al entrar en la cama, porque es muy repugnante la costumbre de dormir desnudos.

Evitemos el roncar, que es siempre efecto de un mal hábito ó de una mala postura, y procuremos que nuestros movimientos durante el sueño sean siempre apacibles.

Casi todas estas faltas, que tanto molestan à los demás, son siempre efecto de hábitos perniciosos, como lo es asimismo acostumbrarse à satisfacer de noche necesidades corporales.

Cuando nos despierten durante el sueño por una ocurrencia cualquiera, no mostremos enfado ni mal humor, como acostumbran à hacerlo algunos, aunque sea por la mañana.

Si estamos desvelados, procuremos no hacer ruido ni perturbar el sueño de los demás, pues esto es un acto de insufrible grosería

Hemos dicho que el tiempo es una joya que una vez perdida jamás vuelve à recobrase. No malgastemos las horas entregándonos á un sueño escesivo, porque el que se levanta tarde no tiene tiempo para nada.

Vistámonos con decencia antes de salir de

nuestro aposento, y al presentarnos á nuestra familia, saludémosla con dulzura y afabilidad.

En casa debemos estar siempre decentes, porque el desaliño es muy reprehensible, sobre todo en una mujer. La natural compostura es en ella siempre un deber, pues es preciso que sirva de norma á sus hijos y á sus criados. Si es casada tiene una imprescindible obligacion de agradar á su marido, pues seria inferirle una grave ofensa adornarse para los estraños y reservar el desaliño para él.

Sea nuestro vestido sencillo, pero limpio y elegante, de modo que estemos siempre dispuestas á recibir las visitas de nuestras amigas.

Procuremos alhajar nuestra casa con la decencia que exija nuestra posición, y que guarde una perfecta armonia con el lujo de nuestros trages.

Nada hay que suavice tanto las penas de la vida como la paz doméstica. Allí está el descanso del alma fatigada por las luchas del mundo, y allí está el asilo de la verdadera felicidad que Dios nos concede en este suelo. Procuremos no turbarla jamás con nuestras riñas pueriles, que á veces suelen atizar la tea de la discordia.

Cuando la paz abandona el hogar doméstico, la felicidad sigue su vuelo y se escapa para siempre.

Formemos en nosotros el hábito de ceder de nuestro derecho, siempre que nos veamos contrariados en materias de poca entidad, y aun

en todas aquellas en que el sostener nuestra opinion no nos haya de reportar ventajas muy positivas. Ocultemos cuidadosamente nuestro tal vez inmotivado mal humor, y seamos siempre condescendientes, afables, benévolos y tolerantes. Este pequeño sacrificio de amor propio cumple generalmente à la mujer. Sea ella la constante conservadora de la paz doméstica, como las antiguas vestales lo eran del fuego sacro. Piense que no hay ningun sacrificio que pueda ser costoso para comprar esa dulce paz, que es el bálsamo de la vida.

El hombre en sus negocios puede hallar justos motivos de mal humor, pero no es mas que una niebla qua rara vez deja de disiparse al soplo de ternura de una mujer prudente y afectuosa.

La confianza que inspira la familia no nos autoriza para usar palabras y acciones indecorosas, ni echar en olvido aquella dulce cortesania que estrecha mas y mas las intimas relaciones del alma. Es preciso tambien que cada uno guarde el lugar que su sexo, su edad y su posicion le impone.

Nada mas contrario à la buena educacion que la escesiva familiaridad entre los padres y los hijos, pues destruye el respeto, sin establecer mas que una confianza que degenera en menor precio.

Nada puede haber mas impropio que una discusion acalorada entre el padre y el hijo. Desde que la voz del padre no es por sí sola bastante respetable para imponer moderacion al hijo, ya no hay dignidad en el uno, ni moral

en el otro, ni buena educacion en ninguno de los dos.

Se ha estendido la costumbre de que los hijos llamen de tú á sus padres, y esta práctica nos parece tanto mas reprehensible, cuanto borra en cierto modo la línea natural que debe separar la ancianidad y la niñez, la irreflexion y la calma, y el saber y la inespriencia.

Procure el padre captarse la confianza del hijo, pero por medio de la dulzura, de la prudencia y del amor. Ame el hijo á su padre, pero demuéstreselo con su acendrada ternura y sus espresiones deferentes y cariñosas.

No nos ofendamos por despreciables pequeneces. Un espíritu demasiado susceptible dá muestras de ser mezquino. El que se reciente de todo, se espone á que le consideren orgulloso y poco amable.

Un alma grande nunca se fija en hechos pequeños é insignificantes. En el círculo de la familia no debemos suponer que se nos injurie con dañada intencion. Olvidemos cualquiera disputa que hayamos tenido, y no echemos nunca en cara á los demás los pequeños agravios que nos hayan hecho, porque esto exaspera y concluye por alterar el afecto.

Sufram, pues, con afectuosa resignacion y prudencia las contrariedades que hemos de encontrar á cada paso en la vida doméstica, y procuremos ceñir nuestros gustos al gusto de los demás.

La confianza no nos autoriza para usar los muebles de las personas con quienes vivimos, y como la familia debe parecerse á una bien or-

denada república; uno de nuestros primeros deberes es respetar la propiedad.

No entremos en ningún aposento, aun cuando esté abierto, sin avisar primero, y cuando sorprendamos á alguna persona en disposición que la mortifique ser observada, apartemos nuestra vista y alejémonos de aquel sitio con discreto disimulo.

Por lo mismo que es en el círculo de la familia donde gozamos de mayor libertad, vivamos en él mas prevenidos para evitar toda falta contra el decoro, todo abuso de confianza, todo motivo que pueda alterar la buena armonía que constituye la paz y la tranquilidad.

De igual moderacion usaremos con los criados. Considerémos que están menos instruidos que nosotros, y que la dureza de su suerte exaspera su carácter.

La caridad y la tolerancia nos mandan que los tratemos con agrado.

Seamos para ellos unos padres, y rara vez dejaremos de recoger en recompensa sus bendiciones. Procuremos moralizarlos, instruirlos, hacerlos aptos para desempeñar mejor sus quehaceres, y dulcificar en cuanto nos sea dable su carácter.

El mandarlos con imperio y dureza no hace que seamos mejor obedecidos, y no sirve mas que para deprimirlos y ensañarlos.

No los reprendamos delante de gente extraña, ni les echemos en cara sus deformidades físicas ó nuestros beneficios. En el primer caso es una accion baja; en el segundo un alarde de vanidad. Pensemos que tienen un alma como

nosotros, y que es una cobardía mortificarlos, abusando de los rigores de su fortuna. Seamos indulgentes, porque á veces es disculpable un olvido, y si los reñimos, que sea con moderación.

Si están enfermos no los desamparémos, y nuestra conciencia y su gratitud serán la recompensa de nuestros desvelos.

Evitemos que se nos oiga levantar la voz dentro de casa, ni aun para reprender á nuestros inferiores. Además del inconveniente de imponer á los vecinos en nuestros asuntos domésticos, el hablar á gritos es una cosa muy fea, sobre todo en una mujer, cuya dulzura ha de ser siempre inalterable.

El gobierno doméstico debe ser el principal cuidado de un ama de casa, y es muy útil que las señoritas ayuden á sus madres en tan importantes deberes.

Así, no dá buena idea de su laboriosidad una jóven que aparezca en los balcones á horas desusadas, y cuando lo haga, debe guardar mucha compostura.

Cuando pasa el Viático suspenderémos por un rato toda conversacion, y nos arrodillarémos devotamente si es de dia, y si es de noche pondremos luz en el balcon.

Cuando en nuestra casa ocurra alguna desgracia, no abriremos los balcones en nueve dias.

Terminarémos estos consejos, para conducirnos bien dentro de casa, con una saludable advertencia.

Por muchos criados que tengamos á nues-

tro alrededor, procuremos servirnos á nosotros mismos en todo aquello que esté á nuestro alcance. Este es un medio útil de estar servidos pronto y á medida de nuestro deseo, y evitarnos infinitas mortificaciones á nosotros mismos, al paso que aprenderemos á no molestar á nadie.

En cuanto á los vecinos, obremos de modo que no los incomodemos en lo mas mínimo, guardándoles todas aquellas consideraciones y miramientos que exige una buena educacion.

Abstengámonos, pues, de hacer ruido á horas desusadas de la noche, ni tener alguna fiesta cuando les ocurra una desgracia.

Saludémosles cuando les encontremos en la escalera ó los veamos en los balcones, y presémosles con amabilidad cuantos auxilios necesiten.

Cuando llega un nuevo vecino á la casa, pasa recado á los que se hallan ya instalados en ella ofreciéndoles su habitacion; pero es prudente dejar al tiempo el estrechar con él las amistades íntimas que pueden sernos enojosas.

CAPÍTULO IV.

DEL MODO DE CONDUCIRNOS EN LA CALLE.

La calle es el lugar en donde hemos de guardar mayor compostura. Nuestro paso no ha

de ser ni muy lento ni muy precipitado. En una mujer es muy impropio el ir muy deprisa.

Los movimientos de cuerpo deben ser siempre graves, y propios de la edad, del sexo y de las circunstancias de cada persona. Las pisadas suaves y proporcionadas à nuestra estatura. No fijemos detenidamente la vista en las personas que encontremos, ni miremos descaradamente à los balcones, ni volvamos la cara para mirar à los que ya han pasado: costumbre que es muy fea en un hombre é intolerable en una mujer. Tampoco está bien hablar muy alto, reir de modo que llame la atencion, pararnos delante de las ventanas bajas à ver lo que pasa en el interior, llamar à una persona, especialmente si es superior à nosotros, ó si es señora y el que la llama caballero.

Igualmente nos abstendremos de detener à un caballero que vaya acompañando señoras ó personas de respeto.

Una vez detenidas dos personas en la calle, toca à la mas caracterizada de ellas el adelantarse la despedida.

Jamàs pasaremos por entre dos ó mas personas que se hayan detenido à conversar, y si nos viésemos en la precision de hacerlo, pediremos antes permiso; asi como las que estén detenidas procurarán no estorbar el paso, y aun dejar la acera, si son señoras ó personas de respeto las que se acercan.

Cuando una persona ha de pasar por delante de otra, el inferior cederà siempre el paso al superior. Si es una señora, tan solo cederà el paso à otra señora.

Cuando los caballeros saluden á las señoras, ó á otras personas respetables, deben descubrirse enteramente.

Toca siempre á las señoras autorizar con una mirada el saludo de los caballeros.

Si encontrásemos á una persona de nuestra amistad con otra que no lo sea, procuraremos que el saludo las incluya á ambas.

Si una señora ó una persona respetable, á quien encontremos, nos indica que quiere hablarnos, no permitiremos que se detenga, sino que la acompañaremos un rato.

Los caballeros no dirigirán nunca la palabra á una señora con el sombrero puesto, pues á ella toca instarlos para que se cubran.

Es un acto muy incivil el conservar ó tomar la acera cuando ha de privarse de ella á una persona respetable. El inferior la dejará al superior y el caballero á la señora.

Cuando van tres caballeros juntos deben marchar en una misma línea lateral, tomando el centro el mas caracterizado, y la derecha el que le siga en categoría ó respeto.

Cuando son señoras, las mas jóvenes van delante y las de mas edad detrás.

Aunque es galantería ceder la acera, nunca se hará á las personas muy inferiores á nosotros en edad ó circunstancias.

Si una persona va en la misma dirección y por la misma acera que otra, y quiere dejarla atrás por ir mas deprisa, debe salirse fuera de la acera, si no encuentra el suficiente espacio, así como la que sienta pasos inmediatos debe retirarse un poco para dejarla libre el paso.

Cuando un caballero acompaña á una señora, esta lleva el lado de la acera, i si acompaña á una señora y dos señoritas, dá el brazo á la primera y las segundas van delante.

Debe asimismo cedérlas el mejor paso, aunque sea infringiendo estas reglas, y adaptar su paso al de aquella que ande mas despacio.

Cuando un caballero lleva del brazo á una señora, cambiará de brazo al cambiar de acera, para que ella siempre váya al lado de la pared.

Si un caballero va á caballo en compañía de otras personas, los lugares preferentes son el centro ó la derecha. Si son hombres solos y van dos, el menos caracterizado ocupa el lado izquierdo: si van cuatro, los dos mas respetables ocupan el centro, y si van cinco, los dos menos caracterizados irán detrás.

Cuando se acompañan señoras á caballo, si es una sola con un caballero, éste marcha de frente á su izquierda; si son dos con un caballero, éste ocupa el centro; si son dos señoras y dos caballeros, las primeras ocuparán el centro y éstos los extremos, y si es una señora con cuatro caballeros, los caracterizados irán á su lado de frente, y los otros dos detrás.

Cuando paseen juntos varios amigos, siempre se dará la mayor preferencia á los de menor intimidad.

No hay nada tan grosero como desviar con despego á la gente de pueblo que nos estorbe el paso, ó mandar callar con denuestos al pobre que nos pide limosna. Si no podemos darle, ma-

nifestémoselo con dulzura y bondad, y nunca nos juzguemos con derecho à deprimirle.

Al pasar por una iglesia cuyas puertas esten abiertas, los caballeros se quitarán el sombrero, y las señoras inclinarán la cabeza con respeto.

Tributemos un homenaje profundo á todos los actos religiosos que se celebren en la calle, y tengamos siempre presente que una persona culta debe mostrar suma veneracion á las cosas sagradas, pues es una groseria ofender la susceptibilidad de las gentes piadosas con nuestra irreverencia.

Si pasa el Viático, los caballeros no solo deben descubrirse, sino tambien arrodillarse.

CAPITULO V.

DEL MODO DE CONDUCIRNOS EN EL TEMPLO.

El templo es la casa del Señor, y por lo tanto, es necesario que guardemos en ella circunspeccion y respeto.

Mostremos, pues, un profundo recogimiento, y procuremos no distraer con ningun ruido la atencion de las personas que elevan á Dios sus plegarias.

Cualquiera falta de decoro, es mas imperdonable en el templo.

Jamás pretendamos penetrar por lugares que

estén ya ocupados, y por los cuales no podamos pasar libremente. Guardémonos, en cuanto sea posible, de llevar con nosotros niños muy pequeños que puedan perturbar á los demás. Sobre todo evitemos llevar perros.

Dentro del templo no es lícito saludar á nadie desde lejos, como no sea con un ligero movimiento de cabeza, y cuando es de cerca, nunca se ha de saludar hablando, ó por lo menos debe hacerse en voz muy baja.

Tampoco está bien rezar en alta voz.. La vista ha de estar continuamente fija en el lugar en donde se celebren los oficios, y es muy feo mirar á todo el mundo, y sobre todo á las personas de diferente sexo.

No tomemos nunca asiento en la iglesia sin hacer una genuflexion hácia el altar mayor. En una mujer, sería grave falta sentarse sin haber permanecido algunos instantes arrodillada.

Al pasar por delante de un altar en que esté depositado el Santísimo Sacramento, haremos una genuflexion, é igualmente si pasamos por delante de un altar donde se esté celebrando el Santo Sacrificio de la Misa, y el sacerdote hubiera ya consagrado y no hubiese consumado.

En los sitios donde estén espuestas las efigies de los Santos, basta con hacer una inclinacion en señal de reverencia.

Siempre que pase á nuestro lado un sacerdote revestido, que se dirija al altar, nos detendremos y le haremos una inclinacion.

Cuando se anuncie el acto de la elevacion en cualquier altar, nos arrodillaremos.

Para saber cuándo debemos hacerlo durante

el curso de la Misa, tendremos presentes estas reglas: 1^a. Al principiar el celebrante el Introito, nos arrodillaremos hasta el acto del Evangelio, en que nos pondremos de pie. 2^a. Terminado el ofertorio, podremos sentarnos hasta que el celebrante diga *Sanctus*, en que volveremos á ponernos de pie. 3^a. Al inclinarse el celebrante para pronunciar las palabras de la consagracion, nos pondremos de pie; y al acto de la bendicion haremos una inclinacion de reverencia.

Quando asistamos á officios fúnebres, conservaremos siempre la misma actitud que tomen los celebrantes en el coro.

Al salir del templo por la puerta principal, haremos una genuflexion al altar mayor.

Nada mas indigno de un hombre culto, que elegir la casa de Dios para teatro de las pasiones mundanas: por lo tanto, se abstendrá de entrar en él con otro objeto que el de venerar á su Creador.

Muy reprehensible es la costumbre que tienen algunos jóvenes de dar allí sus citas, y jamás serán imitados ni aplaudidos por las personas verdaderamente cultas.

Tambien es muy reprehensible el que se coloquen los caballeros en dos filas á la puerta de las iglesias donde se acaba de celebrar la Misa para ver salir á las señoras, pues sobre abochornarlas con su presencia, su objeto desdice de la santidad del sitio.

Quando se llegue á un pais estrangero y quiera visitarse una iglesia, no debe hacerse en horas dedicadas al culto.

Quando visitemos en pais estrangero un tem-

plo en donde se tributase á Dios un culto distinto del nuestro, debemos permanecer en él con veneracion y respeto, por la tolerancia debida à los que nos acompañan.

CAPÍTULO VI.

DE LOS ESPECTÁCULOS PÚBLICOS.

Seria un error creer que no existen reglas de decoro y urbanidad que observar en los sitios públicos, pues aunque compremos nuestro derecho de asistir à ellos por medio del dinero, no por eso estamos dispensados de guardar ciertos miramientos generales à las personas que se encuentren allí disfrutando de igual derecho.

Quando se vá al teatro con señoras, uno de los caballeros que las acompañan debe adelantarse à tomar los billetes à la entrada, y si van à palco, cuando lleguen à él, cuidará de colocarlas bien, haciendo que las señoras de respeto se sienten en los asientos preferentes de delante, y las jóvenes detrás.

Si no hubiese suficientes asientos, los caballeros permaneceran de pie.

Los que estén situados detrás, cuidarán de no inclinarse mucho, para no incomodar à las personas que estén delante.

Si un caballero encontrase ocupado su asiento por una señora, será muy politico si renuncia à su derecho.

Es poco galante que los caballeros permanezcan con el sombrero puesto en un sitio en donde, sea como se quiera, hay señoras. Sin embargo, en los intervalos está admitido.

Nunca debe darse la espalda á la escena.

Cuando los asientos sean comunes, los caballeros galantes cederán los mejores á las señoras.

Entrar cuando ya la funcion esté empezada, levantarse muchas veces, entrar y salir continuamente, hacer ruido, aplaudir ó silbar fuera de tiempo, hablar alto, etc., son actos que indican una mala educacion.

Tambien lo es exigir que un actor repita una cosa que le fatiga, ó silbarle por cualquiera pequeño descuido que cometa.

Aplaudamos solo al mérito verdadero, y seamos sóbrios en silbar, pensando en el profundo disgusto que causamos al infortunado artista.

Cuando los caballeros vayan á visitar á las señoras en sus palcos, no deben permanecer mucho tiempo, si ocupan un asiento que les haya cedido otro caballero para que hagan cómodamente su visita.

CAPÍTULO VII.

DEL MODO DE CONducIRNOS EN LAS CASAS DE EDUCACION, CUERPOS COLEGIALES, ESTABLECIMIENTOS PÚBLICOS, TIENDAS, Y EN LOS VIAJES.

No elijamos las horas de clase para entrar en las casas de educacion,

Cuando vayamos á visitar á un alumno, solicitémos antes el permiso del gefe del establecimiento.

Si al acercarnos á la sala notásemos que se está reprendiendo á algun alumno, retardemos el entrar algunos momentos.

Los caballeros se abstendrán de entrar en estas casas con el sombrero puesto.

Elogiar á los alumnos, será un medio muy fino de elogiar al director.

Jamás reprendamos en alta voz á nuestros hijos ò pupilos dentro del establecimiento en donde los tengamos colocados, pues es faltar á la consideracion debida al director.

El hombre de buena educacion, cuando se encuentra en una asamblea cualquiera, guardará á sus cólegas toda clase de miramientos.

Allí mas que en ninguna parte deben refrescarse las pasiones, porque el que en medio de una discusion lanza invectivas contra sus contrarios, comete una gravisima falta de respeto á la corporacion entera.

Es impolítico interrumpir al que habla con frases de desaprobacion.

La difusion en los discursos molesta y fatiga al auditorio, y le distrae de la cuestion.

La sátira no está escluida de las discusiones parlamentarias; pero no la sátira mordaz que incendia y divide los ánimos, cierra la puerta á la razon.

El que es vencido en una cuestion, dará una prueba de respeto á la mayoría magniféstándose tranquilo y resignado, y el que ha triunfa-

do, no debe hacer alarde de su triunfo con orgullosa jactancia.

El ensañarse, descendiendo à atacar la vida privada del contrario, es una cobarde y grosera bajeza, que jamás podrá cometer el hombre culto.

A las oficinas públicas y establecimientos industriales no iremos sino cuando nuestra presencia no pueda alterar su orden, guardando toda aquella compostura que exige una buena educacion.

Asi, no entraremos mas que en la sala que nos indiquen, y permaneceremos allí solo el tiempo necesario para nuestro objeto, sin distraer la atencion de los que trabajen.

Los caballeros al entrar se quitarán el sombrero.

En los museos y otros sitios semejantes, es de muy mala educacion codear à los que esperan à la puerta, para abrirse mas pronto paso, meterse entre la multitud, atropellar à los que vayan despacio, ó empujarlos para salir mas pronto. Lejos de esto, nos complaceremos en proteger à las señoras, à los ancianos y à los niños, y si queremos ver un objeto, esperaremos à que lo hayan visto los demás para acercarnos à verlo.

No nos arrimemos nunca demasiado à las mesas en que estén espuestas las preciosidades, y no nos permitamos nunca tocarlas con las manos.

Si por casualidad alguno nos pregunta el asunto de un cuadro ú otra noticia cualquiera, nos apresuraremos à explicárselo con el mayor

agrado. El caballero que acompañe à señoras, gratificará á los que enseñan estos establecimientos, y lo mismo harán las personas de edad que wayan con jóvenes.

La compostura está bien en todas partes, y no está de mas guardarla en los cafés.

Asi como el hombre nunca debe olvidarse de que es hombre, el de buena educacion en ningun lugar debe olvidar la que ha recibido, y que cualquiera acciou grosera que haga, donde quiera que esté, le rebaja y le denigra.

Ahora está muy en uso que las señoras entren en los cafés, principalmente si las acompaña un caballero.

Si este lugar permite mayor soltura al hombre, prescribe á la mujer que se revista con el velo impenetrable del pudor y la modestia. Por lo mismo que está mas espuesta á las miradas de todos, debe guardar con sumo esmero las leyes de la decencia y del decoro.

Tomaremos conaseo la bebida que hayamos pedido, hablaremos bajo, y nunca nos apoderaremos del periódico que otra persona haya empezado á leer.

Análogos miramientos se han de guardar en las pastelerías y fondas públicas, no permitiéndonos nunca tomar de la mesa inmediata el salero, las vinagreras y el agua, pues sería una desatención imperdonable.

En todos estos lugares es menester hablar con dulzura á los criados, y hacer el menor ruido posible.

Cuando entremos en una tienda, pediremos

lo que queramos con amabilidad, sin usar jamás de aquel tono desabrido que toman las personas de poco juicio, cuando tratan con inferiores.

Si desde luego no nos presentan los géneros que deseamos, y nos vemos forzados á reconocer un gran número de ellos, procuremos excusarnos con el mercader por la molestia que le causamos, y espresémosnos con él de manera que le demos esperanzas de volver,

Tambien á su vez el mercader está obligado á guardar mil atenciones al comprador, y saludarlo con urbanidad, procurando mostrarse paciente, amable y deseoso de complacerle.

En los viajes, el caballero dará la mano á una señora para subir al coche ò para bajar de él, y la ofrecerá su asiento, si el que ella ocupa es mas incómodo. Preciso es saber que los asientos mas cómodos son los del fondo del coche, y los menos cómodos todos los que tienen la espalda á su frente; y que de los primeros, los preferentes son siempre los de la derecha, y de los segundos, los de la izquierda.

Las señoras por su parte procurarán no abusar de la preferencia que la urbanidad les concede.

Es impolitico fumar dentro del coche.

En las paradas, los caballeros preguntarán á las señoras si desean algo, y cuando se detienen á comer, las servirán y obsequiarán en la mesa.

Iguales reglas se observarán viajando por mar.

Los caballeros galantes sacrifican siempre su comodidad á las consideraciones que deben guardarse á las señoras.



CAPITULO VIII.

DEL MODO DE CONDUCIRNOS EN SOCIEDAD.

La conversacion es el palenque en donde se ponen á prueba todas las cualidades de talento, amabilidad y finura, y es por lo tanto en donde se estrellan mas facilmente los hombres vulgares, y aun á veces los talentos superiores, si no están acompañados de un profundo tacto social y de maneras muy distinguidas.

Téngase presente ante todo, que por callar nadie hace un papel ridiculo, y que por lo tanto, nunca debemos tomar la palabra si no estamos seguros de conocer á fondo la materia de que se trata, y aun entonces debe hacerse con suma reserva y prudencia.

Una palabra á tiempo nos adquiere á veces mejor opinion que largas disertaciones, y cuanto mas sóbrios seamos de ellas, seremos escuchados con mas gusto.

No se entienda por esto que es dar pruebas de conocimientos superiores el callar constantemente ó hablar solo por sentencias, porque en ambos casos, hiriendo el amor propio de los demás, caeríamos en su desprecio.

Las mejores prendas para hacerse agradables en sociedad son la moderacion, la tolerancia y la modestia. El tono, las inflexiones de la voz y los ademanes han de estar en armonía perfecta con estos principios, porque un tono alto-nero ó desabrido y unos ademanes descompasa-

dos echan á perder los mejores discursos.

Es preciso que dejemos traslucir siempre en nuestras palabras un espíritu de benevolencia que se estienda aun á las personas ausentes, y no permitarnos ninguna alusion satírica contra ellas.

En el caso de que llegemos á conocer que la persona con quien hablamos no nos comprende, se lo manifestaremos con dulzura, valiéndonos de estas ó semejantes frases: *veo que no he tenido la fortuna de esplicarme bien: sin duda no he sabido hacerme entender.*

Cuando las discusiones lleguen al grado de disputa, procuremos dar un sesgo á la conversacion, ó en caso de que no sea posible hacerlo porque esté muy empeñado nuestro amor propio, tratemos de dominarnos en cuanto nos sea posible y no perder un momento la serenidad, pues con ella perderíamos la moderacion y la tolerancia.

Es un necio alarde de erudicion entablar discusiones científicas, ó emplear términos técnicos, para hablar con personas cuya instruccion no esté á la altura de la nuestra.

En ese caso, ó debe rehuirse la conversacion, ó si esto no es posible, espresarnos con términos claros y al alcance de todos. Solo cuando se trate de algun asunto científico del cual estemos enterados y nos pidan esplicaciones, las daremos con modestia, y siempre con toda la precision y claridad posible.

Tambien es muy ridiculo entrar en una discusion seria con una persona, delante de otras á quienes no interese en lo mas mínimo.

En una sociedad reducida, la conversacion

ha de ser general, y no es lícito hablar bajo con la persona que esté inmediata.

La conversacion ha de estar siempre animada, y aunque el cuidado de renovarla toca siempre al amo de la casa, cada uno debe procurar por su parte que no decaiga.

Nada hay mas fastidioso que los que siempre hablan en tono burlon, ó los que se empeñan en ser graciosos, porque aburren á cuantos tienen la desgracia de tratarlos.

Aunque el hablar de cosas graves ó científicas sea contrario á la buena educacion, lo es mucho mas hablar siempre de cosas ligeras, ó aparentar una frivolidad que ofende al buen sentido de los que nos escuchan.

Es además manifestar desprecio hácia sus conocimientos, y el que obre así no podrá menos de ser tildado con la nota de impertinente.

Cuando dos personas toman simultáneamente la palabra, la inferior la cederá á la superior.

El que habla mucho cansa y fastidia á sus oyentes, el que se encierra constantemente en un profundo silencio, tambien se hace molesto y enojoso: preciso es, pues, elegir un justo término medio, y en un caso, siempre es preferible el que es callado á un hablador importuno, que á todos quita la vez y quiere tener siempre la palabra.

La sociedad es una dama orgullosa, y gusta de que se esfuercen en agradarla. Por lo tanto, se resiente de los que afectan desden ó indiferencia; pero es agradecida y paga con su estimacion á los que la rinden homenaje.

El hombre para hacerse agradable necesita

olvidar completamente su personalidad y sus propios gustos.

Estar siempre sobre sí y no abandonarse á su malhumor ó á su distraccion, sino por el contrario, mostrarse atento é interesado en la conversacion que se haya suscitado. La igualdad de afectos y el constante dominio de las pasiones es lo que debe servirle de brújula para no naufragar entre los escollos que ofrece la sociedad, que es como un mar de ondas lisas y sosegadas, debajo de las cuales se elevan erizados arrecifes y profundas eimas.

Para elgir un tema de conversacion consultaremos siempre los gustos, las opiniones, las edades y condiciones de las personas que nos rodean, procurando escoger aquellos temas en que cada uno pueda lucir sus facultades, y que sean mas de su agrado. Aunque la variedad de los temas contribuye á amenizar la conversacion, sin embargo, no se debe presentar uno nuevo, hasta que no se haya agotado enteramente el interés del anterior. Tambien es preciso encadenarlos de modo que no choque el pasar de uno á otro bruscamente.

Hay personas que tienen un tema favorito, y que lo presentan incesantemente, venga ó no bien en la conversacion, haciéndose sumamente fastidiosas, y otras que han formado la costumbre de hacer incesantemente la relacion de sus enfermedades, desgracias ó disgustos de familia. Ambos vicios deben evitarse.

Por regla general, á todos les gusta mas hablar que oír; es, pues, el gran secreto de la complacencia, promover la conversacion de mo-

do que con una ligera indicacion de nuestra parte, todos puedan alternar sucesivamente en ella y lucir sus facultades respectivas.

Asi como es de mal tono emplear incesantemente la sátira, tambien lo es ridiculizar en sociedad las artes ó profesiones, de modo que dá mala idea de su educacion el que, por ejemplo, se desata en injurias contra los médicos, abogados, etc., siguiendo en esto la costumbre del vulgo, que no está en el caso de apreciar los nobles esfuerzos que cada uno procura hacer en su carrera para cumplir dignamente su fin, á pesar de los obstáculos y oscuridad de la ciencia que profesa.

Cuando sobreviene alguna persona en un círculo cualquiera, los que antes estaban conversando deben enterarla del tema de la conversacion, y si no lo hiciesen, el que acaba [de entrar se guardará de hacer ninguna pregunta que muestre su curiosidad.

El estilo en la conversacion será mas ó menos llano, segun el grado de confianza que nos inspiren las personas con quienes tratamos.

Un estilo hinchado y declamatorio, fastidioso siempre, será mas insoportable en una sociedad de amigos, y el chavacano y familiar, tolerable en las relaciones íntimas, se hace sobremanera ridiculo en una sociedad de etiqueta.

Uno de los mayores estudios que debemos hacer, es hablar con propiedad, segun las reglas gramaticales, y procurar que la pronunciaci3n sea clara y sonora. El tono de la voz ha de ser suave y natural, y aunque á los hombres les es permitido levantarla algun tanto cuando lo exige

el calor de la conversacion, à la mujer le es indispensable guardar siempre su dulzura.

Así la lentitud como la rapidez en la expresion son defectos que es preciso evitar á toda costa; pero de todos, el mayor es pronunciar las palabras con ese tono enfático, compasado y cadencioso, que algunos emplean para darse una ridícula importancia.

Los buenos hablistas huyen de la repeticion de las frases y los axiomas, como de la repeticion de las palabras. Marcan con cortas pausas la puntuacion de la lengua hablada, como la de la escrita, y con esto consiguen que su conversacion sea correcta y elegante.

Así como es necesario que estemos siempre en guardia para no dejar escapar ninguna locucion contraria à las reglas gramaticales, debemos tener sumo cuidado de no abrumar con una sonrisa de desden ò con una observacion impertinente al que por casualidad las cometiere.

La palabra ha de ir acompañada de una gesticulacion inteligente y propia, y la expresion de la fisonomía debe guardar una completa armonia con las palabras.

Es mui ridículo hacer pantomimas, contorsiones y gestos à cada palabra, y acompañar el anuncio de la cosa mas simple con signos misteriosos; así como lo es tener siempre el cuerpo y las manos en absoluta inmovilidad, porque esto haria insípida la conversacion mas animada.

La mano izquierda puede no entrar en accion, mas la derecha ha de acompañar la enunciacion de casi todas las ideas.

Son actos vulgares hablar bostezando, po-

nerse de pie en medio del discurso, hablar en voz baja con otra persona durante la conversacion general, ó interin cantan ó tocan, interrumpir al que tiene la palabra, y sobre todo tocar los vestidos ó el cuerpo de la persona á quien se habla. En una mujer esta última falta sería además de poco cortés indecorosa.

Debe mirarse á la persona que nos dirige la palabra, para manifestarla que la escuchamos con atencion y deferencia.

Si esta titubea ó se detiene, procuraremos demostrar que no lo notamos, y en caso de que no encuentre la palabra que necesite, se la suministraremos sin afectacion.

Cuando el que nos hable se vea interrumpido por un accidente cualquiera, luego que éste haya pasado, le instaremos politicamente á que vuelva á tomar el hilo de su discurso.

Cuando refiere alguna cosa que sin ser festiva tenga la intencion de serlo, que sin ser patética tenga por objeto enternecer, por fastidiados que estemos, es necesario que no dejemos de sonreirnos ó mostrar interés. Si la historia es interminable, es preciso reunir toda nuestra paciencia y procurar escucharle con toda atencion hasta el fin.

No interrumpiremos un discurso empezado para hacer que se nos explique alguna circunstancia que no hayamos entendido: en este caso nos resignaremos á aguardar hasta que haya concluido para hacer con finura las observaciones que nos parezcan convenientes.

Usemos siempre de palabras de cumplido escusa ó agradecimiento, cuando pidamos ó pre-

guntemos algo, como por ejemplo: *sírvase usted decirme, tenga usted la bondad, permítame usted que le observe, dispéñseme usted, perdóneme usted, doi á usted las gracias,*

Abstengámonos de la costumbre fastidiosa que tienen algunos de decir continuamente: *¿está usted? ¿comprende usted? ¿me entiende usted?* Los estribillos, de cualquiera clase que sean, afean la conversacion y dán una pobre idea del talento del que los emplea.

Nunca digamos si ó nó á secas, sino si señorá ó no señora, y sobre todo antepongamos siempre el señor ó señora á los nombres de los sujetos que mencionemos en la conversacion; si no son personas de entera confianza para nosotros.

Tratemos con consideracion y respeto aun á las personas de nuestra familia; pero si tenemos un pariente muy cercano que esté investido de algun título, abstengámonos de espresar éste al nombrarle.

Los refranes vulgares, las palabras de dos sentidos, las citas en idioma estrangero, son cosas que no deben usarse en sociedad sino con un tino y moderacion especial.

Una de las dotes principales de la conversacion es el decoro: guardándolo á todas las cosas y á todas las personas, nos granjcaremos la reputacion de atentos y delicados.

Hai frases que repugnan á la piedad de las personas religiosas, hai nombres propios que ofenden al pudor, y hai, por último, espresiones groseras que ofenden la susceptibilidad de las personas cultas. Por regla general huiremos de

emplearlas, en cualquiera circunstancia que sea, porque la cultura es hija de la costumbre, y el que usa de juramentos y frases vulgares en su casa, se espone á usarlas en la agena, Supongamos las palabras *cogote*, *pescuezo*, *cachete*, pueden sustituirse mas elegantemente con las de *cuello*, *garganta*, *megilla*: pero esto lo haremos sin caer en el otro extremo de emplear frecuentemente frases y palabras alambicadas.

La conversacion entre personas de diferente sexo ha de estar siempre presidida por una extrema delicadeza, y la mujer, especialmente si es jóven, no debe permitirse ni el mas ligero abuso en ese sentido, ni dar lugar á ninguna interpretacion equívoca, por sencilla que sea.

Y ya que nos dirigimos á las jóvenes, les daremos de paso algunos consejos.

Todas las reglas que hemos espuesto se refieren principalmente á éllas, porque su educacion es la que pone de relieve sus cualidades morales. Un aire inquieto, atrevido, imperioso; una decision y pedanteria en las palabras; una desenvoltura é inmodestia en las acciones, son faltas que hacen sumamente desagradable al hombre, pero que deshonoran á la mujer, de cuya virtud se juzga ordinariamente por estas exterioridades. Nunca será bastante el cuidado que ponga en dominarse y aparecer tal como debe ser: cándida, sencilla y buena. Cualquiera que sea su mérito, cualesquiera que sean sus conocimientos, no ha de olvidar nunca que ha nacido mujer, y que debe ocultarlos bajo el velo del pudor y la modestia, que la prestan encantos indefinibles y sublimes atractivos. Todo su conato se cifrará,

pues, no en parecerse à los hombres, sino en asemejarse à los ángeles sus hermanos. Debe querer brillar no por su talento, sino por sus virtudes, y servirse tan solo del primero como de un cincel para pulirlas, como pule las piedras preciosas el hábil diamantista. Las luces de su entendimiento deben estar colocadas, como las de los gabinetes de sombras, tras una espesa cortina, para que iluminen tan solo con su reflejo las figuras que se presentan à los espectadores.

Preciso es que los mágicos reflejos de su talento iluminen todas sus acciones, y presten un misterioso encanto à todos sus actos sin que se aperciba la luz de donde proceden. Cifre su conato en que le suceda al hombre, como al viajero que recorre embriagado una deliciosa campiña y percibe un fragante aroma, siendo éste el que le impulsa à coger la modesta flor escondida entre la grama.

No os fatigéis en hacer alarde de vuestro saber y erudicion: esta se revelará en cada una de vuestras palabras, en cada uno de los actos de vuestra vida, y no ofendiendo al hombre, que no os quiere su igual, le infundiréis suavemente una dulce simpatía. El hombre aborrece à la mujer sabia, la sociedad la rechaza desdeñosa; pero no es tal vez, como se supone generalmente, por orgullo ó por envidia, sino porque el hombre y la sociedad quieren que la mujer sea formada de una esencia mas espiritual que el tosco barro de que están formados ellos mismos, y que su único trono esté basado sobre la dulzura, la bondad y el amor. No quieren que reine por el entendimiento, parte intermedia entre la tierra y el cie-

lo, sino por el alma, que es la esencia de la misma divinidad.

Un aspecto afectuoso, casi tímido, una tierna solicitud por cuantos estén á vuestro lado, y una dulzura inalterable, serán las bellas cualidades que os concilien la general estimacion. Cuando una mujer tiene cuidados ó penas, que los oculte ó no se presente en sociedad, pues su fisonomía debe respirar benevolencia, dulzura y una dulce satisfaccion.

Quando los caballeros os dirijan galantes cumplidos, recibidlos con agradecida modestia; pero si persistiesen en abrumaros con ellos, dadles á entender con finura que os hacen una ofensa ocupándose de vosotras tan frívolamente, y que sois capaces de sostener una conversacion mas séria é interesante; pero esto sin altanería, sin violencia, sin exageracion, pues de este modo dariais á entender, ó bien que concedéis mucha importancia á esos lugares comunes, ó que vuestro orgullo os hace despreciarlos. No olvidéis nunca las leyes de la modestia y del decoro, y ellas os guiarán en la penosa senda de la vida.

Grabad, jóvenes lectoras, en el alma estos consejos si quereis ser constantemente queridas, admiradas y respetadas.

La natural propension que todos tenemos á echar mano de la sátira, no ha de ser enteramente reprimida, sino ilustrada, como tambien la ironía, la cual comunica á la conversacion cierta gracia que la hace animada y agradable; pero de ambas cosas es preciso usar con suma moderacion y escluirlas de toda conversacion que

tengamos con personas respetables ó que no nos infundan confianza.

No emitamos nunca un juicio que hayamos formado por sospechas, propias ó ajenas, pues podemos herir la reputacion de personas inocentes y causar males de suma trascendencia.

Nada mas vil y bajo que la calumnia, nada hai que origine mas desastres y haga verter lágrimas mas amargas á sus infelices víctimas. Por bondad de corazon, por espíritu de tolerancia, por nuestra propia dignidad, no nos hagamos eco de calumniosos rumores. Si el que forja la calumnia es un infame, no es menos responsable de su bajeza el que la propala. Por relevantes que sean las dotes de un maldiciente, todo el mundo huirá de él como de un apestado, y será rechazado de todas partes. Pensad en las gravísimas consecuencias de la calumnia en los horribles males que causa, y en los atroces remordimientos que en una alma bien nacida tiene por consecuencia.

A vosotras me dirijo particularmente, tiernas jovencillas, á vosotras, que por vuestra educacion, vuestro destino y vuestra propia debilidad, estais mayormente espuestas á contraer el feo vicio de la murmuracion.

Poned todo vuestro cuidado en no manchar vuestros labios con su veneno; procurad huir de las sociedades frívolas, en donde se hace de la mordacidad un tema obligado de conversacion, y si os veis precisadas á permanecer en esos círculos, sobreponeos al contagio general con decorosa dignidad.

Solo un entendimiento frívolo se ocupa de

las reputaciones ajenas; solo un alma mezquina se complace en deprimir á los demás y en hacer resaltar sus imperfecciones.

Guardaos de dar tan mala idea de vosotras mismas, porque para las personas sensatas no serán los objetos de vuestra murmuracion los que incurran en su menosprecio, sino sus bajas destructoras. La murmuracion es indigna de todas las edades; pero es repugnante en la juventud. ¡A cuántas desfavorables consideraciones dá lugar una niña que se entretiene en arrojar por el lodo el honor de sus compañeras, y que á sangre fria, y tal vez á pesar de los lazos de amistad que la unen á ellas, se complace en hacerlas objeto de la general animadversion!

Despojaos apresuradamente de este feo hábito, las que lo hayais adquirido: el que es indulgente con todas las faltas, y cubre con el silencio las que nota á su alrededor, hallará indulgencia en la sociedad para las suyas, y su trato será universalmente buscado.

Pensad que nadie en el mundo es perfecto, y que la mordacidad sufre la pena del talion; que aquellos á quienes hayais deprimido se apresuraran á deprimiros; y que, por último, nada os cubre tanto de ridiculo á los ojos de las personas juiciosas, como la ruin murmuracion.

Tambien es un defecto imperdonable el de ser chismosas: las que se apresuran á referir á unos lo que les han confiado los otros, dán asimismo la idea de un mal corazon, un entendimiento frívolo y un carácter inconsiderado. Estas personas no pueden ser queridas en ninguna parte, porque do quiera que van siembran la confu-

sion, la desconfianza y la enemistad. A las chismosas nadie se atreve á confiarlas un secreto, nadie se atreve á abrirlas su corazon; y acaban por vivir aisladas y solas en medio de la sociedad, como en el centro de un árido desierto.

Considerad que es un abuso de confianza referir á una persona lo que otra os haya dicho de ella; que es una mala intencion herirla con las palabras duras que la primera haya pronunciado, tal vez en un momento de enojo; y es, en fin, dar muestras de una imaginacion mui fútil, la que no sabe dar interés á su conversacion sino por tan bajo medio.

Avisad á una amiga de lo que se propala contra su reputacion, si lo creéis necesario, pero reservad siempre cuidadosamente el nombre de la persona que os haya confiado este secreto. El que no practica el mal, es incapaz de sospecharlo en los otros, y la cándida y confiada inocencia es el mejor adorno de una mujer juiciosa.

Quisiera que fuéseis tan severas en el cumplimiento de estas reglas, que ni aun en general atacáseis nunca á nadie, porque vuestra mision es de perdon y olvido, y nunca de saña ni venganza.

En un hombre sienta bien á veces un digno enojo; en la mujer, nunca, sean cualesquiera las justas causas que tengan para ello. Así, pues, hasta para hablar de lo que os enoja, quisiera que fuérais dulces y tolerantes. Las que tienen por costumbre hablar mal de los hombres, ó de las criadas, ó de toda una clase respetable, ofenden á quien las oye, y dán mala idea de su carácter.

Pureza, benevolencia y dulzura, son los únicos tres talismanes que os pueden dar el cetro del afecto.

Escudaos con ellos, las que anhelais ser amadas y bendecidas.

A veces para animar la conversacion suelen referirse anécdotas ó sucesos del dia. Entonces el narrador debe usar un lenguaje sencillo y breve, y omitir toda circunstancia inconducente, toda disertacion intermedia que alargue el discurso. Los detalles demasiado minuciosos fatigan á la imaginacion, que desea llegar cuanto antes al desenlace, y destruyen el interés. Jamás emprendamos una narracion sin estar bien seguros de lo que vamos á decir, pues es mui molesto que nos detengamos en medio de ella para recordarlo.

Si alguna vez preveemos el desenlace de una narracion cualquiera, el placer de demostrar que lo hemos adivinado, no debe llevarnos á interrumpir al narrador; y si éste fuese tardo en esplicarse, tampoco debemos, en nuestra impaciencia, suministrarle las palabras que le faltan, pues cometeríamos una descortesia mui grande.

Por mas ingenio que tenga una persona, si se apodera de una anécdota contada por otro, y la concluye, aunque sea con mas gracia, comete una grave falta de urbanidad que nada puede excusar.

No recomendémos nunca el mérito de lo que vamos á referir, especialmente cuando es un asunto chistoso, porque es mui ridiculo celebrar lo que tal vez los oyentes calificarán de insípido y necio.

No es una falta citar nombres propios de los que hayan intervenido en el hecho que se refiere, cuando sus acciones han sido buenas; pero si es al contrario, será mas prudente reservarlos.

Seamos mui circunspectos para transmitir noticias politicas, ó de cualquier otra especie, que hayan de circular desde luego y comprometan nuestra responsabilidad moral.

Tengamos especial cuidado en no referir mas de una vez á una persona una misma cosa, y si lo hiciéremos distraidos y lo recordásemos, cortemos nuestra narracion en aquel mismo punto.

Si es difícil hablar bien, mas difícil es oír de modo que queden complacidos los que nos dirijan la palabra. Uno de los principales cuidados ha de ser mostrarles una atencion sostenida dirigiendo nuestra vista á la suya, y no apartándola sino en aquellas breves pausas que sirven de descanso al razonamiento.

Ofenderíamos al que hablase si nos entretuviésemos en otras cosas que demostrasen poca atencion á su discurso, como jugar con un niño, etc., por cuanto la urbanidad exige que manifestemos tomar un perfecto interés en la conversacion. Por tanto, sería mui impolítico sonreirnos cuando la persona que nos habla hiciese una relacion de sus pesares, ó no demostrar satisfaccion cuando nos refiriese sus motivos de alegria.

No creamos por esto que sea necesario contribuir á exacerbar la exaltacion de los que sufren, porque lejos de eso, es preciso buscar frases consoladoras para calmarle.

Hai personas que contraen la costumbre de

desatender completamente al que refiere una anécdota desde que empieza à hablar, para ocuparse en recordar los pormenores de otra que se proponen referir, manifestando así un intolerante menosprecio al que se esfuerza en agradar à la sociedad.

Cuando una persona con quien tengamos poca confianza nos refiera algun suceso del cual estemos impuestos, conduzcámonos de manera que le hagamos creer que lo ignoramos, y aunque notemos que no está bien impuesta de los pormenores, abstengámonos de hacerla observacion alguna.

Si se refiere una impostura, el arte de oír se hace sumamente embarazoso, porque si parece que le damos crédito pasamos por tontos, y si mostramos dudar de su veracidad, por desatentos.

Entonces un poco de frialdad, una atencion menos sostenida, y el decir *es extraño, mui extraño*, nos sacarán del paso.

La mas grave acaso de todas las faltas que puedan cometerse en sociedad, es la de desmentir à otro, porque con esto herimos profundamente su orgullo.

Solo cuando veamos que sus palabras envuelven alguna acusacion contra una persona à quien apreciamos, nos será licito hacerle observar con términos corteses que se equivoca.

Cuando alguno se manifiesta mui interesado en lo que cuenta, es una grosería llamarle la atencion para referirle una anécdota ó hacerle oír algun chiste.

Es igualmente una grosería cuando una persona nos refiere algo à que presta entera fé, mos-

trarle nuestra incredulidad, porque es calificarla de necia.

Cuando por algun motivo nos sea desagradable la conversacion entablada y queramos variarla, lo haremos sin dejar entrever la intencion que nos guia.

Ultimamente, son faltas imperdonables las que cometen algunos que por abandonarse á su genio vivo, ó tal vez para mostrarlo, no dejan concluir ninguna frase y se apresuran á adivinarla y á terminarla. Las personas que tienen este vicio son intolerables, esponiéndose ellas mismas á no pocas mortificaciones de amor propio, por que muchas veces en su precipitacion no interpretan bien el pensamiento del que habla, y éste les contesta que no era aquella su idea. Consideren los que tengan este hábito, que cada uno quiere espresar su idea y usar de su derecho cuando tiene la palabra, y el arrebatársela, además de privarle de un goce, es manifestar menosprecio hácia su modo de espresarse.

Otra de las faltas mas graves, es hacer en sociedad el oficio de maestros de escuela, deteniendo á los que hablan en medio de su discurso, para repetir con risa sardónica una palabra mal pronunciada, una locucion vulgar, ó los defectos del acento.

Tengamos presente que á la sociedad no vamos con objeto de corregir, enseñar ó hacer gala de nuestros conocimientos, sino solo y exclusivamente de agradar, y que es preciso respetar el amor propio de todos, si queremos que respeten el nuestro.

A medida que avanzamos en edad, vamos

adquiriendo el hábito de deprimir todo lo presente para ensalzar lo pasado, sin ver que es nuestra inocencia y alegría la que se ha desvanecido, y no el cambio de las costumbres. Procuremos evitar este vicio, que á mas de marcar el tiempo que ha pasado por nosotros, suele hacernos intolerantes.

Las personas suspicaces y cavilosas, nunca pueden ser agradables en sociedad, porque van en busca de un gesto, de una palabra, á la cual puedan dar una interpretacion siniestra, y como se ofenden hasta del aire, por mucho que disimulen, siempre mostrarán un semblante sañudo y receloso.

Creemos que los demás obran con la buena fé con que nosotros procedemos, y no les hagamos la injusticia de suponerlos mal intencionados, ni á nosotros mismos la de que seamos dignos de ser objeto de su malevolencia.

Si la escesiva confianza tiene sus inconvenientes, tambien los tiene, y mui grandes, la escesiva cavilosidad.

Son igualmente insufribles los que se muestran estremadamente celosos en la amistad, y no pueden llevar en paciencia que sus amigos frecuenten otros círculos y consagren á otras personas una parte de su tiempo.

Si son reprehensibles los celos de amor, y de familia, los de sociedad son absurdos y dan idea de un carácter exigente y egoista. Dejemos á cada cual que obre con la libertad que es su patrimonio, y no nos manifestémos resentidos por que devida con otros el afecto que nos profesa.

Hai algunos de tan estremado orgullo, que se pican por la cosa mas insignificante, y sin de-

cirlo ni humillarse à pedir una esplicacion, muestran tácitamente el rencor que los domina.

El trato con estas personas es sumamente fastidioso, porque nunca se sabe cuándo están contentas, y qué es lo que se debe hacer para agradarlas.

Seamos, pues, francos, porque tal vez una amistosa esplicacion bastará à disipar las nubes de nuestro enojo.

Cuando delante de nosotros oigamos calumniar à los ausentes, procedamos con cautela, y para dar crédito al calumniador, examinémos la verosimilitud de los hechos y el interés que puede tener en esparcir la calumnia.

La vanidad y la ostentacion son vicios contrarios à la buena crianza.

El que hace ridículo alarde de sus riquezas, su talento y su alta posicion social, muestra un carácter poco elevado, indigno de los favores de que le colma la fortuna.

Hay algunos que adquieren el feo hábito de mentir, ya para prestar animacion à sus relatos, ó ya para darse una ridícula importancia. Huyamos de este vicio que nos degrada y envilece, y que una vez conocido, hace que jamás sean creidas nuestras palabras y pasemos por unos entes despreciables.

Madama Necker observa ingeniosamente, que esos términos favoritos que acostumbramos usar en la conversacion, descubren nuestros secretos defectos. Así los embusteros tienen la espesion habitual: *podeis creerme, esto es la verdad*; los charlatanes: *en una palabra, para concluir*; los orgullosos: *sin alabanza etc.*

Procuremos despojarnos de *estos vicios*, y de esos feos estribillos que los descubren.

Si la prodigalidad y la disipacion son contrarias al bienestar de las familias, la ruindad hace odioso al hombre mejor educado. Un obsequio hecho con finura y à tiempo, es una llave mágica que nos abre los corazones y nos concilia el aprecio de los indiferentes.

La igualdad en el trato es un atributo de la buena educacion. Seamos tardos en formar nuestras amistades; escojamos con tino y precaucion las personas que han de constituir nuestro círculo amistoso; pero una vez que lo hayamos escogido, seamos consecuentes y no dejemos nuestras relaciones antiguas, por mas que nuestro propio interés ó cualquiera circunstancia nos lleven à estrechar otras nuevas.

Si tenemos que nombrarnos à nosotros al mismo tiempo que à otras personas, nos colocáremos en el último lugar. Igual orden guardaremos, al nombrar personas estrañas, posponiéndolas segun su edad ó categoria.

Los que contraen el hábito de tutear à sus conocidos sin apenas tratarlos, se conducen de un modo vulgar y grosero.

Nunca debemos precipitarnos para otorgar nuestra confianza, ni ofender à las personas de mayor categoria, tratándolas con una llaneza inoportuna.

Demos siempre su tratamiento à aquellos que lo tengan, y con quienes no tengamos confianza, pero que esto sea sin afectacion ni servilismo.

Las señoras están dispensadas de darlo, co-

mo no sea á los reyes y personas de la real familia.

Portémonos, en fin, con tal circunspeccion y prudencia, que dando à cada uno el lugar que se merece, jamás puedan echarnos en cara nuestro atolondramiento é indiscrecion.

CAPÍTULO IX.

DE LA MANERAS.

Una noble y elegante exterioridad previene à nuestro favor, y dá una idea elevada de nuestro talento y de nuestro carácter à las personas que no han tenido aun tiempo de conocernos.

La moderacion es la reguladora de los modales exteriores así en el hombre como en la mujer; pero ésta debe cuidar de precaversé contra aquella escesiva suavidad que la haria parecer melindrosa ò encogida, y à aquel, del des- embarazo propio de su sexo, que comunica à su persona un aire vulgar y desenvuelto.

Así, siempre que en sociedad nos mantengamos de pie, tengamos el cuerpo recto, sin descansar nunca de un lado, especialmente cuando hablamos con alguna persona.

Al sentarnos, hagámoslo con suavidad y delicadeza, de modo que no caigamos de golpe y violentamente sobre el asiento, y después que

estemos sentados, conservemos una actitud natural y desembarazada, sin echar jamás los brazos por detrás del respaldo del asiento, ni reclinarse en él la cabeza, sin estirar las piernas ni recogerlas demasiado, sin ponerlas una sobre otra, ni dar al cuerpo aquellos movimientos que son poco finos y graciosos.

No está bien el situarse delante de una persona que está leyendo, con el objeto de fijar la vista en el mismo libro ó papel que ella lee.

Cuando un caballero esté sentado, y una señora ó persona de respeto se acerque á hablarle sin tomar asiento, se pondrá él inmediatamente de pie, y así permanecerá hasta que aquella se retire.

Un caballero no permitirá que una señora se dirija de un punto á otro, con objeto de tomar una silla, cerrar una ventana, etc., sin adelantarse él á ejecutarlo. Igual atención tendrá una señorita con otra señora mayor.

Cuando á una persona se le caiga un pañuelo ú otro objeto, el caballero que esté mas inmediato se apresurará á recogerlo, y lo mismo hará una señorita.

Son actos muy vulgares poner un pie sobre la rodilla; apoyarse en la silla donde está sentada otra persona; mover incesantemente el cuerpo, sobre todo si se ocupa con otro un sofá; estender el brazo por delante de alguno, ó sentarse de modo que se le dé la espalda; fijar detenidamente la vista en un sugeto; manifestar grande cuidado con la ropa que se lleva puesta; llevarse á menudo las manos á

la cara; hacer sonar las coyunturas; jugar con las manos, con una silla ó con cualquiera otro objeto.

El acto de bostezar continuamente es una señal de fastidio, que ofende á las personas que se hallan en nuestra compañía. El bostezar suele ser un hábito convertido en necesidad, y es preciso sobreponerse á él en cuanto nos sea posible.

Hay algunos que por manifestarse amables se acostumbran á mantener en sociedad una sonrisa constante, la cual comunica á la fisonomía un aire de vulgaridad y tontería, que la deslucce completamente. La afabilidad no consiste en sonreirse siempre, como los muñequillos de resorte, sino en la benevolencia, la suavidad y la dulzura del trato.

Las personas que se reúnen para pasearse en una sala, al cambiar de frente para volver de un extremo á otro, observarán las reglas siguientes: 1^a. si son dos personas las que se pasean, ambas se abren por el centro, describiendo cada una hácia fuera una línea semi-circular: 2^a. si son tres personas, la que va en el centro se abre por el lado izquierdo, junto con la que va á su derecha, de modo que ésta quede ocupando el centro, y la que va á su izquierda cambia de frente de la manera indicada en la regla anterior: 3^a. si son cuatro personas se abren en dos alas, de modo que las del centro queden en los extremos, y las de los extremos en el centro.

Cuando una señora va á alguna parte acompañada de un caballero, no puede admitir el bra-

zo de otro caballero para regresar á su casa si aquel se halla presente.

Los saludos desdeñosos, los que apenas pueden ser percibidos, y aquellos en que se muestra cierto aire de proteccion, son propios de personas fátuas y presumidas, y de ningun modo los adoptará una persona de buen tono.

Aunque en el dia está admitido fumar en todos los círculos y en todas partes, el caballero mas fino será aquel que se abstenga delante de señoras y se modere todo lo posible en sociedad.

El aire del cuerpo ha de estar en armonia con la situacion, la edad y el sexo, pues una postura inmodesta, trivial y descuidada, hace nacer respectivamente prevenciones muy desfavorables. Por lo tanto debe tenerse muy en cuenta la importancia que nos dán unas maneras distinguidas, y evitar los gestos ridiculos, las actitudes presumidas, las miradas afectadas y toda clase de movimientos groseros ó estudiados.

Para adquirir buenos modales tomaremos por modelos á las personas bien educadas, y procuraremos despojarnos tanto de la altiva presuncion como de una timidez encogida que paralizaría todas nuestras acciones.

La exactitud es una de las mejores cualidades de una persona bien educada.

Nadie tiene derecho para robar su tiempo á los demás y molestarlos con su informalidad.

Seamos, pues, en cuanto sea posible, siempre puntuales á cada cita, y en particular si es de negocios.

Por grande que sea nuestra afliccion, no

hagamos alarde de ella en público. Los gritos descompasados del dolor, de la sorpresa ó del miedo, los saltos y demostraciones estrepitosas de entusiasmo, los arranques de la ira, son propios de personas vulgares; así como lo son de la mala índole, la impasibilidad, el estoicismo y la indiferencia.

Esas personas empaquetadas que hacen todos sus movimientos á compás, que apenas mueven las manos, y cuya fisonomía inmóvil nunca revela las sensaciones de su alma, hacen un papel ridículo é insignificante en sociedad.

Las maneras han de ser sueltas, desembarazadas, naturales y sin afectacion de ninguna especie.

Las mujeres que se acostumbran á ir tiesas y espetadas, y apretando los codos en la cintura, nunca serán esbeltas ni graciosas.

Naturalidad y moderacion, hé aquí cuáles son los dos únicos preceptos que debemos tener presentes para adquirir buenas maneras.

CAPÍTULO X.

DE LA PROPIEDAD EN EL MODO DE VESTIR.

Las formas y demás condiciones del traje están generalmente sujetas á los principios de la moda; y es preciso someternos á ella, sin olvi-

dar cuando hayamos llegado á una edad avanzada, las modificaciones que se hacen imperiosamente necesarias.

La persona que se presentase en público vistiendo á su capricho, y no sometiéndose á las exigencias de las costumbres recibidas, no solo mostraria poco aprecio de sí misma, sino que haria alarde de menospreciar á los demás.

Para vestir bien es necesario que tengamos muy presentes nuestra edad, nuestra figura y nuestra posicion social, pues lo que está gracioso en una jovencilla parece ridículo en una señora mayor; lo que realza la hermosura de una mujer bonita, contribuiría al ridículo que cubre á aquella á quien la naturaleza ha negado sus atractivos; y por último, los ricos trages que convienen á una señora opulenta, serían impropios para la que solo contase con una módica fortuna, pues demostrarían la frivolidad de su alma.

Además, es preciso saber vestirse con oportunidad, y no salir á la calle en el dia de una festividad ó á las horas de la etiqueta, con el traje de por la mañana. Igual desacierto sería presentarse en un luto con un vestido de baile, ó en éste con un traje sério.

La oportunidad en el vestir y el gusto, constituyen la elegancia mas bien que la riqueza de los tejidos y lo cargado de los adornos.

Toda visita de etiqueta y toda reunion de invitacion, exigen siempre un traje sério. Dificil es marcarlo en las señoras, porque esto depende del capricho de la moda; pero en los caballeros el traje sério está generalmente carac-

terizado por el uso de la casaca, pantalon y sombrero negro, y chaleco blanco.

El traje debe ser todo él negro para hacer visitas de duelo y asistir á los entierros.

Tanto las señoras como los caballeros nunca saldrán sin guantes adaptados al traje que llevan, y cuanto mas limpios y nuevos sean, mejor indicio darán de la persona.

Los guantes y el calzado no permiten jamás las medianías. Puede estar el vestido deslucido, pero apenas es reparable cuando se llevan decentes los guantes y el calzado.

Nadie debe vestir con mas lujo del que requiere su estado; la jóven soltera que se empeñe en llevar blondas y diamantes se hará ridícula; así como su madre si lleva telas ligeras incompatibles con la severidad de su estado.

Por pingue que sea el dote de una jóven soltera, hará bien en desterrar de su tocador los schales de Cachemira, las ricas pieles y otros adornos brillantes.

Las jóvenes que desprecian estos miramientos sensatos, pasan por casquivanas y no por eso se aumenta su hermosura.

Todas las fortunas no son iguales: preciso es circunscribirse dentro del círculo que nos ha marcado la suerte, y procurar sustituir la riqueza con la elegancia, seguros de que aun ganaremos en el cambio.

Además, las que tienen una posición mediana y quieren salirse de su esfera tocan con otro escollo, pues hacen sacrificios por embellecer su modesto traje, y como estos sacrificios son por precisión incompletos, un adorno nuevo

y brillante se coloca al lado del vestido mezquino y envejecido, formando un ridículo contraste y patentizando los impotentes esfuerzos de un amor propio chasqueado. El conjunto carece entonces de armonía, y la armonía, como hemos dicho en otra parte, es alma de la elegancia y la belleza.

Las personas sensatas nunca obrarán así, y recordarán siempre aquel axioma árabe: *ni lo mas alto ni lo mas bajo*.

Es igualmente ridículo pretender ser la mas elegante de la reunion, como resignarse à parecer la mas mal vestida, porque la que no puede presentarse con decencia obrará mejor quedándose en su casa.

Ya hemos dicho tambien que era preciso adaptar el traje à la edad. Las señoras ancianas deben abstenerse de colores brillantes, de dibujos esquisitos, modas muy nuevas, flores etc. Una persona de edad con el pelo rizado, adornada de collares y brazaletes, y llevando un traje escotado con manga corta, ofende tanto al decoro como à su interés y dignidad.

Lo mismo practicarán las que tengan una deformidad física, pues un traje chocante atraerá sobre ellas el ridículo, mientras uno sério y decoroso las pondrá à cubierto de sus tiros, y las hará parecer menos deformes.

Las señoras que hayan encanecido prematuramente, evitarán el adornarse la cabeza con flores: nada choca tanto à la vista como las rosas entre la nieve.

Las amas de casa cuando dán una reunion vestirán siempre con la posible sencillez, para

no obligar à las señoras que concurran à presentarse con mucha ostentacion.

Las telas ligeras son para verano y para baile; los tejidos fuertes para el invierno y para las visitas y conciertos.

La urbanidad lejos de proscribir los recursos del arte para mejorar nuestras ventajas físicas, los exige, cuando no se adoptan con exageracion. Uno de nuestros principales deberes es presentarnos de modo que no ofendamos la vista de los demás, y que escite al contrario su agrado.

El que tenga la desgracia de encanecer ò de que se le caiga el pelo, debe ponerse peluca; el que pierda la dentadura hará bien en remplazarla con otra postiza; y así en general, ha de procurar disimular cualquiera defecto físico el que por su desgracia lo tenga. Esto no quiere decir que seamos ridículos ò afectados. Pues vivimos en sociedad, consagremos al tocador la preeminencia debida; pero nunca sin ser tan frívolos que circunscribamos à él todas nuestras atenciones.

La severa sencillez del traje de los hombres, establece poca diferencia entre el de los jóvenes y los ancianos; pero sin embargo, éstos deben escoger colores oscuros, seguir la moda de lejos, no gastar trages muy estrechos ni muy cortos, y sobre todo atender principalmente al aseo y la comodidad.

En fin, para vestir bien se necesita un tacto especial, y no olvidemos nunca que lo constituyen la sensatez y la modestia.

No olvidemos tampoco que es un verdadero deber presentarnos siempre con decencia, por respeto á nosotros mismos y por consideracion á la sociedad.

CAPITULO XI.

DE LAS PRESENTACIONES Y VISITAS.

En la buena sociedad se acostumbra poner en relacion directa á dos personas por medio de una presentacion. Esta puede ser especial ó casual.

La primera es la premeditada, la segunda la que nace de circunstancias casuales.

Grande ha de ser en todo caso nuestra circunspeccion en presentar una persona á otra, porque puede á veces traernos sérios sinsabores.

Este acto siempre incluye cierta suma de garantia que prestamos en favor del sujeto presentado, y no obraremos prudentemente si no estamos seguros de su finura y buenas cualidades. Está, pues, interesada nuestra delicadeza en no hacer ninguna presentacion que pueda desagradar ó traer enojosas consecuencias á la persona que nos honra con su confianza.

Un caballero debe siempre hacerse presentar á las señoras con quienes quiera entrar en relacion, y el inferior al superior.

La presentacion se hace indicando el nombre de la persona presentada y sus títulos á aquella á quien se presenta, haciendo en seguida lo mismo con respecto á esta, á menos que no esté en su casa y sea la presentacion premeditada.

Cuando la persona presentada está investida de un título permanente se le antepone al nombre, y si es una dignidad transitoria se le pospone.

Es escusado decir que para hacer una presentacion necesitamos tener confianza con la persona á quien se hace.

Para la presentacion de un caballero en una casa se observarán las reglas siguientes: 1^a. Al llegar á la sala de recibo, conduciremos al caballero ante el señor de la casa, el cual por su parte se dirigirá hacia nosotros, y le haremos la presentacion, mencionándole el nombre y títulos del presentado, como queda establecido. 2^a. El amo de la casa conducirá luego al caballero ante la señora, y se lo presentará él mismo, quedando así presentado á toda la familia. 3^a. Cuando la señora no tenga marido y tenga hijos mayores, lo presentará ella misma al mas caracterizado; pero cuando éste lo fuera menos que el presentado, la señora lo hará á la inversa. 4^a. Al terminarse la visita, la señora le ofrecerá su casa, y él hará lo mismo, con las seguridades de su deseo de serla útil.

En todo caso de presentacion especial, la persona á quien se hace dará la mano á la presentada, y si es señora la hará sentar á su lado y la colmará de atenciones.

Si es caballero, el que le presenta no debe dejarle solo, pues le responderia á hacer un papel ridiculo no conociendo á nadie de los de la casa.

Cuando es una señora la que se presenta en una casa, la presentacion se hace á la señora de ella, quien la presentará inmediatamente á su marido ó al hijo que tenga mas caracterizado.

Si una persona recibe un servicio de grande importancia de otra, debe considerarse como presentada, y hacerle una visita de agradecimiento.

Tambien debemos una visita á la persona á quien hayamos sido presentados antes de que transcurran ocho dias desde el de la presentacion.

En cuanto á las presentaciones casuales, no tienen tanta importancia ni tanta responsabilidad, ni nos imponen tantos deberes que cumplir.

Asi, pues, las presentaciones que se hagan en un baile, en un dia de campo, etc., no sirven mas que para ponernos en comunicacion con aquella persona durante la diversion, no quedando obligadas á nada; para continuar estas relaciones se requiere que sea el superior, ó la señora, la que de algun modo manifieste su deseo al caballero ó al inferior.

Cuando estemos en nuestra casa con una persona amiga, y llegue otra, las pondremos inmediatamente en comunicacion por medio de una presentacion, siempre que en ambas concurren circunstancias análogas. Si son muchos los que están con

nosotros, la presentaremos en general á todos, y si la reunion fuese numerosa, no la presentaremos á nadie, ó á los amigos de mas confianza.

Haremos lo mismo si estando en la calle ó en el teatro con un amigo, llega otro; pero jamás nos propositaremos á hacerlo cuando nos hallemos en casa ajena, pues este cuidado pertenece esclusivamente al dueño de ella.

Si yendo por la calle con un amigo se nos acerca otro, cuyo objeto es detenernos solo breves instantes, nos abstenemos de toda presentacion.

Las presentaciones por cartas, ó cartas de recomendacion como se llaman generalmente, imponen los mismos deberes que las presentaciones personales, y están sujetas á las mismas reglas.

Debemos ser muy parcos en pedir cartas de recomendacion, porque ponemos á la persona á quien las pedimos en el grave compromiso de desairarnos ó hacerlo con repugancia.

Toca mas bien á las personas atentas prevenir las necesidades que puedan tener sus amigos al emprender un viaje, ó cuando tengan entre manos a'gun negocio, y anticiparse á ofrecérselas.

El que quiere entregar una carta de recomendacion, puede llevarla él mismo ó mandarla con una tarjeta y las señas de su casa.

El que recibe una de estas cartas está obligado á servir y obsequiar en cuanto sus medios lo permitan á la persona recomendada.

Si la persona presentada recibiese por este

medio algun beneficio, hará una visita de agradecimiento al que le ha recomendado.

Las visitas son indispensables para sostener las buenas relaciones de la amistad, y es preciso que pongamos especial cuidado en hacerlas oportunamente.

Nos es lícito recibir ó no las visitas, y los que las hacen quedan cumplidos dejando una tarjeta. Cuando nos digan que la persona á quien vamos á visitar no está en casa, nos abstendremos de hacer ninguna pregunta inquisidora á los criados.

Está admitido que visitemos á nuestros amigos cuando se hallen hospedados en una casa estraña; mas la comunicacion en que tales visitas nos ponen con los dueños de ella no nos deja obligados á continuar las relaciones cuando cese su objeto.

No es de buen tono entrar en casa de una persona desconocida para nosotros, acompañando á un amigo que se dirija á ella.

Las visitas de ceremonia son actos de rigorosa etiqueta, y no se necesita ni presentacion ni antecedentes de amistad, pues se hacen á los ministros, á los obispos, á los gefes de oficinas públicas y á los agentes diplomáticos de otras naciones, siempre que nuestra categoria ó empleo nos precisen á ello.

Son visitas de felicitacion, las motivadas por un acontecimiento agradable acaecido á nuestros amigos; de ofrecimiento, las que se hacen para participar los casamientos, destinos, mudanzas de casa, etc.; de pésame, las que hacemos para manifestar la parte que tomamos en la desgra-

cia ó muerte, acaecida en casa de un amigo, de duelo, las que se hacen dentro de los nueve primeros dias de acaecida la muerte; y de despedida, cuando emprendemos un viaje y vamos á ofrecernos á nuestros amigos.

Las visitas de ceremonia que recibe un personage superior no se devuelven, como tampoco las de pésame.

Las visitas de agradecimiento no se pagan sino cuando se tiene interés en continuar las relaciones, por ser ellas mismas la correspondencia de un acto amistoso.

Las personas de avanzada edad ó de un elevado carácter no pagan las visitas que reciben de los jóvenes que aun no ocupan una posición social.

Las visitas de cumpleaños no se pagan; pero si ponen en el caso de hacer visitas de la misma especie á la persona de quien se reciben.

Las visitas de duelo no estan permitidas á las personas de etiqueta, quienes solo pueden hacerlas en el aniversario.

Nadie está autorizado á hacer una visita de duelo, solo porque tuviese amistad con el difunto y no con la familia.

Las visitas de duelo ó pésame generalmente no suelen recibirlas los individuos mas allegados de la familia del difunto.

Cuando un sujeto acaba de experimentar una desgracia, no se le harán visitas para tratar de negocios.

Las visitas de ceremonia que no tienen un dia señalado, se hacen dentro de un periodo que no esceda de ocho dias.

Las visitas de ofrecimiento por haber mudado de estado, en quince dias, observándose las reglas siguientes: 1.^a. Al acercarse el dia de la ceremonia, el novio hará personalmente á sus amigos la participacion de su casamiento, como igualmente á los parientes de su novia. 2.^a. La novia no está obligada á hacer ninguna, pues este cuidado corresponde á sus padres. 3.^a. El ofrecimiento que se hace despues de la ceremonia se circunscribe á aquellas de las relaciones del novio y de la novia que hayan de componer su círculo de allí en adelante, pues el que hasta entonces ha tenido cada uno de los dos queda enteramente disuelto.

Tambien queda disuelto el círculo amistoso del que entra en el estado del sacerdocio desde el dia de la ceremonia, y á los que quiera elegir por amigos de allí en adelante les hará una visita de ofrecimiento.

Segun esto, nadie debe visitar á los que mudando de estado no les hagan esta clase de visitas, sin que por esto tenga derecho á mostrarse resentido.

Las visitas que tienen por objeto pagar las de ofrecimiento, se harán en el término de quince dias.

Cuando una persona hace á otra una visita de ofrecimiento, ya sea en persona ó por tarjeta, y ésta, antes de corresponderla hace á aquella un ofrecimiento cualquiera por tarjeta, la primera conserva el derecho de ser visitada en persona por la segunda, y entre tanto no está en el deber de hacerla ninguna visita.

Al llegar de un viaje mandaremos una tar-

jeta á nuestros amigos para darles parte de nuestro regreso, y manifestarlos que estamos en disposición de recibirlos.

Quando una persona hospeda en su casa á uno de sus parientes que reside en otro punto, lo participa á sus amigos para que vayan á visitarle.

Las visitas de pésame pueden hacerse en el término de treinta dias.

Las de despedida se hacen y se pagan en los dias próximos al viaje.

Las visitas de etiqueta se hacen de la una á las cinco de la tarde.

Las de negocios procuraremos hacerlas en las oficinas para no robar al visitado los momentos de descanso que tiene en su casa.

Las visitas de confianza se hacen generalmente de noche; pero por mucha que se tenga, siempre debe evitarse el hacerlas tanto á la hora de comer, como á cualquiera otra en que conozcamos que podemos ser molestos.

Las visitas de negocios han de ser tan breves como sea posible, pues se hacen á personas ocupadas, y nada es tan fastidioso ni menos propio para interesar en nuestro favor, como la pesadez de nuestros discursos en tales casos. Nuestro principal cuidado debe consistir en expresar el negocio que nos lleva y nuestro deseo en dos palabras, retirándonos al instante.

Las visitas de presentacion y etiqueta serán tambien muy cortas, pudiéndose fijar su duracion en un cuarto de hora, pues de lo contrario se harán incómodas y embarazosas.

También deben serlo las que se hacen á los enfermós y todas las de sentimiento.

Cuando la persona á quien visitamos vemos que está ocupada ó va á salir, nos retiraremos pronto.

Asimismo, si hallándonos de visita en una casa llegase una persona á hospedarse en ella, ó que tuviese que tratar alguna cosa importante con el amo ó la señora, pasados algunos minutos debemos retirarnos.

Si durante nuestra visita el visitado recibiese alguna carta, le escitarémos á que la lea.

Siempre que se nos inste para que prolonguemos nuestra visita, nos quedaremos algun tiempo mas, sin hacernos rogar escesivamente.

Hay visitas que es preciso hacer siempre en persona, y otras por medio de una tarjeta.

Las visitas de ofrecimiento por haber mudado de estado ó de habitacion, ó por nacimiento de un hijo, se hacen generalmente por tarjeta, pero deben pagarse en persona.

Las de felicitacion, de sentimiento y de duelo, se hacen y se pagan siempre en persona.

Las de despedida pueden hacerse por tarjeta.

Las señoras solo pueden visitar á los caballeros en el caso de que éstos sean ancianos ó sacerdotes.

La persona que recibe una tarjeta de ofrecimiento desde un punto distante, corresponderá en seguida con otra.

La tarjeta de una madre de familia inclu-

ye implícitamente el nombre de cada uno de sus hijos.

Así que nos digan que la persona á quien visitamos está de recibo, daremos nuestro nombre al criado ó portero que haya de anunciarnos, y entraremos en la pieza que nos designen. Si es caballero y no hay donde dejar el sombrero y el baston, los llevará en el mano; pero el paraguas lo dejará siempre en el corredor.

Al presentarse la persona que viene á recibirnos, la saludaremos, y la daremos la mano despues que ella nos haya alargado la suya.

Luego nos sentaremos en el lugar que nos indique, dejando que ella lo haga antes.

Si la visita es de etiqueta, y la persona muy superior á nosotros, no debemos sentarnos en el lugar mas honorífico sino despues de muchas instancias.

Ya hemos dicho que el que entra en una sala en donde haya varias personas debe hacerlas una cortesía, y los circunstantes corresponderle con otra.

Los caballeros no dejarán el sombrero sin ser instados para ello.

Aunque no es lícito hacer los honores de casa en la agena, sin embargo, si su dueño estuviese ocupado con negocios ú otras visitas, nos apresuraremos á rendir aquellos obsequios que sean indispensables.

Adaptaremos con el mayor esmero nuestro continente, acciones y palabras, á la naturaleza de cada visita.

Cuando entre otra persona de la casa, ó

alguna visita, los que están se pondrán inmediatamente de pie; pero si es señora, solo lo hará cuando entren otras señoras.

Tanto las señoras como los caballeros ofrecerán su asiento, si es el mas honorífico el que ocupan, á las personas que entren, si son muy caracterizadas ó muy de etiqueta.

Cuando pasemos por un lugar estrecho cederemos siempre el paso á los demás, en especial si son señoras.

Es impolitico el exigir á una persona un pago en momentos en que esté acompañada.

Cuando visitemos á un enfermo no nos hagamos molestos robando el tiempo á los que le asisten, ni pedir que nos introduzcan en su alcoba, y si nos instan á ello, permanezcamos allí solo el tiempo que nos indique la prudencia.

Es muy obsequioso en una visita el escitar á cantar o tocar á las personas de la casa que posean esta habilidad.

Cuando nos ofrezcan comidas ó bebidas, las aceptaremos despues de alguna instancia.

Si de noche se encontrase un caballero de visita en una casa, y una señora se despidiese para irse sola, deberá ofrecerse á acompañarla, y si la señora acepta, corresponderá á su atencion con el ofrecimiento de su casa.

Cuando vayamos á alguna casa en compañía de otras personas, toca siempre al superior ó á la señora el terminar la visita.

Si entrase una persona con quien estemos públicamente desacordes, no debemos retirarnos inmediatamente.

Al acto de retirarnos de una reunion numerosa, llamemos lo menos posible la atencion.

Al despedirse un caballero de otro á quien esté visitando, si no hay mas que las personas de la casa, no manifestará oposicion á que el visitado le acompañe hasta la puerta de la sala; allí volverá á despedirse, mas si el visitado se empeñase en acompañarle hasta la puerta de la casa, lo rehusará por una vez.

Una señora no lo rehusará, pues es natural que sea acompañada hasta la puerta.

Cuando un caballero reciba á varias señoras, las colocará en los asientos principales, y se sentará en frente para dirigirlas á todas la palabra.

Si una señora está acompañada de visitas, y se presenta otra señora, se levantará y la saldrá afectuosamente al encuentro.

Si al salir á la calle encontramos á una persona que vaya á visitarnos, nos empeñarémos en que suba, y solo si es de mucha confianza y tenemos un negocio urgente, consentirémos en que se marché.

Es muy incómodo para las personas que nos visitan verse acometidas por los niños de corta edad, que á veces los molestan con sus caprichos.

Los niños de ambos sexos no se presentarán en las visitas sino cuando sean mayores y puedan guardar la debida compostura.

No hay nada tan intolerable como el prurito de ciertas madres, que fastidian á las gentes con la presencia constante de sus niños, y los escitan á que repitan delante de ellas sus gra-

cias y sus juegos, y luego, al ver que se pasan, como es natural, los reprenden y los castigan, dando lugar á que lloren y ensordezcan á los que tienen la bondad de visitarlas.

Los niños, mientras són pequeños, no deben presentarse mas que delante de las personas de mucha confianza, y se puede ser buena madre sin obligar á la sociedad á que tome parte en nuestras molestias

Otro escollo mayor tienen que evitar las madres, y es que cuando tienen niños adultos suelen transformar á los que las visitan en examinadores de sus hijos, enumerándoles sus estudios, sus adelantos y sus gracias, y obligando á los pobres niños á que reciten alguna cosa ó repitan una leccion.

Esto es tanto mas fastidioso, cuanto que los que las visitan se ven obligados á fingir admiracion ó sorpresa, contribuyendo á hacer á los padres incorregibles y á los hijos pedantuelos intolerables, so pena de pasar por descortesés.

Cuando, estando acompañados, entre una persona á tratar con nosotros de un negocio, no la escitemos á que hable en presencia de los estráños.

No leamos ninguna carta delante de las visitas como no seamos instados para ello.

No dejemos solas á dos personas si sabemos que están desacordes entre sí.

La señora de la casa no se permitirá escitar á un caballero para que acompañe á la señora que se retira si no tiene con él mucha confianza.

Es tambien impropio rogar se detenga á una persona que nos visita de etiqueta.

Al acto de retirarse una visita se tendrán presentes las reglas siguientes: 1^a. La señora de la casa acompañará á otra señora hasta la puerta de la escalera; pero si al mismo tiempo está recibiendo otras visitas, y no hay quien la sustituya para hacer los honores, la acompañará solamente hasta la puerta de la sala. 2^a. Si es caballero el que despide á otro, hará lo mismo; pero si fúviese otras visitas no hará mas que levantarse y dar algunos pasos.

Inútil es decir que los criados deben adelantarse á abrir, y no cerrar hasta que las visitas hayan bajado algunos tramos de escalera.

La persona que acompañe á otra que se despide tendrá cuidado de ir siempre á su izquierda.

Cuando se remiten tarjetas, si en la casa hay un caballero y una señora, se remiten dos, una para el primero y otra para la segunda.

CAPÍTULO XII.

DE LAS DIFERENTES ESPECIES DE REUNIONES.

Cuando queramos dar una reunion, convidaremos verbalmente á las personas de nuestra confianza, y por escrito á las de etiqueta.

Las señoras no pueden ser invitadas sino por otras señoras, ó por un caballero casado en union de su esposa. Sin embargo, pueden aceptarse sin desdoro las que hagan corporaciones respetables.

Deben hacerse las invitaciones con tiempo, à menos que no sea una reunion muy familiar.

En los reuniones pequeñas, procuraremos que todos los amigos estén relacionados entre sí, y no haya ninguna desavenencia que los separe, porque de este modo estamos seguras de que reinarán la franqueza y el buen humor.

A la hora señalada, la señora procurará estar vestida y en la sala principal, para recibir à las personas que vayan llegando.

Los dueños de la casa colmarán de obsequios indistintamente à todas las personas que los han favorecido.

Uno de sus principales cuidados consistirá en colocar à los convidados de modo, que los conocidos estén juntos, y así reine en la sala aquella animacion que demuestra el buen tacto de sus dueños.

Cuando el señor ó la señora rueguen à una jóven à cantar ó tocar, le ofrecerán el brazo para conducirla al piano, y lo mismo barán para que regrese à su asiento.

En cuanto à los invitados à que canten ó toquen, si tienen intencion de hacerlo, es preciso que no se hagan rogar mucho, porque esto disminuye el mérito de lo que se hace, y dà idea de un carácter poco amable ó melindroso.

Además, nadie deja de conocer que esto es una farsa inútil para hacerse valer, pues desde

el momento que se concluye por hacerlo, es prueba que se llevaba esta intencion, y el disgusto que causan sus reticencias amengua el placer que podamos experimentar al ver su habilidad.

Esto no es decir que se presten al instante; pero el condescender despues de una modesta negativa, realzará mucho el mérito de lo que se ejecute.

Otro consejo importantísimo, à nuestro modo de ver, vamos à dar à los que posean alguna habilidad, y este es que las piezas que ejecuten sean lo mas cortas posible, porque lo poco malo puede sernos agradable; pero lo mucho, por bueno que sea, acabará siempre por fastidiarnos.

Tambien debemos ser sumamente sóbrios en el número de piezas que ejecutemos, tanto en nuestra casa como en la agena, y tengamos presente que nunca parece bueno lo que se prodiga mucho.

Aunque sea muy feo hacerse rogar, tambien lo es demostrar un escesivo afan de ocupar la atencion general, y estar, como quien dice, siempre en escena.

Los amos de casa tendrán mucho cuidado de que cuantos hayan de tomar parte alternen y luzcan sus talentos, procurando que aunque se premie con aplausos el mérito superior, no se deje à nadie desatendido.

Sería imperdonable que una señora hubiese sido invitada para tocar ó cantar, y regresase à su casa sin haberlo hecho, à no mediar un gravísimo inconveniente, y la señora de la casa en

que esto aconteciese, sería muy justamente til-
dada de grosera.

Los dueños de casa han de tener presente
que las personas á quienes hayan invitado para
amenizar su reunion han debido incomodarse mu-
cho, y tal vez estudiar para hacerlo, y que es
preciso obsequiarlas con toda clase de atencio-
nes.

Otro de los mas importantes deberes del
amo de casa es ser igual con todos, y no dis-
tinguir á nadie con una preferencia marcada.

Desde el momento que han hecho la invi-
tacion, todas las personas que concurran á su
casa deben considerarse como iguales entre sí, y
sufriera su amor propio si se vieran posterga-
das á otras de mas categoría. Para la buena
educacion no existen las distinciones, y si una
condesa estuviese al lado de la viuda de un mi-
litar, daría pruebas de muy poco tacto social la
señora de la casa si tratase á la última con un
marcado despego, y colmase de atenciones á la
primera.

En cualquier otra parte podemos rendir to-
do el acatamiento que queramos á las personas
de alta categoría; pero con todas aquellas á quie-
nes recibimos en nuestra casa y se han dignado
favorecernos, debemos mostrarnos perfectamente
iguales.

Si en la reunion hubiese bufet, para pasar
á él, la señora de la casa indicará á cada ca-
ballero la señora á quien debe conducir y obse-
quiar, dando la preferencia á las mas respta-
bles por su edad, ó su estado.

La marcha la cerrará siempre la señora de la casa.

Si la reunion fuese muy numerosa, los caballeros permanecerán de pie detrás de las señoras, cuidando de servir las.

En las reuniones de menos etiqueta, se acostumbra que los criados pasen bandejas con helados, ú otras bebidas propias de la estacion.

La señora de la casa cuidará esmeradamente de que sean abundantes, y no se quede nadie sin tomar algo, y menos que el motivo de esto sea la escasez. En materia de obsequios, vale mas no obsequiar, que obsequiar á medias, y la ruindad es una de las cosas que mas se prestan á la murmuracion.

Tambien es costumbre dar té y algunas veces chocolate. Sobre éste no hay nada que advertir. En cuanto al té, lo prepara y lo sirve el dueño de la casa, mientras los criados, ó si es reunion de confianza la señora pasan bandejas de bizcochos, advirtiéndole que si el convidado deja la cucharilla en la taza, demuestra que quiere que se le vuelva á llenar.

Cada uno de los convidados conservará la taza hasta que pasen los criados á recogerla.

Ningun convidado debe mostrar repugnancia, ni menos negarse á cualquiera exigencia directa ó indirecta del amo de la casa, aunque sea contraria á su propio gusto.

Tampoco promoverá ningun género de entretenimiento que no sea el dispuesto por los amos de la casa.

Al dirigirse una señora hácia un lugar en

donde haya asientos desocupados, toca al caballero cederle su asiento inmediatamente.

Es contrario al decoro que dos personas de distinto sexo se engolfen en una conversacion particular, y se aislen, por decirlo así, de la concurrencia, porque además de poco decoroso, es manifestarla desprecio.

Así como á los dueños de la casa toca ocuparse esclusivamente de los convidados, éstos, y en particular los caballeros, deben prodigarles toda clase de atenciones.

Cuando los convidados quieran retirarse, es impolitico hacerles instancias para que se queden.

Los caballeros se retiran generalmente de las reuniones muy numerosas, sin despedirse de nadie. Respecto á las señoras, tambien omitirán despedirse de los demás concurrentes, y aun de los amos de la casa, cuando no crean prudente distraerlos de sus multiplicadas atenciones.

Debemos una visita de agradecimiento á los que nos han invitado á una reunion, hayamos ó no concurrido á ella.

A las personas que están de luto no se las convida.

Cuando se invita para un baile, debe tenerse un especialísimo cuidado de que entre las personas aptas para bailar no haya mayor número de señoras que de caballeros.

Los dueños de la casa cuidarán constantemente de que ninguna señora que haya concurrido en disposicion de bailar, permanezca sentada toda la noche.

A la señora de la casa no la es lícito bailar, interin alguna otra señora permanezca sentada por falta de pareja. Aunque esto no se practica en el día con mucha escrupulosidad, sin embargo, no deja de ser una gravísima falta de urbanidad.

Las señoras que no sepan bailar, se abstendrán de tomar parte en el baile, porque es deslucirlo y comprometer á su pareja.

El agruparse los caballeros delante de una señora para disputarse los bailes que quiera concederles, es ofensivo para las demás, y el que se precie de galante se abstendrá de ello por no mortificarlas, pues es preciso portarse con todas con igual finura.

Cuando una señora no acepte la invitacion de un caballero para bailar, se abstendrá de hacerlo en todo el curso del baile.

Un caballero no puede ceder á otro la señora que haya aceptado su invitacion, porque sería demostraría poca diferencia.

No es de buen tono que un caballero baile con su esposa.

La buena sociedad no admite que un caballero baile toda la noche con una misma señora.

Las personas con quienes se ha contado para bailar no pueden dejar de hacerlo sino con un motivo legitimo, así como no debe tomar constantemente parte en el baile un caballero, interin haya otros que no lo hagan por falta de pareja.

Cuando un caballero sea escitado á invitar á una señora á bailar, se prestará á ello gustosamente, aunque ésta no sea de su agrado.

Hay algunas señoras, menos favorecidas por la fortuna, ó que cuentan con menos relaciones, que pasan casi toda la noche sentadas en una silla: el caballero mas fino y mas galante será aquel que acuda á evitarlas esta mortificacion de amor propio, aunque sea sacrificando su gusto.

No se debe jamás preguntar á una señora por que no baila, porque se la pone en el caso de avergonzarse, confesando que no ha sido invitada para ello.

Los caballeros de fina educacion ceden siempre los puestos mas preferentes á aquellos á quienes su edad ó circunstancias dán derecho á esta consideracion, asimismo como se hará con el señor y la señora de la casa.

Los caballeros ofrecerán el brazo á su pareja cuando esta se levante de su asiento, y luego al regresar á él, portándose durante el baile con toda galanteria y delicadeza.

Al tomar de nuevo su asiento una señora despues de haber bailado, el caballero la dará las gracias por el favor recibido y la hará una cortesía antes de retirarse, correspondiendo la señora con una inclinacion de cabeza.

Si hubiese refresco, los caballeros obsequiarán á las señoras con quienes acaben de bailar.

Al salir de un baile, y siempre que los caballeros salgan con una señora de cualquier parte, la darán el brazo para bajar la escalera, y si ésta no lo permitiese, la ofrecerán mil excusas por verse imposibilitados de hacerlo.

Cuando se trata de dar una comida, es preciso que todo esté dispuesto para el momento en que lleguen los convidados, y que la señora pue-

da estar en la sala para recibirlos, sin mostrar que se halla ocupada con los preparativos, porque nada hay mas feo que verla dar disposiciones á última hora, y que los criados aturdidos corran de un lado á otro, afanándose por completar los preparativos.

No basta tenerlo todo previsto; es preciso manifestar una perfecta tranquilidad, porque de lo contrario, además de dar una prueba de que estamos poco acostumbrados á semejantes actos y de que tenemos muy poca disposición, ocasionamos á los convidados el disgusto de ver que el obsequio que reciben cuesta demasiados afanes y fatigas.

Por modesta que sea una comida dada á personas estrañas, á lo menos ha de constar de dos servicios: el primero compuesto de la sopa, los platos fuertes, las ensaladas, etc., y el segundo de los postres.

Las viandas de que ha de constar cada servicio se ponen de una vez en la mesa, colocándolas con la posible simetría.

En las reuniones pequeñas la señora de la casa sirve la sopa, y el señor trincha y sirve los demás platos.

Sin embargo, ahora se ha hecho general que los criados den vuelta á la mesa, llevando grandes fuentes llenas de viandas ya trinchadas, y cada convidado toma lo que le parece.

La señora de la casa ocupará el centro de la mesa, del lado que dé el frente á la entrada principal del comedor, situándose á su derecha el caballero mas caracterizado, y á su izquierda el que le siga en categoria.

El centro del lado opuesto ha de ser ocupado por el dueño de la casa, situándose á su derecha la señora mas distinguida, y á su izquierda la que la siga en respetabilidad. Advirtiéndose que las demás señoras y caballeros han de estar interpolados, para que reine mayor animacion.

Cuando la comida tenga por objeto obsequiar á una persona determinada, ésta será precisamente la que ocupe el lado derecho de la señora, y si fuese un extranjero el obsequiado, será una atencion muy delicada el presentar en la mesa algun plato de su pais.

En las comidas en que no concurren señoras, el dueño de la casa ocupará el sitio principal.

Todas las instrucciones que la señora crea deber dar á los criados se las comunicará antes de ponerse á la mesa, pues despues no la es lícito dar disposicion ninguna.

Al pasar al comedor, nadie debe sentarse como no lo haga antes la señora de la casa.

Luego la primera operacion será estender la servilleta sobre sus rodillas, teniendo presente que no puede servir para otro uso mas que para el de limpiarse la boca,

Los caballeros servirán en cuanto sea posible á la señora que esté á su lado.

En el primer servicio, todos se servirán de los vinos que estén en la mesa; pero en los postres, son los criados los que sirven los licores.

Si no es de mucha etiqueta la comida, puede el señor de la casa hacer alguna escitacion á los convidados para tomar segunda vez

de algun manjar; pero si éstos se excusan desistirá del empeño, porque es una costumbre muy fastidiosa y muy perjudicial la de aquellos que, creyendo hacer un obsequio, atormentan á los infelices convidados haciéndoles comer lo que de ningun modo apetecen.

Cuando la señora de la casa nos sirva alguna cosa por hacernos un obsequio sin haber consultado antes nuestro gusto, lo aceptaremos cortesmente, y nos esforzaremos en comer aunque no sean mas que algunos bocados.

En las mesas de etiqueta no está bien elogiar los platos; pero en las de confianza, es hacer con esto un cumplido al ama de la casa.

Siempre nos dirigiremos á los criados para que nos sirvan todo lo que nos veamos en la necesidad de pedir; pero lo haremos en voz baja y con un tono amable, que escluya tanto la familiaridad como la arrogancia.

Tampoco los amos de casa deben hablarlos con tono imperativo, ni reñirlos con enojo si cometen alguna torpeza; y si volcasen alguna fuente, ó rompiesen alguna pieza, no manifestarán alterarse en lo mas minimo ni perder su buen humor.

En la mesa es preciso que reinen la animacion y la alegría, y por lo tanto desterraremos de ella las discusiones serias y la relacion de cosas tristes ó enfermedades.

Las personas de buena educacion no se exceden nunca en la comida ni en la bebida; pero tampoco son remilgadas hasta el punto de probar apenas los manjares, pues esto es un desaire á los que han tenido la bondad de convidarlos.

Al terminarse un servicio, los últimos que abandonen su plato serán los dueños de la casa, para no esponer á los que hayan sido mas tardos al desairado papel de comer solos.

Hasta ahora hemos hablado en general de los convites de amistad, y vamos á estendernos en algunos otros detalles.

La señora sirve en platos colocados en pila delante de ella, el cocido, que hace circular, empezando por los que tiene inmediatos á su derecha é izquierda, y siguiendo por las personas de mas representacion. El convidado le dà en cambio del plato lleno, el vacio que tiene delante de si. Despues, mientras uno de los dos cabeceiras de la mesa trincha, el otro hace circular los platos de intermedios y fiambres, con su respectivo cubierto, y los bocadillos.

La vaca está dividida en porciones sobre un plato, que se hace circular. Este método tambien se emplea para diversos otros platos de pescado y carne, principalmente para las aves y los asados; pero no es costumbre hacerlo asi con los gnisados ni el pescado frito.

Dado caso que hubiere algo que trinchar, y algun convidado supiese, puede ofrecerse al amo de la casa para ayudarle. Obtenido el permiso, dividirán los manjares en pequeñas porciones, que ofrecerán primero á las señoras y luego á los caballeros. Los que están inmediatos á los que trinchan, les ayudarán sirviendo las salzas, ó dándoles platos.

El que convida, jamás debe alabar lo que aparece sobre la mesa, ni escusarse de la mala comida que ofrece: vale mucho mas que guarde

silencio y deje á los convidados el cuidado de elogiarla. Sin embargo, si ve que un plato gusta, instará para que los convidados agoten su contenido.

La parte mas agradable de la comida son los postres, y especialmente en verano, es necesario multiplicar las frutas, y colocarlas en fruteros de porcelana calada, de manera que presenten una pirámide baja ó una media naranja. A este efecto, los cabos de las cerezas, lo bajo de la frambuesa, etc., se ponen siempre hácia adentro. La porcelana para los postres es ordinariamente mejor que la de los demás servicios, y suele ser pintada ó dorada.

Cuando los cubiertos de los postres son de plata sobredorada, los cuchillos para las frutas, las cucharas para el azúcar, y generalmente toda la vajilla para los postres, ha de ser de lo mismo.

Al terminarse la comida, los criados presentarán á cada convidado el enjuagatorio, que es una pequeña jofaina redonda, de cristal celeste, con un vaso dentro de la misma clase, lleno de agua tibia en invierno y fria en verano, y en este caso ligeramente aromatizada con limon ó menta.

Es necesario al enjuagarse la boca poner la mano por encima de la jofaina que se aproxima á la barba, y si nos limpiásemos los labios con el pico de la servilleta, nos daremos prisa en hacerlo como si fuera á hurtadillas.

Sin embargo, esta fea costumbre va sufriendo alguna moderacion en las casas de mas tono.

En estas, los enjuagatorios se hallan agrupados encima de las mesas de aparador, y al

concluirse la comida los criados advierten á los convidados el sitio donde se hallan para que puedan hacer cuantas abluciones quieran sin incomodar á los demas.

Corresponde á la señora de casa dar la señal para levantarse, lo que hace enrollando la servilleta y dejándola al lado de su plato.

Entonces los convidados la imitan, y esperan para levantarse á que ella se ponga de pie.

En una comida de franqueza se dobla la servilleta como acabamos de indicar; pero seria ridiculo hacerlo en una de etiqueta.

Los guantes se ponen en seguida de haber concluido de comer.

Asi que los convidados se levantan, los caballeros dan el brazo á las señoras y las conducen á la sala donde están preparados el café y los licores, porque solo en los convites casi de familia se acostumbra tomar el café en la misma mesa donde se come.

Llegados á la otra sala, el criado echa el café, mientras los amos se apresuran á ofrecer el azucarero con su pinza. Inmediatamente el criado se retira, y el señor de la casa tomando uno de los frasquitos de licor lo presenta á cada uno de los convidados, empezando como siempre por las damas.

En las comidas de mas etiqueta, se colocan al lado de la mesa principal una porcion de mesas aparadores pequeñas en proporcion del número de los convidados y la importancia de la comida.

En estas mesas se coloca la loza, los pa-

nes suplementarios, la vajilla de plata, los postres, etc.

La mesa principal se cubre de un rico mantel, las servilletas son pequeñas y están enroscadas, sujetas con unos aros, numerados con el mismo número de la papeleta de convite, que va también numerada.

No se colocan las botellas y los vasos con separación, sino en un ramillete en medio de la mesa de forma piramidal, guardando el orden simétrico de estar en la primera grada las que contienen el agua, en la segunda las de los diversos vinos, y en las últimas, hacia la cúspide, las de los licores, é interpoladas entre todas copas de diferentes tamaños.

Este surtido de botellas y copas debe ser de cristal blanco, para que se vean los líquidos que contienen.

La iluminación, cuando se necesite, la forman lámparas suspendidas con alumbrado de gas. Los criados con sus guantes blancos, vestidos con esmero ó de librea, y la servilleta en el brazo, forman círculo en pie à alguna distancia de la mesa.

Escepto la diversidad y profusión de los servicios, se seguirán en todo las reglas que dejamos indicadas.

Las nueces y las almendras están escludidas de una comida de ceremonia, à menos que éstas últimas no sean de las mas tempranas.

Las nueces y otras frutas semejantes, si se presentan en la mesa, deben estar cascadas, de manera que el fruto se presente desnudo en medio de su cáscara.

Los dulces de cuchara se ponen en dulceras para servir las sobre platos.

Para que una persona se levante de la mesa es preciso que la obligue á ello un motivo muy poderoso. Si es una señorita la que se ve en la precision de hacerlo, rogará á otra ó á su madre que la acompañe.

A veces despues de la comida suelen armarse mesas de juego, y mientras, los unos miran grabados, otros léen los periódicos, cuidando los amos de casa de cada uno encuentre distraccion.

Entonces, pasadas dos horas despues de la comida, sacan los criados una bandeja con todo lo necesario para hacer el té, que los señores distribuyen.

Si es enojosa la tarea de los que convidan para salir airosos de su empeño, tambien lo es la de los convidados, si no han de faltar á ninguna de las reglas de buena educacion.

Vamos, pues, á darles algunos consejos que, aunque pueriles, es preciso tenerlos muy presentes, porque á veces el ridículo forja con estas pequeñeces sus mejores armas.

Las costumbres domésticas influyen notablemente en el modo como nos conducimos entre estraños; porque no basta saber las reglas de buena crianza, es preciso tener la costumbre de practicarlas, para que nuestras acciones y movimientos tengan la soltura y desembarazo necesarios.

Difícil, muy difícil es sobreponerse en un momento dado, y delante de personas estrañas, á hábitos arraigados de toda la vida, y el que no haya adquirido la costumbre de comer con urbanidad en su propia casa, siempre cometerá alguna

torpeza, y aun cuando no fuese así, mostrará en su timidez y encogimiento que está desempeñando una tarea á la cual no se halla acostumbrado.

Ningun estudio se puede hacer de repente, pero mucho menos el de las buenas maneras y la finura.

El que aspire á hacer un papel distinguido en sociedad, debe ante todo sujetarse á ser fino en medio de su familia, seguro de que solo así alcanzará el fin que se propone.

Para conseguirlo es necesario no olvidar las reglas siguientes.

Nos sentaremos a la mesa de manera que no quedemos ni muy próximos ni muy separados, y dando al cuerpo una actitud en que aparezcan combinadas la naturalidad y la elegancia, sin inclinarnos hácia adelante mas que lo indispensable para comer con comodidad.

No apoyemos en la mesa el antebrazo, y de ninguna manera los codos. Tampoco dejaremos caer sobre la rodilla una mano, ocultándola de la vista de los demás, en tanto que se está haciendo uso de la otra.

No nos reclinemos en el respaldo de nuestro asiento, ni en el de los demás: no toquemos á éstos con los brazos ni estiremos las piernas. El levantar los codos, al dividir con el cuchillo la comida que se tiene en el plato, ó al tomarla con el tenedor para llevarla á los labios, es de gentes mal educadas.

No nos pongamos de pie, ni estendamos el brazo por delante de otras personas, con el objeto de alcanzar algo que esté distante, ó de to-

mar ó pasar un plato. Valgámonos para todo esto de los criados, ó pidámosle á los que estén inmediatos.

El cuchillo y el tenedor se toman empuñando el mango con los tres últimos dedos, y adhiriendo à éste el pulgar por el lado inferior y el por el índice por encima, el segundo de los cuales debe quedar mas avanzado que el primero, sin que se lleve nunca en el cuchillo mas allá del principio de la hoja, y en el tenedor hasta acercarlo à la raíz de los dientes.

La cuchara se toma, vuelta la palma de la mano hácia adentro y un tanto hácia arriba, y manteniendo los tres últimos dedos algo recogidos: el índice se recoge hasta quedar adherido al canto del mango, y el pulgar cae por último sobre el extremo del mango, comprimiéndolo con la fuerza necesaria para que la cuchara quede enteramente sujeta.

El vaso se toma por la parte mas inmediata à su base, con los dedos índice, cordial y anular unidos por la parte de frente, y el pulgar por el lado interior, y dejando el mayor espacio posible entre la superficie del vaso y la palma de la mano.

Una copa se toma por la columnilla que une el pie à la parte cóncava, en la misma forma.

Una botella se toma por el centro de su parte mas ancha, con los cuatro últimos dedos à la derecha y el pulgar à la izquierda.

La cuchara y el cuchillo se usan invariablemente con la mano derecha, y el tenedor con la izquierda, y solo se usará con la derecha cuan-

do se tomen comidas que no necesiten partirse con el cuchillo.

El uso de la cuchara y el tenedor está siempre indicado por el contenido de cada plato, según sea sólido ó líquido.

Algunos suelen usar el cuchillo en vez del tenedor, y hasta cierto punto se considera como mas elegante; pero es preciso tener mucho cuidado de coger los manjares de modo que no caiga el líquido.

Respecto al tenedor y á la cuchara, no introducirémos en la boca sino aquella parte que es absolutamente indispensable para tomar la comida.

Para comer el pan no lo separarémos de la miga, y lo partiremos de manera que las migajas caigan dentro del plato.

En la mesa no tomaremos en las manos, ni tocaremos otra comida que el pan destinado para nosotros. Respecto de las frutas, jamás las despojarémos de su corteza, sino por medio del tenedor y del cuchillo.

No comamos nunca demasiado deprisa ni demasiado despacio; lo primero, que es lo mas feo, nos haria pasar por glotones; lo segundo nos daría cierto aire de displicencia que entibia la animacion de los demás.

Son actos improprios el aplicar el olfato á las comidas y bebidas, soplar la sopa para que se enfríe ó batirla con la cuchara, abrir la boca y hacer ruido al mascar, sorber con ruido los líquidos, hacer sopas en el plato en que se está comiendo, dejar en la cuchara una parte del líquido que se ha llevado á la boca, y vaciarla lue-

go dentro de la taza que lo contiene, tomar bocados grandes, llevar los huesos á la boca, tomar la comida por medio del pan, arrojar al suelo alguna parte de las comidas ó bebidas, rebañar el plato, suspender el plato por un lado para poder agotar enteramente el líquido que se encuentra en él, derramar en el plato las gotas de vino que han quedado en el vaso para poner en éste el agua que va á beberse, hacer muecas ó ruido con la boca para limpiar las encías ó estraer de la dentadura partículas de comida por medio de la lengua.

Si nos desagrada la comida ó encontramos algun objeto asqueroso, procuremos disimular con todo el esmero posible.

Pongamos á un lado de nuestro plato, sin contacto con la comida, los huesos de la carne y de las frutas, las espinas de los peces y todo lo que no podamos comer.

Jamás usemos de la orilla del plato. La mantequilla, la sal, la salsa y todo lo demas que nos sirvamos para acompañar la comida principal, lo pondremos dentro del plato en un extremo; pero si por cualquier accidente nos viéramos obligados á poner en él alguna cosa de las que hemos llevado á la boca, dejaremos al instante de comer, entregándolo á los criados.

Cuando tengamos que dejar momentáneamente el tenedor ó la cuchara, los colocaremos en el plato, haciendo que el mango descanse en a orilla, y lo mismo haremos cuando hayamos acabado de comer lo que contiene.

Para tomar los líquidos apoyaremos el borde del vaso ó de la taza en la parte exterior del

labio inferior, y solo aplicaremos el labio superior cuanto sea indispensable para beber sin ruido.

Jamás bebamos licor ó agua cuando tengamos ocupada la boca, y nunca sin limpiarnos antes los labios con la servilleta.

Cuando sea indispensable estornudar, toser ó sonarnos, nos volveremos de lado.

Es costumbre muy fea dividir el pan en muchos trocitos al rededor del plato, ó hacer bolitas con la miga.

Teniendo muy presentes todas las anteriores reglas, y acostumbrándose à seguir las en el interior de la familia, es como un convidado podrá portarse en la mesa con naturalidad, finura y despejo.

Es una ridícula exigencia el pedir públicamente á una persona que pronuncie un Brindis, para el cual no esté preparado.

Lejos de hacérsele un obsequio, se le espone à pasar por el sonrojo de deslucirse.

Terminada una comida, los concurrentes están obligados à permanecer todavia en la casa á lo menos una hora, pues sería impropio el retirarse en el acto.

Se hace una visita en el término de ocho dias à la persona que nos ha convidado.

En las comidas de confianza las amas de casa tendrán especial cuidado de no hacer que quiten los platos antes de tiempo. El recogerlo y guardarlo todo, y contar lo que hay en las fuentes antes de que se las lleven los criados, demuestra una avidez de malísimo efecto en sociedad.

En las comidas de campo suele reinar mas

franqueza, aunque no tanta como creen algunos, pues nunca autoriza á traspasar los límites de la decencia y del decoro.

Por lo mismo que son mas francas han de ser mas animadas, y la mayor falta que pudiera cometer un convidado seria la de mostrarse aburrido y no querer tomar parte en ningun juego, ó descomponer los paseos ó diversiones que se hubiesen proyectado, bajo fútiles pretextos.

En el campo, mas que en ninguna parte, deben los caballeros ocuparse de obsequiar á las damas, y hacer que pasen agradablemente el tiempo.

CAPÍTULO XIII.

DEL JUEGO.

El juego es, como la mesa, una piedra de toque de la educacion. El amor propio ejerce en él un imperio tan absoluto, que es muy fácil que dejándonos arrastrar por él, nos conduzca á cometer las mayores groserías.

El hombre siempre debe saber dominarse en sociedad; pero nunca tanto como cuando su amor propio está estimulado, porque éste coloca una venda delante de los ojos, que no nos deja ver el deber y la razon, y cuando ésta consigue quitarnosla, nos avergonzamos de lo que hemos hecho sin premeditacion.

El juego tiene una etiqueta que le es enteramente peculiar; y consiste en todas aquellas

finas y generosas demostraciones que se hacen entre sí las personas que juegan, por medio de las cuales demuestran que solo se entregan á esta diversion por pasar el rato.

El que juega necesita aparentar ante todo una calma inalterable, que no se convierta en alegría pueril cuando vence, ni en un ridículo despecho si la suerte no le es propicia.

Al ponernos á jugar demos por hecho que hemos de perder, y así no nos sorprenderán ni enojarán nuestras pérdidas. Es muy risible ver á personas que han empezado á jugar con mucha algazara y contento, y se van volviendo más tacias y taciturnas á medida que van experimentando contrariedades, y aun se muestran mas mezquinas aquellas en quienes alternan los sentimientos de la tristeza y alegría, segun se les muestra próspera ò adversa la fortuna.

Cuando juegan señoras y caballeros aun debe ser mayor la urbanidad y finura que reine en el juego.

Los caballeros han de guardar con respecto á las señoras mil delicadas atenciones, y éstas por su parte no abusar en manera alguna de las contemplaciones debidas á su sexo.

Al distribuir los naipes en un juego cartea-do, los caballeros no arrojan jamás sobre la mesa los que correspondan á las señoras, para que ellas los levanten, sino que se los presentan atentamente. Igual obsequio tributarán á otro caballero que merezca consideracion, y mas finos y amables serán si lo hacen así con todos.

Las discusiones que suelen suscitarse en el juego, no toman jamas entre gente bien educa-

da un carácter de seriedad é importancia que pueda elevarlas al grado de altercados, y cuando no pueden resolverse prontamente por la fuerza de la razon, el inferior cederá cortesmente al superior y el caballero á la señora.

Cuando se juega, es preciso mostrar el espíritu tan desembarazado del mezquino interes de la ganancia, que estemos en disposicion de alternar con las personas que no toman parte en el juego. Este ha de ser considerado solo como un puro pasatiempo, y el mostrarse preocupados y absortos en las jugadas, es darle una importancia que no merece.

Jugando con indiferente calma no se escita el amor propio, y éste es un medio de no ceder á sus instigaciones.

Cuando en una misma reunion se entreguen los concurrentes á diversas clases de diversiones, no demos toda la noche al juego, pues sobre mostrar que estamos dominados por el mas feo de los vicios, haremos alarde de indiferente desapego hácia el resto de la sociedad.

Generalmente así que se arma la mesa de juego, la señora de la casa toma tantas cartas como jugadores se necesitan para cada juego, y las presenta, empezando por la persona á quien mas honra. Aceptar una carta es comprometerse á jugar.

La señora de la casa juega muy rara vez, á no ser que haya poca concurrencia, mas cuando juega, no se puede rehusar la partida, á menos de que no se sepa manejar las cartas.

Antes de empezar los juegos carteados, es menester arreglarlos. Proponer que se juegue

muy bajo es esponerse à ser tachados de mezquidad, y proponer el jugar muy fuerte, es tambien dar lugar à que nos conceptúen apasionados al juego ó avarientos. Así es mejor consultar à los compañeros.

Las señoritas nunca juegan, á menos que no se les propongan juegos de poca importancia, como à la veinte y una, la loteria, etc.

Cuando se empieza la partida se saluda con una pequeña inclinacion de cabeza à las personas con quienes se juega. Los caballeros tienen cuidado de reunir las cartas al fin de la partida, y presentarlas à la señora à quien toque barajar.

Lo mismo que en el baile, los que no saben no deben tomar parte en el juego, porque esto sirve de molestia à los demás. Como no saben qué partido tomar, piden consejos y hablan con los que no juegan.

Enseñan sus cartas à sus consejeros, los cuales, so pretesto de guiarles, echan ojeadas sobre el juego de los que están mas inmediatos, y destruyen así las mejores jugadas, convirtiendo la diversion en disgusto.

Cuando un jugador que ha perdido deja la partida al mismo tiempo que el que ha ganado, no le mostrará en sus palabras ni acciones el menor desabrimiento.

Otros juegos hay que aunque han caido algun tanto en desuso, sirven de mucho recurso para sostener la animacion en las tertulias de confianza; tales son los de prenda, las charadas, las palabras de dos sentidos, etc. Para jugarlos bien se necesita una educacion muy fina y un tacto social muy esquisito, porque tambien en

ellos se pone en accion el amor propio, y es preciso estar en guardia para dominar sus ímpetus.

Una sociedad escogida preferirá siempre los de imaginacion, y aquellos en que se ejercita la memoria; pero en éstos es preciso no olvidar que tan necia es la escesiva timidez como un alarde de saber intempestivo; y por último, que siendo mera diversion, es preciso no trocarlos en palenques escolásticos, en donde se disputa por un error de ortografia y se ridiculeza á un individuo por la mas ligera falta de pronunciacion.

Hay casi siempre en sociedad personas empalagosas que quieren dominar y dirigirlo todo, lo cual las hace ser insoportables. Se puede proponer un juego y dar su parecer; pero de ninguna manera imponerlo á pesar de la repugnancia general. Además, hay juegos muy lindos en teoria y fastidiosos en la práctica, mucho mas si la mayor parte de los concurrentes los desconocen ó no se adaptan bien á sus circunstancias.

Cuando son juegos en que cada uno toma el nombre de alguna otra cosa, importa no dar nombres desagradables, y mucho menos si la persona es fea.

Las penitencias son la parte mas vulnerable de estos juegos. La señora que las imponga, necesita atender á la modestia, al decoro y á la complacencia, no imponiendo ninguna desagradable para el que la ejecuta y repugnante para los demás.

Cuando en las palabras de dos sentidos, ❀

en los refranes, no saliéramos airoso en nuestro empeño, cuidaremos de no mostrar el menor disgusto. La sociedad es inclemente en general, y no se compadece de los secretos disgustos del amor propio, sino que los espía, los descubre y los convierte en armas de ridiculo con que hierre de nuevo á los que sufren. Es, pues, muy necesario no dejarla entrever nuestra secreta pena.

Si por el contrario se nos aplaude, al principio nos mostraremos sorprendidos, casi confusos, y luego indiferentes, porque este es el mejor medio de desarmar la envidia.

Y á propósito de esto, diremos que los elogios exagerados suelen ser siempre de muy mal género en la buena sociedad, pues es el medio mas infalible de dar una actitud estúpida aun al hombre de mas talento.

Hay personas que contraen la necia costumbre de elogiar con encarecimiento, y prodigar sus elogios sin tino, con lo cual convierten lo que debe ser un agasajo en intolerante burla, y colocan á la persona elogiada en una posición muy embarazosa. De lo sublime á lo ridiculo no hay mas que un paso, y todo elogio que no sea dado con tacto, oportunidad y finura, ni puede ser agradecido ni consigue el objeto de agradar.

Los jóvenes deben desconfiar mucho de estos elogiadores de profesion, y contestarles con modesta indiferencia.

Hemos hablado ya de todas las clases de reuniones agradables que pueden ocurrir en el trato social, y concluiremos dando algunos sobre los bailes de máscara.

Respecto á estos, las personas de descuidada educacion creen que el disfraz las autoriza para presentarse mal vestidas, y usar acciones y palabras indecorosas.

Otras creen que el cubrirse la cara les dá permiso para desenfrenar sus pasiones, y van al baile con el malévolo objeto de insultar, y promover chismes que pueden traer consecuencias incalculables y espantosas.

Al instante se conoce la máscara fina, y ésta obtiene tanto partido, como en los bailes particulares la mas hermosa.

Inespertas jovencillas, portaos siempre en los bailes de máscara como si á cada instante se pudiese caer vuestra cáreta y dejaros descubierto el semblante. No os dirijais jamás á esos templos del placer con la intencion de sembrar el llanto y la discordia, y si la bondad de vuestra alma no os contiene, baste á conteneros la facilidad de que os descubran mil indicios y que tengais que ruborizaros al dia siguiente.

Que la modestia y el decoro os acompañen siempre, como deben acompañaros en todas las acciones de vuestra vida.

Tampoco los caballeros están autorizados en manera alguna para propasarse, ni insultar á las máscaras, ni dejar de tener aquellas finas atenciones que merecen las señoras.

¡Cuántos han sufrido gravísimos disgustos por no guardar á las máscaras todas las consideraciones que hasta cierto punto les son debidas!

Pensemos que todos se han adornado para

buscar un rato de solaz, y que es una crueldad amargarlo con nuestra impertinencia.

CAPÍTULO XIV.

DE LOS ENTIERROS, DUELOS Y LUTOS.

Otra clase de reuniones hay que son mucho menos agradables, pero que nos imponen deberes mas sagrados, pues nunca será tan intolerable contrariar la alegría del que goza, como negar sus consuelos al triste.

Cuando nuestros amigos ó parientes pierdan algun individuo de su familia, nos prestaremos gustosos á acompañarlos en tan doloroso trance siempre que ellos nos lo indiquen, pues sería impertinente que fuésemos á situarnos nosotros mismos en una casa en tales circunstancias sin ser invitados para ello.

Si esto se efectúa, observemos una conducta que sea enteramente propia de las circunstancias, manifestando en todos nuestros actos que respetamos su situacion y tomamos parte en su dolor.

Las personas que frecuenten una casa, testigo reciente de una de estas desgracias, guardarán suma compostura, desterrando de su conversacion la risa y los chistes, aunque sea con el objeto de distraer á la desolada familia.

Luego que acaba de fallecer la persona, uno de los parientes mas próximos dá parte á

todos sus amigos por medio de una esquila, que contiene la invitacion de asistir al oficio de difuntos y al entierro.

Con este aviso, pasan los amigos á la casa del difunto, en la cual se colocan los hombres y las mujeres separados.

Al entrar, se saluda sin hablar y se permanece en silencio hasta que vienen á advertir que sale el cortejo fúnebre ordenando para dirigirse al campo santo ó cementerio.

En el oficio de difuntos los individuos de la familia tienen derecho de colocarse en los principales asientos, que son los mas inmediatos al féretro. Los viudos, los padres y los hijos no asisten á los entierros.

Además de las esquelas de difuntos para convocar á los funerales á los amigos que residen en la misma poblacion, se escriben cartas á los ausentes participándoles el suceso, los cuales contestarán inmediatamente con una carta de pésame.

El uso de los lutos sufre muchísimas variaciones. Lo regular y generalmente observado es llevar un año de luto con el alivio correspondiente los viudos y viudas, los padres y los hijos. Por abuelos y hermanos se lleva luto durante seis meses.

Las viudas suelen llevarlo dos años, pero no es de rigor.

En el tiempo del luto, sobre todo los seis primeros meses, no se devuelven las visitas, ni se concurre á los paseos, á los teatros, ni á ninguna diversion pública.

Tambien estaria mal visto tener reunion en su casa, y mucho menos cantar, tocar ó bailar.

Durante todo el tiempo del luto se usan obleas y lacre negro, escribiendo sobre un papel con filete negro.

Cuando se celebran honras fúnebres, solo los amigos íntimos van á la casa para acompañar al que preside el duelo: los demás convidados pasan directamente al templo.

La familia ocupará en él el lugar preferente cerca del férretro é inmediato al altar.

Terminados los oficios religiosos, los amigos íntimos acompañan á los parientes del difunto, y los demás se separan en la iglesia.

En cualquiera tiempo que se celebren los aniversarios, es un dia de duelo para la familia, y por lo tanto ésta desterrará de su casa toda especie de bullicio y de alegría.

CAPITULO XV.

DEL MATRIMONIO Y DEL BAUTISMO.

Estos dos acontecimientos, tan importantes en la vida y bienestar del hombre, no lo son menos para la urbanidad, y á ellos vamos á consagrar el presente capitulo

Ordinariamente se guarda un profundo secreto sobre los preliminares del matrimonio, porque siempre puede sobrevenir un rompimiento; pero cuando está ya tratado, es necesario dar parte confidencialmente á los mas amigos y á las personas á quienes debemos atenciones.

Estas, si se hallan en la misma poblacion, hacen una visita de pláceme, y si se hallan ausentes, escriben una carta con el mismo objeto.

Tres ó cuatro dias antes de la ceremonia se convida á las personas que han de estar presentes, espresando en la esquela de invitacion si han de asistir á la comida ó al baile.

A los que no hayan sido convidados á la celebracion del matrimonio ni á la comida, se les dá parte por medio de esquelas algunos dias despues de haberse verificado.

Estas invitaciones solo exigen en cambio una visita.

Al matrimonio siempre preceden los regalos. Los que el jóven manda á su futura, se llaman batea de presentes, y consisten en un objeto de tocador, joyas, diamantes, y algunas veces el trage completo de boda. Otros se limitan con poner en el cajon de un mueble elegante un bolsillo que contenga en oro la suma destinada á estos objetos, para que la novia la emplee á medida de su gusto.

El recién casado hace un regalo á cada uno de sus nuevos hermanos ó mas próximos parientes.

En la comida de boda, la recién casada debe hacer un papel enteramente pasivo, guardar suma compostura.

Las chanzonetas y alusiones picantes son cosas de muy mal género, que si divierten por un instante á los concurrentes, hacen formar mal juicio del que las dice.

Si hay baile, es de rigor que lo abra la recién casada con la persona mas distinguida de

la reunion, ó bien con su marido, y regularmente no vuelve á bailar en toda la noche.

Los convidados ofrecen en cambio á los recién casados y á su familia una comida ó un baile, y á veces las dos cosas. Este convite se llama tornaboda, y en él se hacen los honores á los nuevos esposos.

Estos pagan las visitas en el término de quince dias, y suelen hacerlas á la hora de etiqueta y con su trage de mas lujo.

DEL BAUTISMO.

La eleccion de padrinos del recién nacido está sometida á las costumbres de las distintas poblaciones.

Unas veces, y es lo mas general, convidan los padres, y otras se ofrecen á serlo los parientes ó amigos íntimos.

Cuando los padres son pobres y convidan á una persona que esté en una buena posición, ésta no puede escusarse sin faltar á la delicadeza.

El padrino se ha de portar en esta ceremonia de un modo tan espléndido como le permita su fortuna.

Es de todo punto indispensable que haga un regalo á la recién parida. Tambien la madrina está obligada á hacer algun presente á la madre y al niño, y para ésto lo mas general es el primer vestidito.

El padrino tambien tiene obligacion de hacer un regalo á la nodriza y á los criados de la

casa. En la iglesia dará una gratificación correspondiente á su categoría al sacristán, á los monacillos y á los pobres. En cuanto al cura, se le envían una ó muchas cajas de dulce.

A la hora indicada se dirige la comitiva en coches á la iglesia, guardando el orden siguiente: primero los padrinos, luego el niño llevado por su nodriza ó por la partera, el padre acompañado por sus amigos de mas respeto, y luego siguen los demás convidados.

Los coches corren á cargo del padrino.

En muchas casas se acostumbra dar una comida ó cena despues del bautismo; pero lo mas general y casi indispensable es un refresco.

Se dá parte del alumbramiento, mandando á los conocidos en nombre de la madre una tarjeta acompañada con una caja de dulces.

Esto último tambien se practica en las participaciones de casamiento.

CAPÍTULO XVI.

DEBERES DE LA HOSPITALIDAD.

Evitemos todo lo posible el hospedarnos en casa ajena, pues por confianza que tengamos con nuestros amigos, la presencia de un extraño siempre es importuna en el hogar doméstico, y consideremos que sus gastos y sus incomodidades siempre han de aumentarse.

Cuando por un accidente cualquiera nos veamos en el imprescindible caso de hacerlo, procuremos ser lo menos molestos posible, conformándonos en un todo con los usos y costumbres establecidos en la casa, y con los gustos y aun extravagancias de sus dueños.

Para vivir en casa ajena, se necesita mucha prudencia y tolerancia, pero que esto no sea hasta el extremo de mostrarnos esquivos á la cordialidad y franqueza con que nos favorezca, pues aunque es grave falta abusar de los amigos, tambien lo es no usar de ellos con expansion y contento.

Generalmente á los egoistas no les gusta recibir por el temor de verse obligados á dar. El que es capaz de hacer un favor, lo recibe con alegría.

Cuando los dueños de la casa hayan descuidado proveernos de los muebles que necesitamos, procuraremos pasarnos sin ellos; pero de ninguna manera los compraremos, porque seria ofender la delicadeza de nuestros huéspedes.

Jamás penetremos en las piezas interiores de la casa, y mucho menos en las que sirven de dormitorios.

Tratemos con dulzura á los criados, y al despedirnos de la casa, hagámosles un regalo en recompensa de sus servicios.

Al llegar á nuestra residencia, nuestro primer cuidado será escribir á las personas que así nos han favorecido.

Mucho mas lator son los debere que impone el dar hospitalidad á las personas de buena educacion.

En todos los tiempos y en todos los países los deberes de la hospitalidad se han considerado como sagrados, y á cumplirlos con esmero dirigémos todos nuestros afanes.

Cualesquiera que sean los motivos de enojo que tengamos con una persona que se hospeda en nuestra casa, no se lo demostraremos ni por medio de palabras ni de señales exteriores de disgusto.

A nuestro huésped le dispondremos la habitación mas cómoda, y pondremos en ella los muebles que considerémos que pueda necesitar.

Procuremos estudiar sus usos y costumbres para conformarnos con ellos, y hagamos de manera que tenga en nuestra casa una absoluta libertad.

Las personas muy obsequiosas que se empeñan en no dejarnos un solo instante de desahogo, solo consiguen aburrirnos y molestarnos.

Aunque el huésped haya traído su criado, pongámos los nuestros á su disposicion, y aun á su criado procuraremos tratarle con mucha consideracion.

Si por una casualidad nuestro huésped cayese enfermo, le prodigarémos toda clase de auxilios y cuidados, disimulándole todo lo posible la incomodidad que nos causa.

Al separarse un huésped de nosotros, le manifestarémos nuestra pena por su partida, y le instaremos para que vuelva, acompañándole hasta la diligencia.

Durante el tiempo que permanezca con nosotros, procuraremos obsequiarle en cuanto permiti-

tan nuestras fuerzas, y enseñarle todas las cosas notables que existan en la ciudad.

Si pasado el tiempo necesario para recibir carta suya no la tuvieramos, debemos escribirle, suponiendo que no habra podido hacerlo, ó que la carta se ha estraviado.

Nunca neguemos asilo en nuestra casa á un desgraciado que viene á implorarlo.

Nunca tampoco despedamos con palabras duras y groseras al mendigo que llega á nuestra puerta para pedir una limosna. Si no podemos darle mas, demosle palabras suaves y consoladoras.

Las reglas del que se hospeda en casa ajena pueden aplicarse á los que viven en casas de huéspedes, aunque de ninguna manera con la misma severidad.

Sin embargo, el no molestar nunca á nadie debe ser el principal objeto del hombre de buena educacion y finos modales.

Cuando convidemos para cualquiera diversion á nuestros amigos, no dejemos tambien de convidar al huésped ó pariente que acabe de llegar á su casa.

El que hospede á un forastero, lo participará á sus amigos, y éstos se hallan en la obligacion de hacerle una visita.

CAPÍTULO XVII.

DE LOS REGALOS.

La generosidad no consiste en dar, sino

en saber dar à tiempo. A veces un regalo inoportuno, en vez de agradecimiento, produce incomodidad. Para hacer un regalo se necesita un tacto esquisito y suma delicadeza, sobre todo cuando se hace à personas que puedan necesitarlo.

Los presentes se hacen à los amigos al regresar de algun viaje, en los dias que se cumplen años, en el dia del Santo y por Pascuas.

El dia primero del año ofrece una ocasion muy oportuna para obsequiar à los que nos han hecho un servicio, à los superiores y à las señoras de nuestro aprecio.

Es tambien ocasion oportuna en las épocas de recoger las cosechas, si tenemos haciendas, pues está muy bien admitido enviar à sus conocidos frutas, flores ó piezas de caza.

Es asimismo un presente delicado ofrecer los productos de nuestro ingenio, como alguna labor primorosa, un dibujo, etc.

Cuando queramos hacer un regalo, aunque lo tengamos que comprar en el punto en donde estemos, pretestarémos que nos lo han enviado de nuestro pais, y cuando tengamos que dar cosas de utilidad à personas que lo necesiten, hagámoslo con tales miramientos que casi pueda creerse que somos nosotros los favorecidos.

Es absolutamente indispensable tener en cuenta para hacer un regalo, que sea acomodado à los gustos, à la edad y al estado del sujeto à quien se destina.

Para que los regalos esciten la sorpresa y el placer, es preciso no anunciarlos.

Cuando hayamos presentado nuestro regalo y hayamos recibido las gracias, procuremos no

volver á hacer recaer la conversacion sobre el particular, pues seria encarecerlo.

A veces es mas fineza obsequiar á una persona, haciéndolo á su esposa ó á sus hijos, y este es un medio delicado para no ofender la susceptibilidad de los que sufren escaseces.

Lo repetimos: nada exige mayor tacto que el dar, pues haciendo alarde de nuestros dones, ó humillando al que los reciba, perdemos todo el mérito de nuestra buena accion.

Por poco que nos guste el objeto que nos regalen, manifestaremos sorpresa, alegría y agradecimiento, pues la intencion siempre es la misma.

Seran mas finos los elogios que prodiguemos al objeto recibido, cuanto mas tiempo haya pasado desde que está en nuestro poder.

Cuando recibamos un servicio, no haremos á la persona que nos lo ha prestado un regalo, pues pareceria que era recompensarle, y para hacerlo dejaremos que transcurra algun tiempo.

Tampoco el que se ha hospedado en casa de un amigo debe, al regresar á la suya, enviar á éste ninguna clase de regalo, pues seria ofenderle.

Jamás se vuelven á dar los regalos que se reciben.

El obsequiado, además de manifestar alegría, debe reñir amistosamente al que le obsequia por la molestia que se ha tomado.

En todas partes cuando se recibe un regalo se hace una visita de agradecimiento al que lo ha hecho, ó si está lejos, se le escribe una carta.

Tambien es sabida la costumbre de dar una ratificacion al portador del regalo.

Nunca provoquemos un regalo con elogios ó alusiones indirectas.

CAPÍTULO XVIII.

DEL ESTILO EPISTOLAR.

Una carta no es otra cosa que una conversacion escrita, y debe emplearse en ella un estilo fácil, natural y sencillo. Sin embargo, como el que escribe tiene mas tiempo para reflexionar, conviene que las ideas espresadas estén ajustadas á las reglas gramaticales.

Las cartas de amistad son dictadas por el afecto y no puede marcarse su estension; pero las de negocios deben concretarse al asunto de que se ocupan.

El inferior no dará nunca al superior el título de amigo, y lo mismo hara éste con respecto al primero, si la línea social que los separa es muy pronunciada.

La letra ha de ser clara, y si es posible elegante.

Las faltas gramaticales y las de ortografía dan mala idea de la educacion de las personas que incurren en ellas.

El papel que ha de emplearse será tanto mas fino cuanto menor sea la confianza que se tenga con la persona á quien se escribe.

La fôrma interior de la carta está sujeta á las reglas siguientes:

4.^a Al principio del papel, y hácia el lado

derecho, se pone la data. 2.^a En la línea siguiente, y hacia el lado izquierdo, se pone el nombre de la persona á quien se escribe, precedido de la palabra *señor* ó *señora*. 3.^a En la línea siguiente, y precisamente debajo, aunque dejando algun espacio hácia la izquierda, se pone el nombre del lugar en que aquella se encuentra. 4.^a Dejando una línea en blanco, y un espacio mas ó menos ancho hácia la izquierda, se ponen las palabras: *Muy señor mi*, si es de etiqueta, y *Mi querido amigo*, si es de amistad.

Cuando se escribe una carta en papel de esquelas, la data se pone despues de la firma y hácia el lado izquierdo.

Las cartas han de estar cerradas y selladas con cierto gusto y delicadeza, pues esto dara buena idea de nuestra educacion.

Es sobremanera grosero el no contestar oportunamente á una carta. Si ésta fuese de naturaleza reservada, remitirémos la contestacion por el mismo conducto por el cual la hemos recibido.

Las enmiendas no están admitidas en las cartas, porque además de ensuciarlas, demuestran la ignorancia ó poca costumbre del que las escribe.

Aunque el papel deba siempre ser fino, sin embargo, los papeles muy historiados y perfumados dán una idea del carácter fútil del que la escribe.

Una elegancia severa es la que mejor sienta á todas las edades y posiciones.

Generalmente el papel mas propio es el que lleva impresas con estampilla en la primera cara las iniciales del nombre del que la escribe, y su

escudo de armas si lo tiene.

Se ha extendido tanto el uso de los sobres, que estaria mal visto doblar la misma carta.

Siempre que se escriba una carta, el plieguecito de papel ha de ser entero, aunque no escriban mas que algunas lineas.

Las cartas, como hemos indicado en otro lugar, dan tiempo á la meditacion; por consiguiente, cualquiera espresion ofensiva ó de dudosa interpretacion hará muy mal efecto á la persona á quien va dirigida, y por lo tanto es preciso medir bien las palabras y espresarnos en un estilo siempre claro.

El estilo afectado y retumbante solo es disculpable entre dos amantes, pero es preciso deterrarlo para los amigos y las personas de confianza.

Si tenemos muchos asuntos de que tratar en una misma carta, empezaremos por el mas importante.

Es útil y cómodo formar nuevo párrafo aparte siempre que se vaya á tratar de un asunto diverso.

No se deben abreviar las fechas ni los nombres.

En un simple billete se suele poner tambien el dia de la fecha, como: *Hoy lunes.*

Las obleas mas elegantes son las mas pequeñas y lustrosas. El lacre tiene mayor solidez, aunque ofrece menos garantias contra la indiscrecion, que las obleas de goma.

Los sobres se usan grandes y cuadrados para las cartas de etiqueta, medianos para las de negocios, estrechos y largos para las elegantes, y

muy pequeños para los billetes y tarjetas.

Para meterlas en los primeros se dá á las cartas un doblez cruzado en todas direcciones, y lo mismo para las segundas. Las dos últimas llevan dos dobleces al través.

Las cartas deben sellarse con un escudo de armas ó con una cifra.

Las de recomendacion, si han de ser entregadas en persona, no se sellan.

CAPÍTULO XIX.

DE LOS DEBERES RESPECTIVOS.

—
La urbanidad es el resultado de mucho buen juicio, de cierta dósis de buen carácter, y de renunciar un poco á sí mismos por consideracion á los demás.

Lord Cherstelfield.

DEBERES ENTRE PADRES E HIJOS.

Ya hemos establecido en otra parte los deberes entre los padres y los hijos, deberes imprescindibles, los primeros que estamos obligados á cumplir, por gratitud, por naturaleza y por religion.

ENTRE ESPOSOS.

Las relaciones conyugales son las que exigen mayor suma de prudencia, delicadeza y de-

coro, para que hagan agradable aquel nudo, que solo la muerte puede desatar.

De la buena armonia entre esposos depende la futura felicidad de los hijos, sus virtudes y su esquisita educacion. ¿Qué ejemplo pueden ofrecer á los tiernos niños dos esposos rencorosos y desavenidos? ¿Qué lecciones imprimirán en sus tiernas almas las escenas de furor y rabia que amarguen todos sus instantes! ¡Ah! por ellos, por esos tiernos planteles que han de ser algun dia el adorno del jardin de las virtudes, deben los esposos moderar sus encontradas pasiones, sus hábitos groseros y sus ridiculas estravagancias. ¡Ay de aquellos infelices niños á quienes una esposa resentida incita á odiar á su propio padre? ¡ay de aquellos á quienes el orgulloso marido enseña á despreciar á su desgraciada madre! Esos niños necesitan tener el instinto de los ángeles para sacar á puerto de salvacion la nave de sus futuras virtudes.

El esposo y la esposa, pues, por sí mismos, por Dios, y por esos tiernos arbolitos confiados á sus cuidados, han de ofrecer siempre en el interior de su casa un dulce cuadro de amor, paz y concordia,

Para conseguirlo, el hombre debe manifestarse siempre atento, afable y condescendiente para con su esposa, y sean cualesquieran sus disgustos y sus contrariedades en el hogar doméstico, jamás permitirse ninguna palabra que pueda ofender su dignidad y su amor propio. Si cometiese alguna falta, sean la dulzura y las prudentes amonestaciones los correctivos, y nunca escoja para demostrarla la inconveniencia de su

proceder las horas en que estén rodeados de testigos importunos. La mujer que ve ajado su amor propio con esta falta de consideracion, casi nunca se enmienda, porque el orgullo se lo impide. No olvide jamas el hombre que ha de ser el mentor y guia de su esposa, á quien la delicadeza de su sexo pone bajo su proteccion; pero que si tiene obligacion de instruir y aconsejar, nunca la tiene de erigirse en tirano, déspota y voluntarioso.

La mujer por su parte debe revestir todos sus actos de aquella dulzura, de aquella prudencia, de aquella esquisita sensibilidad de que la naturaleza ha dotado á su sexo, y corresponder al amor y á la consideracion de que la rodea su esposo, haciendo que encuentre siempre á su lado satisfaccion y contento en medio de la prosperidad, consuelo en la desgracia, y estimacion y respeto en todas las situaciones de la vida.

La mujer que pr pale por todas partes los defectos y ridiculeces de su marido, y se lamenta de ellas hasta con sus criados, no merece el dictado de persona fina; y mayor culpa le cabrá en este proceder al hombre, pues por la mayor dignidad y energia de su carácter, está obligado á ocultar con mayor empeño los pequeños lunares que desluzcan á la compañera de su vida.

Pero si es ridiculo y grosero este proceder, tambien lo es cuando los esposos ofenden la moral y el decoro, haciéndose en público demostraciones de preferencia y de ternura, hablando á solas detenidamente, ó apareciendo siempre el uno al lado del otro en las visitas y reuniones.

Estas zalamerias nada añaden al afecto que

se han de profesar los esposos, y los hacen ridículos en sociedad.

ENTRE SACERDOTES V SEGLARES.

Son tan puras y tan eminentemente sociales las sublimes doctrinas del Evangelio, que el sacerdote, revestido del alto carácter de practicarlas y enseñarlas, debe por precisión portarse con dignidad y decoro, de modo que sus modales, palabras y acciones, sean tan cultas y delicadas, que jamás puedan ofender al pudor ni à la modestia.

El tribunal de la penitencia es el sitio en donde el sacerdote necesita desplegar todo su talento, toda su finura y tolerancia. Su lenguaje será siempre dulce, consolador y caritativo, atrayendo las almas al camino de la virtud por medio de la persuasión y la ternura, sin emplear jamás la acritud ni la dureza.

Los sacerdotes son los médicos de las almas, y es indispensable que se hallen siempre prontos à acudir en auxilio de los que sufren, sin que se lo impida ni el desatender à sus comodidades propias, ni el no conformarse con los usos establecidos. Su constante guía ha de ser su conciencia y el exaltado amor à sus hermanos, y siguiéndolo con firmeza, honrarán su sublime ministerio.

Los seglares deben considerarle como à un superior y à un padre, y tratarle con consideración y respeto.

ENTRE MAGISTRADOS Y PARTICULARES.

La ley y la conciencia son el único norte del magistrado; pero su severo ministerio ha de ser templado por la caridad, las atenciones sociales y la dulzura.

Aun el desgraciado que ha cometido crímenes espantosos tiene derecho à su consideracion, pues jamas le es permitido faltar à los deberes que la humanidad le impone, ni tratar con desdago y altanería à los que recurren à su proteccion.

Los particulares por su parte deben tratar con respeto à los que son representantes de la ley, y no injuriarlos ni resentirse si la justicia los despoja de los bienes à los cuales se creían acreedores.

ENTRE SUPERIORES E INFERIORES.

Los superiores jamás han de abusar de la favorable situacion en que los coloca la suerte, para deprimir à los desgraciados que tal vez reunen mil circunstancias para ser acreedores à los beneficios de la fortuna que à ellos les sonríe.

Cuanto mas alta sea la categoria del superior, mas amable, deferente y considerado se mostrarà con sus inferiores, y lejos de portarse como un despota tirano, procederà siempre como un bienhechor y como un padre.

El inferior por su parte cuidará de no pasar nunca la línea que le ha marcado la suerte ó los merecimientos entre él y el superior, y sean

cualesquiera las prendas de que se crea adornado, nunca olvidará su propia categoría, ni la del que tiene derecho de mandarle.

No propasarse nunca es el mejor medio de conservar su lugar y guardar su propio decoro.

Pero no confundamos nunca el respeto con el servilismo y la adulación.

El que hace la corte al poder, se rebaja y se enviece, y jamás será imitado por el hombre digno y bien educado.

ENTRE ABOGADOS Y CLIENTES.

El abogado ha de poseer un fondo inagotable de bondad y tolerancia, para que pueda ser siempre cortés con sus clientes.

Estos, al hallarse empeñados en un litigio, se ocupan incesantemente de él y fastidian al abogado con inútiles relatos.

Es preciso, pues, que se arme de paciencia, para no responder con descortesía á los que han depositado en él su confianza.

Cumple á los clientes no abusar de la tolerancia de los abogados, haciéndoles perder un tiempo preciso con inútiles consultas.

ENTRE MÉDICOS Y ENFERMOS.

Lo que hemos indicado acerca de los sacerdotes, diremos con respecto á los facultativos. Su misión al emprender tan espinosa carrera, es sacrificar sus comodidades y aun sus horas de solaz y de reposo al alivio de los que

sufren. Mas que ningun otro individuo de la sociedad, el médico esta obligado á atender en primer lugar á su conciencia, y á no dejarse estraviar de la vil pasion del oro, pues de su estravio pende lo que el hombre tiene de mas precioso en el mundo, que es su salud.

Es indigno ver á un médico especular con los enfermos, y contar sus ayes de agonía por las monedas que ha de recibir. El que abusa asi de las lagrimas y la desgracia, es el último de los hombres.

La medicina es un sacerdocio, y los que están llamados á ejercerlo deben acercarse al altar con el alma llena de abnegacion, de fé y de ternura. Los médicos, pues, han de ser reservados como los confesores; dulces, afables y caritativos como ellos; porque una palabra de bondad y de esperanza devuelve á veces mejor la salud á un cuerpo enflaquecido, que el mejor medicamento.

En el dia, que hay tantas opiniones diversas en medicina, tantos sistemas y, por decirlo asi, tanto ateismo en sus creencias, en que cada particular se juzga juez competente para resolver cuestiones que la ciencia no ha alcanzado á descifrar, deben los enfermos elegir con maduro examen el método que mayor fé les inspire, y luego entregarse en manos del médico á quien elijan con confianza, y tratarle con toda la atencion y miramientos que son debidos á los que han encanecido en los estudios y han de tener por precision mas conocimientos que nosotros.

Considerémos que su tiempo es preciso, y

no se lo robemos con vanas lamentaciones é inútiles preguntas. Al entregarnos en sus manos, hagámoslo confiadamente, y si los resultados no correspondiesen á sus esperanzas, pensamos que la naturaleza á veces no se presta con docilidad á seguir las prescripciones de la ciencia, y que no estamos en ningún modo autorizados para llenar de reproches y hablar mal del que ha empleado todo su saber en nuestro alivio.

El médico, sin emplear para ello un lenguaje oscuro, necesita atender mucho al decoro del lenguaje, y buscar las espresiones mas decentes al tratar de enfermedades y partes del cuerpo que no lo sean, principalmente cuando habla con una señora. El médico que olvidase esta suma delicadeza de lenguaje, aunque fuese un hombre eminente en la ciencia, no tendria ningun partido, sobre todo entre el bello sexo.

En las enfermedades graves, cuando los medicamentos no surtan el efecto deseado, será el primero en solicitar la cooperacion de otros profesores.

Cuando la muerte es inevitable, es preciso que el médico proceda con mucho tacto y finura para preparar el enfermo y la familia á tan duro trance, procurando dirigirse para ello á la persona menos interesada en la catástrofe inevitable. Es de su deber advertir á la familia en el momento en que crea que el enfermo necesita los auxilios espirituales, pues podrian hacérsele justos y severos cargos si obrase de otro modo.

Tambien es reprehensible que un médico abuse del angustioso estado del enfermo haciéndole

inútiles visitas, pues este proceder demostrarla su sórdido interés y su avaricia.

ENTRE LOS PRECEPTORES Y LOS PADRES DE SUS ALUMNOS.

La persona que recibe de un padre la alta misión de enseñar y moralizar á su hijo, contrae imprescindibles deberes de mostrarse acreedor á esta confianza, y su conducta ha de ser tan moral, digna y delicada, como noble es la misión que se confia á su virtud y á la cultura de su ingenio.

Le es indispensable, pues, corresponder con agradecimiento á la confianza que han depositado en él los padres, y mostrarse amable y complaciente en cuanto no rebaje su dignidad.

Los padres, á su vez, haciendo abstracción del interés material, que nunca debe entrar en cuenta para las almas nobles, se mostrarán altamente reconocidos á los afanes y desvelos que el preceptor consagra á sus hijos.

Un padre no tiene ningun derecho para reconvénirle por actos que están autorizados por los estatutos, la disciplina y prácticas generales que el preceptor haya ya establecido, pues cumpla á su buen juicio haberlo reflexionado antes.

En un establecimiento de enseñanza no puede haber otras distinciones que aquellas que están fundadas en la virtud y el mérito.

Segun esto, lá mediacion de los padres para que se premie á los niños, ó librarlos de

las prudentes y provechosas correcciones que se les impongan, son exigencias ridículas, que siempre redundan en perjuicio de los mismos hijos.

ENTRE LOS GEFES DE OFICINAS PÚBLICAS Y LAS PERSONAS QUE ENTRAN EN ELLAS.

El gefe de una oficina pública tiene una imprescindible obligacion de recibir con afabilidad à cualquiera persona que solicite audiencia, y escitarla á que tome asiento. Pero no tiene precision de ponerse de pie, como no sea una señora ó un amigo.

Los que entren en una oficina pública se abstendrán de tomar asiento, como no se les indique, y no se acercarán á ningun bufete, de modo que puedan leer los papeles que haya encima de él, pues esto sería una imprudencia muy grande.

Deben retirarse lo mas pronto posible, y hacer un saludo al oficinista desde la puerta.

ENTRE ARTISTAS, AUTORES Y EL PÚBLICO.

Si para ser agradables en sociedad necesitamos prescindir de nuestros asuntos personales, ¡cuánta mas razon deberán los artistas y autores refrenar su entusiasmo y guardar las confiancias de su inspiracion únicamente para sus mas íntimos amigos!

Generalmente se cree que los artistas son celosos. Para evitar esta acusacion, y conservar el derecho de decir su parecer, deben alabar con calor lo que les parece bien, y criticar sin acritud lo que les parece mal.

Estas observaciones se dirigen igualmente á los autores, los cuales además tienen que evitar otro escollo, y es que se les pueda acusar con justicia de pedantería.

Será, pues, objeto de su constante estudio el reprimir constantemente su deseo de recitar sus composiciones y ocuparse de sus triunfos.

Corneille, decia J. Racine á sus hijos, hace versos mucho mejores que los míos, y sin embargo nadie los mira, porque fatiga á todo el mundo con su lectura. Yo por el contrario nunca hago referencia á ellos en mi conversacion, y procuro tratar solo de cosas agradables con los que me rodean. En una palabra, yo empleo mi talento no en darlo á conocer, sino en hacer que brille el de los otros, y este proceder me concilia al mismo tiempo su aprecio y su respeto.

Difícil y muy difícil es llevar á cabo esta abnegacion del amor propio; pero dice una mujer de genio, Madama Stael, que donde hay fuego brilla, y la graciosa sencillez de lenguaje del que posee un verdadero talento, le hará notable en todas partes.

Estos consejos se dirigen principalmente á las señoras iniciadas en las artes y la literatura, porque están mas espuestas á ser objetos de mordacidad para el vulgo.

Mas si los que cultivan las artes y las letras tienen obligacion de sacrificar su amor propio á las exigencias sociales, cumple á los demás hablarles de sus obras y cumplimentarlos por sus triunfos. Si no hemos leído alguna de sus producciones, se la pediremos prestada con empeño, y cuando se la devolvamos, citaremos pasages de ella para hacerle ver que la hemos leído.

Cuando un artista ó un escritor obtiene alguna distincion honrosa, sus amigos y conocidos se apresurarán á darle la enhorabuena; así como el autor que publica una obra, esta en la obligacion de enviar un ejemplar á las personas de su mayor estimacion.

En ese caso, los ejemplares llevan en la parte superior de la primera hoja de la cubierta, algunas palabras cariñosas firmadas por el autor.

Cuando se trata de dedicar una obra á la reina ó al rey, es menester escribir al funcionario de palacio á quien corresponda para saber si la admiten. Si la aceptan, por lo regular el autor es admitido á presentarles su obra, y entonces les dará rendidamente las gracias por esta distincion.

ENTRE LAS PERSONAS QUE EXIGE UN SERVICIO,
Y AQUELLA Á QUIEN SE EXIGE.

El hombre delicado cuando se ve obligado á solicitar el favor de otro, se dirige siempre á sus amigos mas íntimos.

Las exigencias indiscretas no son propias de gentes bien educadas, y nunca nos propasarémos á pedir lo que ha de costar un sacrificio á la persona á quien se pide.

Justo es agradecer y demostrar su agradecimiento á los que se incomodan por complacernos.

A la persona á quien recientemente se ha hecho un servicio no se le puede exigir otro sin faltar á la delicadeza.

La que está en el caso de acceder á nuestra petición y nos sirva, lo hará con tal delicadeza que parezca cumplir un deber, ó se excusará con razones sólidas, mostrando su imposibilidad de satisfacernos.

El que encarece y echa en cara un servicio, libra del agradecimiento á quien lo recibe, y muestra que es muy poco amable y delicado.

Nada hay mas innoble que hacer un servicio por el interés de verlo recompensado, ni nada mas grosero que abusar de la posición de aquel á quien se ha obligado.

ENTRE NACIONALES Y ESTRANGEROS.

El que se encuentra en un país extraño, lejos de su casa y su familia, es acreedor á que los hombres civilizados se ocupen de servirle y procuren hacerle mas tolerable su aislamiento.

Es una vulgaridad odiosa el negar á un extranjero un trato afable y generoso, y no auxiliarle en cuanto necesite.

La distinción entre nacionales y estrange-

ros tan solo deja de ser odiosa en cuanto es indispensable para la prosperidad de las diferentes naciones; pero la animosidad de reino á reino, y de provincia á provincia, nunca puede ser individual.

La galantería que deben observar los naturales con los extranjeros, estriba en elogiar con oportunidad y delicadeza todo lo concerniente al pais ageno, y escusar lo que haya en él de vituperable.

Tanto los unos como los otros, tendrán especial cuidado de no echarse en cara el atraso de sus respectivos paises, y no empeñar ninguna discusion relativa á usos y costumbres, que hiera el amor propio del contrario.

CAPÍTULO XX.

DE NUESTROS DEBERES RESPECTO Á LOS POBRES,
Á LOS ENFERMOS Y Á LOS DESGRACIADOS.

La urbanidad y la caridad
son casi dos sinónimos.

D.....

Lo he repetido muchas veces durante el curso de esta obra: la urbanidad encierra una mision mucho mas dulce y mas suave que la de dar elegancia á nuestras maneras é iniciarnos en las prácticas escogidas de una sociedad de buen tono.

Su tendencia es mucho mas moralizadora,

y sus beneficios morales de una trascendencia mucho mas importante, pues trueca à todos los individuos de la gran familia humana en hermanos, y apaga la abrasadora tea de la discordia, atizada por la groseria y la ignorancia. Ella es la que nivela al rico y al pobre por medio de la caridad y la benevolencia; ella es la que consuela al enfermo, que se revuelca en su lecho de dolor, y atrae a su lado à los felices de la tierra, los cuales abandonan gustosos sus placeres para enjugar las lagrimas del que sufre; ella es, por último, la que une al sabio y al ignorante por medio de la tolerancia, y la que realiza los sueños de bella fraternidad que predicaban los filósofos modernos.

¡Dichosos los que se someten à su imperio! ¡Dichosos los que acatan sus leyes suaves y civilizadoras! ¡Dichosos, en fin, los que saben cubrir todas sus acciones con ese mágico velo que las presta encantos tan bellos y seductores!

Cuando la urbanidad forma una dulce comunión con la beneficencia, toma proporciones tan sublimes que es preciso acatarla de rodillas, porque los beneficios quedan realzados por la mas esquisita delicadeza. Entonces es mayormente cuando se envierte en virtud, y en virtud la mas bella y provechosa, pues trueca à los hombres en ángeles de consuelo de los que ignorados lloran.

Dichosos, repito, los que se entregan à su benéfico influjo, porque hallarán en su misma conducta, en sus mismos sacrificios, la mas suave y digna recompensa.

En efecto, ¿puede haber nada que nos reporte un placer mas puro que esparcir paz, bienestar y consuelo, en el asilo donde moran la desesperacion y el infortunio! ¿puede haber nada mas grato para un alma noble que el espectáculo de la felicidad agena, comprada con el ligero sacrificio que ha hecho de algunos inútiles caprichos! ¡Ah! ¿seamos siempre benéficos y compasivos! ¿pensemos que algunas horas pasadas en la intolencia pueden servir de consuelo y alivio á los enfermos tristes y abandonados! ¿pensemos que la privacion de algunos objetos insignificantes, pueden dar pan á una familia hambrienta! ¿pensemos, ¡ah! pensemos que los únicos placeres que jamás aburren, que jamás dejan en el alma un sabor de amarga hiel, son los que nos proporcionan el cumplimiento de nuestros deberes y las bendiciones de los infelices á quienes hemos arrancado, si quiera por algunos instantes, á su horrible desventura!

Tiernas alumnas mías, amantes jovencillas, á vosotras en particular me dirijo, porque vuestra mision es de paz, de amor y de ternura: sed benéficas y compasivas, no rehuysis jamas el ir á consolar al enfermo, no rechazéis con dureza al pobre desvalido, ac sumbraos desde la infancia á desprenderos de lo supérfluo, para darlo á los que estan hambrientos y desnudos.

Las migajas de pan duro que el pobre deja caer sobre la yerba, alimentan á muchos pajarillos; ¡las sobras de los ricos pueden alimentar á muchos infortunados!

No olvideis que una sencilla diadema de flores puesta entre vuestros cabelos, os hará mas

hermosas que un espléndido brillante; y preferid á los objetos de un lujo immoderado, el poderos adornar á los ojos del mundo con un collar de suaves beneficios.

No olvideis que Dios ha dado á vuestra alma una sensibilidad mas exquisita, á vuestros ojos una mirada mas tierna, á vuestra voz una inflexion mas dulce para que pudiérais poner por obra sus divinos decretos, y ser los faros de luz, consuelo y esperanza que guien á los infelices al través de las penalidades de la vida.

Sed benéficas y compasivas, tiernas amigas mias, y Dios os dará sus bendiciones, y el mundo inclinará respetuosamente la cabeza á vuestro paso.

Con cuanto acabo de decir queda demostrado cuáles son nuestros deberes con respecto á los pobres, á los enfermos y á los desgraciados; pero el asunto es de tal importancia que voy á añadir todavia algunas observaciones.

Cuando alguno de nuestros amigos esté enfermo, enviaremos todos los dias á preguntar por su salud, si es que no tenemos bastante confianza para ir en persona.

Las visitas que se hacen á los enfermos cuando no se puede servir de ninguna utilidad, han de ser cortas y silenciosas.

Si el enfermo ó el que le asiste nos habla detalladamente de su enfermedad, lo escucharemos con interés y procuraremos infundirle esperanza.

Nunca diremos á un enfermo que hallamos sus facciones alteradas, ni le haremos preguntas que puedan alarmarle.

Cuando la enfermedad ha pasado á ser crónica, lo mas conveniente es no hacerle preguntas indiscretas, y procurar por lo contrario divertirle y distraerle.

Nada es mas imprudente y absurdo que la conducta de aquellas personas que refieren á los enfermos otros casos análogos al suyo, cuyos pacientes han sufrido muchos años ó han sucumbido á su dolencia.

Esto es al mismo tiempo falta de bondad, de juicio y de tacto, y sin embargo hay muchas gentes que incurren en ella, porque no meditan bastante sus palabras.

Lejos de esto, debemos hacer olvidar en cuanto sea posible sus males á los que están enfermos; así por ejemplo si salimos con uno que se cansa, diremos que nos fatiga ir muy de prisa, si estamos con uno á quien haga daño la luz, diremos que nos molesta, etc. Hay en la naturaleza humana un principio egoista y envidioso, que se desconsuela al verse privado del bien que disfrutaban los demás.

Preciso es ser tolerantes con los pobres enfermos, y aborrrarles toda clase de mortificaciones, porque su angustioso estado los hace ser mas susceptibles.

Si la enfermedad no está muy visible, y nos habla de ella el enfermo, asegúrele que no la hemos echado de ver.

Si se detiene mucho en sus promenores, no cambiemos de conversacion, porque esto le haria creer que nos importuna y que no nos interesamos por él.

Si se trata de una persona que tenga la

vista muy débil, le acercaremos los objetos sin afectacion y sin demostrarle que creemos que necesita de nuestro auxilio. Si se trata de uno que esté un poco sordo, no levantemos demasiado la voz, ni nos impacientemos de modo que le recordemos su desgracia.

Hay algunas personas que so pretexto de excesiva sensibilidad se alejan de los pobres enfermos. Esto no es sensibilidad, sino repugnante egoismo. Les que obren así, podrían engañar á los estúpidos, pero nunca se conciliarán el aprecio y la simpatía de las personas sensatas.

Pensemos que tal vez mañana seremos víctimas de la enfermedad que nos horroriza; y que ¡ay de nosotros si todos tuviesen esa misma esquisita sensibilidad de que hacemos un necio alarde.

La caridad es mucho menos difícil de ejercerse con los pobres, que con aquellos á quienes un revés de la suerte ha colocado en una situacion precaria y miserable. Para socorrer á estos últimos se necesita un tacto, una finura y sobre todo una abnegacion sin limites, para que el beneficio no degenera en injuria y no le hagamos un daño moral superior al que le hace la suerte.

Para dar en estos casos con finura, es preciso renunciar de antemano á la recompensa del agradecimiento, y hacer que nuestras dádivas aparezcan como el precio de un trabajo cualquiera, aunque para nosotros no tenga valor ni lo necesitémos.

Si nos convidasen á sus modestas comidas, las aceptaremos sin resistencia, y procuraremos

demostrar buen humor y apetito. Si nos hacen algun pequeño regalo, nunca nos mostraremos pesados por el temor de que les haya costado sacrificios.

No les hablemos nunca de su penosa situacion; pero si ellos nos la refieren, acojamos su confianza con verdadero interés y tierno afecto.

Nunca serán excesivas las consideraciones con que trataremos á los desgraciados, y cuanto mas procuremos honrarlos en publico, mas nos honraremos á nosotros mismos.

Si uno de estos infelices con quienes se muestra tan avara la fortuna, entrase en nuestra casa, en el acto en que estuviéramos recibiendo visitas, le daremos el lugar que le corresponde por su nacimiento y educacion, y le manifestaremos tanta deferencia, como á las demás personas que nos favorecen.

Por pobres que sean sus vestidos, no nos avergoncemos de saludarlos en la calle ó en cualquiera parte que los encontremos.

Sin embargo, como el objeto de este delicado proceder es no ofender su susceptibilidad, nunca los espondremos á hallarse en una sociedad que pueda hallarlos con el contraste de su lujo. Si salimos con ellos, nos pondremos nuestro mas modesto traje, para no avergonzarlos.

Procuremos no colocarlos jamás en el compromiso de presentarse vestidos pobremente en una reunion elegante, pues entonces parecerá que hacemos un vilísimo alarde de nuestra bondad sin tener en cuenta su martirio.

Mi tarea está ya terminada: ojalá correspondan los beneficios que produzca, á la verdadera fé y conviccion que me han inspirado cada una de sus páginas; porque en la senda del progreso que tan rápidamente recorreremos, el hombre llegará á ser ciudadano del mundo; y para serlo dignamente, necesita elevar la urbanidad á su último grado de perfeccion y cultura.

La urbanidad es una lengua universal, comprensible á todos los pueblos de la tierra, y el que la posea puede lanzarse sin temor hasta á las mas apartadas regiones, seguro de que por do quiera será amado, respetado y bendecido.

Aun los pueblos mas incultos profesan casi una fanática idolatría hácia los hombres de modales distinguidos, y los rodean de atenciones y respeto: por lo tanto podré concluir diciendo: *que la urbanidad es una moneda de valor inmenso, qua circula por todos los ámbitos de la tierra.*

FIN DEL MANUAL.

APÉNDICE.

DEL ARTE DE TRINCHAR, Y DEL SERVICIO DE LA MESA.

La costumbre, ya muy generalizada, de sacar los manjares ya trinchados en grandes fuentes, ha quitado su importancia á este arte, que en tiempos anteriores formaba una parte muy esencial de la buena educacion de un jóven destinado á brillar en sociedad.

Aunque en el dia no sea de tanta utilidad el aprender este arte, sin embargo, nunca debemos rehuir el saber hacer aun las cosas que aparezcan mas indiferentes, porque podriamos hallarnos en un compromiso, y avergonzarnos al no salir airosos de nuestro empeño.

El que sabe trinchar piezas grandes, sabrá dividir con primor las pequeñas porciones que ha de comer, y esto dará siempre reace á su finura.

Vamos, pues, á establecer algunas reglas jenerales, empezando por los—

CUADRÚPEDOS.

Para la diseccion de la falda, se quitan desde luego los huesos y los nervios, y se corta por la hebra en lonjas transversales.

El lomo asado se parte á lo largo de la hebra.

TERNERA.

Distinguese en la ternera: 1º. la lonja, que se

divide en cuadros con el riñon; 2º. la cabeza; 3º. la landrecilla, la tapa y el hígado.

En primer lugar se desprende el lomo y el riñon, y se divide en porciones iguales. Despues se van cortando las costillas, cuidando de no dejarlas descarnadas.

La diseccion de la cabeza es una de las cosas que exige mayor esmero, porque es muy difícil hacerlo con limpieza.

Las partes de ella que son mas estimadas, son las quijadas, las sienés y las orejas, y tambien son muy exquisitos los sesos. Estos se sirven con una cuchara.

CARNERO.

Las partes de este cuadrúpedo que se aderezan en asador, son el cuarto formado de las costillas y del solomo, los cuartos traseros y la espaldilla.

Se divide el cuarto como el de la ternera, desprendiendo el riñon y el solomo.

La diseccion de los cuartos traseros se hace en esta forma: se toma el cabo con la mano izquierda, y empuñando el cuchillo con la derecha, se cortan lonjas perpendiculares, desde la juntura hasta el hueso, haciendo lo mismo por encima que por debajo.

La porcion mas delicada de la pierna es el solomo.

Hay poca diferencia entre el modo de cortar la espaldilla y la pierna.

Se toma el hueso con la mano izquierda, y se cortan perpendicularmente primero las carnes intermedias, y luego las que rodean el hueso.

Respecto á las carnes exteriores, se cortan en rebanadas horizontales, hasta dejar descarnado el hueso de la espalda.

CORDERO.

Se parte el cordero en dos partes iguales, abriéndole desde el principio del pescuezo hasta la cola, lo que se hace echándole el cuchillo sobre el espinazo: despues se vuelve á dividir cada cuarto en costillas iguales, ó sean sencillas ó dobles: se separan las piernas y se cortan en rebanadas.

Del mismo modo se parte el cabrito, del cual las partes mas delicadas son las del cuarto trasero, mientras las del cordero son las costillas.

CERDO.

La diseccion del solomillo se hace de la misma manera que la del cabrito y la vaca.

El jamon, que ordinariamente se sirve frio y adornado en su alrededor, se parte del modo siguiente.

Se toma con la mano izquierda el cabo, y se cortan trozos en línea perpendicular, empezando por el extremo opuesto al mango. Despues de haber hincado el cuchillo hasta el centro, se saca y se vuelve á meter horizontalmente, por debajo de los trozos que se han cortado para separarlos unos de otros.

Otro modo de partir el jamon, y este es el mas delicado, es cortarlo en rebanadas transversales, muy delgadas, á las cuales se deja la parte de grasa que naturalmente saquen en el corte.

LECHONCILLO.

La primera cosa que se hace es quitarle la cabeza, y luego se levanta el pellejo formando cuadros, y teniendo cuidado de que quede pegada alguna carne à cada trozo.

LIEBRE Y CONEJO.

Cuando estas dos piezas se presentan asadas se parten casi del mismo modo.

Se principia por levantar el lomo desde la estremidad anterior hasta las ancas, adelantando el cuchillo por càda lado en esta direccion, y se desprenden los lados, cortàndolos en diferentes pedazos transversales.

Luego se procede à cortar la parte carnosa de las ancas, y por ùltimo la cola, cuidando de no dejarla descarnada.

Esta es el bocado mas esquisito.

Si es un gazapillo, se le corta primero la cabeza, y se le divide al travès sin quitarle el lomo, de manera que éste y los lados queden reunidos.

JABALÍ.

La parte mas apreciada de este animal es la cabeza. Deshuesada ya y cocida, se divide horizontalmente en dos trozos, por encima de los colmillos. Despues se hacen lonjas ambas partes, y se unen los dos trozos por medio de dos agujas de lardear, para conservarlos en estado de aparecer en la mesa como el jamon.

DISECCION DE LAS AVES.

PAVO.

Se trincha de dos modos: el primero con-

siste en levantar un alon y un anca del mismo lado, y luego el alon y anca opuestos: se ponen las ancas aparte despues de haberlas dividido en dos trozos, y los alones se cortan y se hacen tajadas.

Hecho esto se levantan las pechugas, se divide el caparazon, y se parte en dos la rabadilla.

El segundo modo consiste en no trinchar todo el pavo. Por lo tanto se levantan las ancas con el caparazon, y despues de haberlas desprendido, se dá una cuchillada en el cuerpo por debajo de la rabadilla. Acto continuo se levanta ésta, y se forma con ella lo que se llama una mitra, procediéndose luego á trinchar la parte delantera.

Para desprender bien las ancas y los alones es preciso tener mucho cuidado en buscar con el cuchillo las articulaciones.

GALLINA, CAPON Y POLLO.

Para trinchar estas tres piezas se procede absolutamente del mismo modo.

Se levantan una despues de otra sus partes principales, y despues las pechugas. Hecho esto se separa el caparazon y se corta horizontalmente.

Se divide cada anca en dos pedazos, cada alon en tres, y el caparazon en cuatro. Se ejecutan estas operaciones prendiendo el ave y asegurándola con el tenedor, é introduciendo luego el cuchillo por las articulaciones. Cuando la parte pulposa ha quedado ya descubierta y desembarazada, se van cortando longitudinalmente en revanadas delgadas.

GANSO Y PATO.

El ganso se trincha por hebras ó tiras, desde la parte superior del estómago, cogiendo la carne de los alones y alargándose hasta la rabadilla: se quitan cuatro tajadas de cada lado, y si no bastan se quitan mas de las ancas y partes carnosas, y luego se dividen los huesos por las articulaciones.

Lo mismo se observa con respecto al pato. En la polla de agua, las estremidades de los alones son las mas delicadas.

LÁ CERCETA.

Si esta ave se saca cocida, se procede á trincharla del mismo modo que la polla; si se presenta asada, se divide en hebras ó tiras, las cuales se bañan en su mismo jugo ó en el zumo del limon,

PICHONES.

Si se presentan en salsa, deben servirse con la cuchara, y ofrecer á las señoras la parte que media entre ambas ancas, como la mas esquisita y estimada.

Si los pichones son asados, se dividen en dos ó cuatro partes.

Si se parten en dos, debe ser á lo largo, de modo que queden un alon y un anca á cada lado.

LÁ PERDIZ.

Nada notable ofrece el modo de trinchar una perdiz, pues como con las demás aves, primero

se levanta el alon y el anca de un lado, y luego los de la parte opuesta.

Lo único que merece observarse es que aunque el anca sea preferida por los gastrónomos, el alon se considera como mas delicado, y debe ofrecerse á las señoras, en defecto de la pechuga, que es el bocado mas esquisito y preferente en casi todas las aves.

BECADA.

Esta ave suele servirse sobre rebanadas de pan tostado, bañadas con su mismo jugo y zumo de limon.

Se trincha como se ejecuta con la gallina, y despues de haber levantado las cuatro partes principales, se corta transversalmente el caparazon en partes iguales.

CODORNIZ, ZORZAL, COJUGADA, FAISAN Y HORTELANO.

Estas aves nada ofrecen de notable en su diseccion. Ordinariamente se sirve el anca entera, ó cortada á lo largo en dos partes iguales.

El zorzal se divide levantando sus cuatro miembros principales, ó sea dividiéndolos á lo largo.

La cogujada se sirve sobre una tostada bañada con su propia grasa.

El horielano se sirve tambien entero.

El faisan se trincha como una gallina.

EL AVE FRIA, PARDAL Y POLLA CEBADA, Ú ORTEGA.

El ave fria se parte como el pichon en cuatro

partes, y el pardal se divide del mismo modo.

Con la ortega se procede como con el faisán.

DISECCION DE LOS PECES.

EL RODABALLO.

La carne de este pescado suele servirse con la trulla. Se echa una línea, que le divide en dos partes hasta la espina, y otra transversal, levantándose luego con la trulla, ó á falta de ésta con la cuchara en estas dos líneas.

Después de haber servido el vientre, que es la parte mas delicada, se levantan las espinas y se sirve el lomo.

Las señoras suelen ser muy aficionadas á las barbas de este pescado, y no se debe olvidar el ofrecérselas.

TRUCHA.

Nada hay tan delicioso como una trucha asalmonada.

Se sirve tambien con la trulla, trazando una línea desde debajo de la cabeza hasta la cola, y después otra línea transversal, y se levantan los trozos comprendidos en estas dos divisiones. Luego se vuelve el pez, y se sirve la otra parte.

Lo que se considera mejor en la trucha es el vientre.

EL BARBO.

Se tira igualmente una línea sobre el lomo, desde la cabeza á la cola, y otra transversal, y

despues se parten y sirven del mismo modo los pedazos contenidos entre estas dos líneas.

La parte mas delicada del barbo es la lengua y la porcion cercana á la cabeza.

CARPA.

A la carpa en primer lugar se le corta la cabeza, y siendo éste su bocado mas esquisito, se presenta á la persona de mas consideracion que haya entre los convidados.

Luego, con la trulla, se levantan el pellejo y las escamas, y se ponen aparte, procediendo en seguida á tirar una línea desde la cabeza á la cola, y otra transversal, sirviéndose los trozos contenidos entre ambas.

La parte mejor de la carpa es la carne que está cerca de la espalda.

EL SOLLO.

Al sollo se le corta la cabeza como á la carpa, y se ofrece tambien á la persona de mas respeto. Se tira igualmente una línea profunda, desde el principio de la cabeza hasta la cola, y ambos lados del pez se dividen y parten en líneas transversales, de manera que cuantos pedazos se levanten con la trulla participen del lomo y del vientre.

Cuando ya los convidados hayan dado fin con un lado, se dà la vuelta al sollo, y se hace con el otro lado lo que se ha hecho con el primero.

Las rebanadas de carne ó las porciones de

las aves se sirven con el tenedor auxiliado del cuchillo.

El pescado se sirve con la trulla ó con la cuchara.

Para servir un pastel se corta con el cuchillo la parte de pasta correspondiente al relleno que va à servirse, y todo ello se pasa al plato, por medio de la cuchara, cuidando de poner en éste la pasta sobre el relleno.

Todos los demás platos se sirven por medio del tenedor ó la cuchara, segun la naturaleza de cada uno.

Cuando es necesario auxiliar la cuchara, se hace con el tenedor, mientras que á éste se le auxilia con el cuchillo.

Debe tenerse mucho cuidado con la colocacion de las partes que se ponen en cada plato, pues han de estar colocadas de modo que tengan una apariencia agradable á la vista.

La sal y la salsa se toman con una cucharilla que acompaña siempre al salero y á la salsera; y el azúcar con unas pinzas que acompañan al azucarero. Sin embargo, la sal puede tomarse, á falta de cucharilla, con un cuchillo que aun no se haya empleado en ningun uso.

Jamás tomemos la comida de la fuente haciéndola pasar por la orilla del plato, ya sea que usemos para ello del tenedor y del cuchillo ó de la cuchara.

Cuando vayamos á servir de un plato à todos los circunstantes, tengamos presente el número de ellos, á fin de arreglar las porciones de manera

que no llegue á apurarse el contenido de un plato hasta que todos estén servidos.

Este cuidado, que parece insignificante, exige mayor tino y discurso del que pudiera creerse á primera vista, pues de la acertada distribución pende el que todos queden contentos y se luzca la comida.

Sirvamos siempre los platos con la delicadeza que es propia de la sobriedad que en todos debemos suponer, y seamos en esto todavía más escrupulosos con las señoras, para quienes sería un verdadero insulto un plato servido con exceso.

Siempre que nos toque servir á los demás, hagámoslo primero con las señoras y personas de mas respeto, y presentémosles aquellas partes de los manjares que sean mas agradables y mas fáciles de comerse.

Cuando hayamos de servir salsa á una persona pongámosla siempre á un lado, y nunca encima de lo que contenga su plato.

Al hacer circular un plato entre todos los circunstantes, cuidemos de poner en él un tenedor ó una cuchara, segun que el contenido del plato haya de tomarse con uno ó con otro.

Peró esto solo se acostumbra practicar en las comidas de confianza.

Cuando circule un plato comun, un caballero no se servirá á si mismo sin haber antes servido á la señora que tenga á su lado.

En este caso, los caballeros dejarán siempre para las señoras, y el inferior para el superior, las partes mas delicadas de las que contenga el plato que circula.

No nos sirvamos nunca demasiado de ningun

manjar. Aun en las mesas de familia, mas vale que nos sirvamos dos veces, que ofrecer á los otros la desagradable impresion que produce siempre un plato servido con esceso.

No pongamos nunca en nuestro plato á un mismo tiempo, ni sucesivamente, diferentes comidas que hayan sido preparadas para servirse separadamente.

Los lacticinios, almibares y compotas se sirven con cuchara.

Las tortas y demás preparaciones de harina con el tenedor ó el cuchillo.

Las frutas se presentan siempre mondadas.

Al higo se le quita la piel con el cuchillo y se presenta entero.

A las tajadas de melon se les quita la cáscara, y se sirven despues de haberles señalado con el cuchillo seis ú ocho divisiones, segun sea la longitud de la tajada, y lo mismo se practica con las de sandía, aunque este fruto nunca se presenta en las mesas que no sean muy familiares.

Las aceitunas se sirven con el cuchillo. Nada hay tan ridiculo como aquellas personas que se empeñan en pincharlas con el tenedor, y se esponen á verlas saltar á larga distancia.

Cuando nos sirvamos licor ó agua, ó sirvamos á una persona que esté situada á nuestra izquierda, tomemos la botella con la mano derecha; y cuando hayamos de servir á una persona que ocupe nuestra derecha, tomémosla con la mano izquierda, pues no debemos jamás servir el licor ni el agua sino por el lado de la botella donde tengamos puesto el pulgar.

No sirvamos el agua ó el vino de modo que

rebose de la copa: mas vale que falten algunos dedos que no que se vierta.

Si se nos sirve el agua ó el vino por otra persona, cuando nos parezca que el vaso contiene la cantidad suficiente se lo indicaremos por medio de palabras, ó alzando suavemente el cuello de la botella con el mismo borde del vaso. Y si somos nosotros los que servimos, lo haremos sin precipitacion para poder detenernos en el momento en que se nos avise.

Las señoras sobre todo deben mostrarse muy sóbrias con el vino: no permitir que las echen mucho y beberlo á pequeños sorbos.

Nada desdice tanto de la delicadeza de su sexo, como el uso de las bebidas fuertes, y es tanta la repugnancia que nos causa, tan desagradable la impresion que produce, que destruye enteramente con solo este acto la alta idea que hubiera podido inspirarnos su figura.

Así, pues, los que sirvan á las señoras vino ó licor, se abstendrán absolutamente de llenar su copa, pues seria ofender su natural comedimiento.

Sin embargo, hay muchas señoras que á pesar de su esquisita educacion se permiten el uso de los licores en un momento de alegría y de algazara; pero esto solo les es dado hacerlo muy en familia, y de todos modos un caballero nunca se proparará á instarlas demasiado.

Al servir vino de una botella que aun no haya sido decentada, pondremos antes en nuestro vaso algunas gotas, por sí hubiesen podido caer dentro al destaparla algunas partículas de corcho.

Al poner en una taza café ó cualquiera otro

líquido, nunca lo haremos de modo que pueda rebosar.

Si tuviésemos que poner azúcar en una taza de café, no lo probaremos jamás con la cucharilla para saber si está bien azucarado.

Cuando tengamos que pedir alguna cosa á la persona que está encargada de servir, siempre haremos que precedan á nuestra petición las palabras corteses de: *hágame usted el favor, tenga usted la bondad.*

Si el que sirve nos pregunta si queremos tomar de algún manjar, para servirnos, diremos: *si usted me hace el favor*, si estamos dispuestos á aceptar, y si no fuese así, daremos las gracias, acompañando nuestra negativa con una inclinación de cabeza.

Si alguna persona de entre los convidados nos hiciese alguna fineza de su plato, le responderemos con otra del nuestro, siempre que no hayamos principiado á comer, pues de otro modo sería una cosa muy grosera.

Es muy general que los convidados se hagan finezas entre sí, y esto prueba amabilidad y buena crianza; pero nunca lo haremos de las cosas suculentas, sino de las ligeras, los dulces y la fruta.

Los huevos se rompen por la punta, y luego al dejar la cáscara en el plato se le dá un golpe con el cuchillo para romperla.

Aunque se ha hecho bastante general, no es propio derramar el café de la taza en el platillo para que se enfríe y beberlo con este, por cuanto además de ser una costumbre fea, demuestra ansiedad é impaciencia.

El que sirve está muy espuesto á cometer

torpezas, y por lo mismo procederá con todo el posible aplomo.

Para evitar su propio bochorno, y el incurrir en el desagrado de los convidados, es preciso no cometer las faltas de hacer saltar los manjares solidos de los platos, ò derramar los liquidos ensuciando los manteles, y aun tal vez salpicando el vestido de los convidados.

Para evitar estas torpezas, el mejor guia y el mejor maestro es la práctica.

El que sirve no ha de tener preferencias sino por las personas mas caracterizadas de la reunion. Si su esposa ó una persona que le interese está en ella, se guardará estrictamente de distinguirla con una atencion marcada, pues esto es de muy mal tono.

Se cenirá á servirla con la misma amabilidad y con la misma finura que á los demás, y á lo sumo, por una vez ó dos, podrá particularizarse sin faltar á las leyes de la urbanidad.

El servir es indudablemente una tarea muy enojosa, y el que la desempeña tiene que resignarse con su mala suerte.

Así, pues, procurará hacerlo con inagotable paciencia y amabilidad, y como el servir á los otros le robará el tiempo para sí, abandonará su plato á los criados cuando los demás hayan concluido, para no dar lugar á que le esperen para mudar el servicio.

Tambien se guardará de comer muy de prisa, porque esto demostraria una avidez de mal tono.

Hé aquí, pues, reasumidas las principales reglas para trinchar y servir en la mesa con finura.

Estas reglas son indispensables para una per-

sona de buena educacion, pues la mesa, como hemos dicho en otra parte, es la piedra de toque que descubre los verdaderos quilates de nuestras cualidades.

Rara vez el gloton, el avaro, el bebedor, y sobre todo el hombre grosero, deja de abandonarse á sus instintos y descubrir su debilidad á los ojos de un observador entendido.

Para evitar este escollo, recordemos la máxima de que el hombre mas verdaderamente amable, mas verdaderamente generoso, mas verdaderamente delicado, será siempre el mas culto de la sociedad en donde se halle.

FIN DEL APÉNDICE.

INDICE

de las materias contenidas en esta obra.

Pág.

Introduccion.	
Capítulo primero.—Deberes del hombre para con Dios.	4
Capítulo segundo.—Deberes para con nuestros padres.	6
Capítulo tercero.—Deberes hácia la patria.	16
Capítulo cuarto.—Deberes para con nuestros semejantes.	20
Capítulo quinto.—Deberes para con nosotros mismos.	28

MANUAL DE URBANIDAD.

Capítulo primero.—Principios generales	38
Capítulo segundo.—Del aseo.	53
Capítulo tercero.—Del modo de conducirnos en casa.	62
Capítulo cuarto.—Del modo de conducirnos en la calle.	70
Capítulo quinto.—Del modo de conducirnos en el templo.	74
Capítulo sexto.—De los espectáculos públicos.	77
Capítulo sétimo.—Del modo de conducirnos en las casas de educacion, cuerpos colegiales, establecimientos públicos, tiendas y en los viajes.	78
Capítulo octavo.—Del modo de conducirnos en sociedad.	83
Capítulo noveno.—De las maneras.	104

Capítulo décimo.—De la propiedad en el modo de vestir.	408
Capítulo undécimo.—De las presentaciones y visitas.	413
Capítulo duodécimo.—De las diferentes especies de reuniones	426
Capítulo decimotercio.—Del juego,	447
Capítulo decimocuarto.—De los entierros, duelos y lutos.	454
Capítulo Decimoquinto.—Del matrimonio y del bautismo.	456
Capítulo decimosexto.—Deberes de la hospitalidad.	459
Capítulo decimosetimo.—De los regalos.	462
Capítulo decimooctavo.—Del estilo epistolar.	465
Capítulo decimonono.—De los deberes respectivos.	268
Deberes entre padres é hijos.	id.
— Entre esposos.	id.
— Entre sacerdotes y seglares.	474
— Entre magistrados y particulares.	472
— Entre superiores é inferiores.	id.
— Entre abogados y clientes.	473
— Entre médicos y enfermos.	id.
— Entre los preceptores y los padres de sus alumnos.	476
— Entre los gefes de oficinas públicas y las personas que entran en ellas.	477
— Entre artistas, autores y el público.	id.
Deberes entre la persona que exige un servicio, y aquella á quien se exige.	479
— Entre nacionales y extranjeros.	480
Capítulo vigésimo.—De nuestros deberes respecto á los pobres, á los enfermos y á los	

desgraciados	484
------------------------	-----

APÉNDICE.

Del arte de trinchar y servir á la mesa. . .	489
----------------------------------------------	-----

CUADRÚPEDOS.

Ternerías.	id.
Carnero,	490
Cordero.	494
Cerdo.	id.
Lechoncillo	492
Liebre y conejo.	id.
Javalí	id.

DISECCION DE LAS AVES.

Pavo.	id.
Gallina, capon y pollo.	493
Ganso y pato.	494
La cerceta.	id.
Pichones.	id.
La perdiz.	495
Becada.	id.
Cedorniz, zorzal, cogujada, faisán y hortelano.	id.
El ave fría, pardal y polla cebada, ú ortega.	id.

DISECCION DE LOS PECES.

El rodaballo.	496
La trucha.	id.
El barbo.	id.
La carpa.	497
El sollo.	id.

